

Capítulo XI

Hoy se me ocurrió hojear los escritos y “vistos” breves de mis “apuntes rotos y absolutamente desordenados y sueltos” de lector asiduo, Mario Vargas Llosa escribe: “un escritor no escoge sus temas, son sus temas los que lo escogen a él”, es esta la razón de recordar precisamente hoy a Voltaire quien sabiamente escribió: “el que revela el secreto de otros pasa por traidor; el que revela el propio secreto por imbécil”, por esto me he cuidado dentro de los recuerdos y nostalgias vividas de proteger a las personas de mis relatos, cuando pienso que estos les pueden pesar y por supuesto guardo los míos, para no pasar por pendejo, todo lo hacemos en una lucha continua por contar la certeza de lo que sabemos y la honestidad equilibrada de cada relato llenándolos de prudencia.

Voltaire me ha agradado siempre, quizás y lo repito, por ser el amante, o uno de los amantes más importantes de la libertad, en sus contradicciones frías y calientes, Voltaire escribe enseñando su fe y su angustia: “si no existiera Dios habría que inventarlo”, los recuerdos son una droga de paz y alegría cuando caminamos hacia la senilidad, por eso si no tuviéramos recuerdos, la tristeza nos obligaría a inventarlos, esto alegra tanto, que aquí las evocaciones y nostalgias se rebosan como los aliviaderos densos y arrasadores de nuestra presa del Guri y sólo requerimos de momentos, para aglomerarlos y en la selección nos basta recordar el surrealismo del gran Dalí y las distorsiones y anti realidades de Picasso, que son siempre ciertas. Mi amigo especial Sergio Matamoros Pulido, lector selectivo me ayudo a buscar textos de Voltaire desaparecidos de la biblioteca de mi padre y los disfrute hoy más que ayer.

Diego Arria Salicetti es mi amigo de hace tantos “siglos”, que no quisiera sumarlos... Él venía a Mérida en vacaciones escolares a la casa de sus primos Enrique y Fabio Luis Febres Arria. En mis casas conocían a los Arria que se habían ligado a Mérida, por su tía Arría de Febres Cordero, primera esposa de don Fabio Febres Cordero sobrino del patriarca. Diego no era alto, pero servía admirablemente la portería en nuestro fútbol y reforzaba el equipo de la Juventud Católica. Diego despertaba mucho a las niñas de aquel tiempo y se convirtió en

aquellos esporádicos encuentros en mi amigo siempre. Cuando ejercí muchos, muchos años después la Secretaría General de gobierno, se construiría la Avenida Andrés Bello, estábamos en el gobierno mejor de Germán Briceño Ferrigni, con “el capitán” Claudio Corredor Muller; como Arquitecto y creativo increíble, construimos entonces el Parque Acuario, cuyo final era ubicar allí todas las especies posibles de variedades de trucha y peces de agua fría y en su adyacencias se diseñó un restaurant, en el que procurábamos atraer un turismo internacional para enriquecer la ciudad, dándoselo al mejor cocinero: Aurelio, que trabajó y nació como profesional en el mejor restaurant francés de Venezuela, propiedad del Chef Héctor; de la Avenida Casanova en Caracas, el mejor cocinero de aquel país espléndido; Diego director jefe y conductor del Turismo venezolano como el excelente gerente que ha demostrado ser; nos donó la vajilla y cubertería de extrema calidad para aquel delicioso chef Aurelio, uno de los mejores cocineros que produjo aquella Venezuela. Arria el arquero de suéter con cuello de tortuga verde, siempre peinado, resuelto a ser un creativo y uno de los grandes gerentes políticos conductores con que cuenta Venezuela. En la debacle provocada en el Banco Andino, que relatare en el libro político que he iniciado, Enrique Febres Arría, “Gavilán”, mi hermano de tiempo largo, me llamó para darme el teléfono de Diego que quería comunicarse conmigo, hablamos. Diego estaba en New York, “Bernardo” me dijo palabras más palabras menos “yo sé que todo es muy difícil, pero detén tu angustia y espera, supongo que hoy todos, todos están contra ti, espera, no harás nada ahora, no te ayudarán aclaratorias, ni remitidos, recuerda que el mundo está contra ti, espera, repitió sabiamente, espera”... esa conversación con Diego Arría me ayudó... han pasado los años y me organizó para escribir un libro sobre la política de mi tiempo, donde dedicó a la dignidad y tiempo de mis amados nietos, muchas páginas y documentos sobre la dolorosa verdad del Banco Andino, que fundé... y espero aclarar por la recomendación sabia del talentoso, hábil e inteligente amigo: Diego Arria Salicetti, que aunque voté por Corina por agradarme las mujeres conductoras con pantalones, sin descuidar ni olvidar las minifaldas, deseo la “llegada” de Diego, que sería indicio de una Venezuela luminosa, en el mundo difícilísimo que está naciendo para un ejecutivo valiente y de postín como él.

Las sillas de montar andinas, eran de pico alto, como las sillas que aún

subsisten en los pueblos del sur merideño. Talabarteros, artesanos de los mejores cueros y suelas distantes a las sillas de caucho y plastificadas de hoy, que repe- len y se dañan con el sudor espumoso de los caballos y mulas de siempre, en las bestias de la sierra que escalan riscos y peñas, con voluntades aguijoneadas por la panela y el maíz. El pico alto obligaba el trasero hacia el respaldar que también se hacía alto y rígido para apretar ese trasero. Tovar el primero y Santa Cruz y los demás después, eran diestros en hacer por más cercanos a Colombia, aquellos arreos, de mil guerras, trochas y ásperos caminos de loma y travesía. Los estribos de aro y de pie completo eran terribles, los tapados adelante eran preferidos pues permitían al caer que el pie fuera expulsado de su espacio y la bestia seguía sola en su locaina dejando en el suelo al jinete sin poderlo arrastrar:

Iván Rojas ha sido uno de mis consecuentes amigos de todos mis tiempos. Se había ido a Caracas a estudiar economía (la Facultad de Mérida la abrieron a seis meses de su partida) era mi pariente, su estirpe era merideña donde es- pañoles conquistadores e indios de la excelencia habían laborado un mestizaje superior y único: los merideños que por su universidad colonial, eran ductores intelectuales del país. Iván es inteligente y de sólida formación en Filadelfia, de talento singular; hubiese sido de no llegar el atropello y el olvido y negación academica y derechos laborales, a ser uno de los conductores más preclaros de PDVSA¹³. Iván y yo éramos amigos, -yo con mis secretos y él con los de él -entrañable siempre, solidarios y leales. Su mamá Doña Mery, me distinguía con sus mimosas atenciones. Ivan y Yo, habíamos “organizado”, un duo de cuerdas, tocábamos tiple y cuatro y competíamos, ¿precariamente? Con los excelentes estudiantes del amarillo Pérez Rossi y los animados hermanos Trujillo, músicos distantes de nosotros en la calidad sin duda los reyes musicales de la ciudad reconocida y admirada por todos. Compositores los grandes Héctor, Néstor excelente voz y los demás, y algún loco genial que montaba un piano en una camioneta para alarmar y lucir espacios musicales en serenatas. Los enamora- mientos de Ivan eran pasajeros y olvidados, pero debo recordar que abundaban, los nombres protegen a “las bellas mujeres de Ivan”, recuerdo una portuguesa que lo volvía loco y nosotros a ella con tanta música nocturna, jodia... mucho con esas novias, que él lealmente opacaba siempre con Reneta Loinaz Ruiz, la

¹³ PDVSA: Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima.

novia después esposa que enseñó siempre. Dábamos serenatas para extraños, no recibíamos ni aguardiente, ni dinero, éramos platónicos en cantos y actos de ventana (serenatas); también con ayuda del ron más de una vez Iván quería “quitar la novia” al serenatero, que nos buscaba para cantar solamente. Ivan con Gilberto fueron mis amigos sin condición siempre, tal vez los que mejor entendieron o excusaron nuestros abundantes defectos e imperfecciones que nos han ido llenando la vida.

Las tertulias de un joven médico merideño: Rodolfo Ruíz Fonseca, mi entrañable amigo. Rodolfo, era el beneficiario de la magnífica biblioteca y escritorio de su padre el Doctor Humberto Ruíz Fonseca, insigne rector y merideño. Rodolfo era hermano de Josefina Ruíz Fonseca, esposa inteligente y carismática, del primo querido Juan de Dios Celis Dávila, hijo y hermano los otros muchos Celis, de esa rama sanguínea que ocupaban mis afectos de tiempos y relatos de mi padre. Rodolfo organizaba con su carácter admirable, las tertulias en su casa a la salida del Colegio, Rodolfo inteligente y generoso por años, aceptaba y estimaba nuestras presencias lleno de educación y extrema cordialidad, con la presencia activa y consecuente del “negro Moreno”, Hércules José de Jesús Moreno Roldán, “el chicuaco”; de Desiderio Rincón Pacheco; alesio Paoli, Oliverio Picón; Francisco Fonseca; Orlando Rojas Ruiz y otros. Josefina, amarrada a la mano de Juan de Dios nos veía pasar con su bonita sonrisa y su cuerpo de modelo. Todos éramos amigos de años tiernos, asistente a esas tertulias deliciosas y de reconocimientos prematuros de todos para un querido merideño, muerto por la vida implacablemente antes de tiempo. La biblioteca-Salón de Rodolfo, la envidiábamos todos, la calidad humana de su asistencia y los colados como el que escribe, la llenábamos siempre. Estábamos horas con Rodolfo era un flaco alto, narizón y muy blanco y generoso hasta la saciedad. Culto. Rodolfo hacía pesas, lo acompañé en su compra en Caracas y aquel flaco se volvió un supermán de espaldas anchas y sobradas. Hablábamos de lo humano y lo divino, de las cosas actuales, de las futuras. Rodolfo siempre reía y toleraba excesos abusivos, en sus sobradas áreas. ¡Honor a Rodolfo el merideño insigne que se fue temprano y que tanto quise! El sobrino que físicamente mas se le parece , fue tal vez un triunfador: German Celis Ruiz.

Los picoteos donde Valeriano y las Pisani, eran centros. Las muchachas en un rincón y los “varones” chiquitos, para ellas, en otro, todos hembras y machos, éramos casi de la misma edad y aquellas muchachas niñas querían universitarios de

primer año, o “bachilleres” de 4° ó 5°, rechazaban con parsimonia y educación a los de su edad. Pero a “falta de pan buenas son tortas”, después bailaban con nosotros, y aquellas niñas aceptaban nuestra presencia de bailarines hambrientos, aunque pensarán en príncipes azules universitarios mayores. . . que no llegaban tanto aquellos picoteos formidables.

Valeriano Díez y Riega fue inclinado a la lealtad y generoso siempre, tenía una novia bonita, una niña grande, que se llamaba Eliana Barucci, la bella Italianita que poco iba a los picoteos. Las Loynas Ruiz, venían mucho en vacaciones Josefina y Reneta muy vivas y de inteligencia precoz y risas de picardía Reneta creó con Iván una vivas e inteligente familia en Caracas siempre. . .

Otto Valeri Alborno, era otro amigo de tiempos tiernos, locuaz y lo que llamamos los venezolanos sin apego al buen hablar “jodedor”, tenía dos hermanos el catire Leonardo que se hizo abogado y se fue a Caracas y Paúl muy pequeño para el momento, que se hizo estupendo escritor y mejor político, ellos vivían cerca de El Encanto. Paul pareciera con nuestro aplauso animar hoy su acción de buen político, e incisivo escritor de ideas ciertas. Un joven liberal que publica ideas y procura dialécticas con talento que murió temprano.

Francisco Febres Cordero Briceño (Quico) hoy excelente cronista, era un tipo singular y simpático, su filosa en la conversación lo hizo temer popularmente por su talento, se le veía frecuentemente con Alfredo Rivas Mazzei, (el poeta “Tito”), Oscar Rivas Lamus, menores a nosotros pero siempre listos para acabar gaveras de Coca-Cola. . . con ron, en el tiempo que a Alfredito Briceño Paredes, con sus aeroplanos de motor y sus carros antiguos, le “alborotaba el pelo”, la catirita italiana Bruna Massini. . . que olvidó en el recuerdo de una Carolina linda, que no volví a ver y después de Belisa que se hizo de su perenne evocación y lo terminó de comprar con Nena y Gerardo, Alfredo magníficos hijos que los adornaron y hoy lo representan.

Empresario de la excelencia valioso compadre se volvió en reciprocidad “confesionario”, la confianza que nos devolvíamos no era frecuente. Su calidad humana poco la vi repartir y su brillo de comerciante exitoso lo conducía a un vuelo sideral. Alfredo empezaba su ascenso terrenal cuando un trastorno de salud severo y valientemente enfrentado se lo llevo . “Nicolito” era un estudiante de Medicina que frecuentaba Clubs y picoteos de la ciudad ¡dónde el ron no se pagara! Sus mentiras y cuentos eran célebres. . . Uno: el día que un estudiante con carro, le dió

la cola hasta Valencia su ciudad, Nicolito le pidió dejarlo frente a una mansión de largo jardín donde se apeó... el estudiante dueño del carro, sorprendido pensó, "caray, es verdad de Nicolito lo de los reales"¹⁴ y se fue, pero estaban tan pasmado por lo visto, que dio la vuelta a la manzana y encontró a Nicolito que subía la colina con sus bultos y maletas a cuestras... y sudaba su vida y su sofoco de poder llegar hasta su verdadera casita.

Otro de Nicolito era, que decía que su papá era dueño de un millón de gallinas reproductoras, que le daban millones de huevos fértiles y de bolívares, las mujeres merideñas boquiabiertas que lo rodeaban como moscas a la miel en el club juvenil, para escucharlo embelesadas, -Nicolito continuó-, un día hubo una escasez nacional de alimento de gallinas, -entonces el "gran empresario" que era- su padre mezcló el poco de alimento que le quedaba, con aserrín cernido, se lo comieron bien las gallinas y pusieron muchos huevos fértiles, pero los pollitos, nacieron después con las "patas de palo"¹⁵... decía tranquilazo en su copiosa mentira, el recordado Nicolito... es recordado hoy.

Había caminos carreteros que salían desde la Otra Banda hacia Jaji y pasando la bella chorrera de las González, con su puente sitio de leyendas y muertes increíbles, la carretera iba hacia el Río Capaz, -el río merideño más rico en truchas grandes- y a la Azulita. El doctor Luis Alberto Celis Paredes primo hermano y amigo de infancias de mi padre, tenía allí una extraordinaria finca de café que se adornaba con la capacidad empresarial de Oswaldo Celis Dávila su hijo emprendedor; formado internacionalmente en el café y la ganadería que creó una producción colosal; Juan de Dios Celis Dávila además de primo, amigo entrañable de mi padre y asiduo de mi casa en las noches de tertulias amenas, fue exitoso traumatólogo forjado en Italia y realizado con mucha luz en Mérida. Luis antes mi compañero de Colegio, Orlando y Betty, fueron puntales de aquella línea de primos que dio más claridad a los míos y sangre generosamente abundante en cosas buenas para la ciudad serrana. La otra línea de estos Celis parientes que son generaciones de luchadores, se fueron a Caracas antes del tiempo relatado, hijos de un gran militar y político el General Juan de Dios Celis Paredes, padre del brillo familiar de los Celis Marrero, entre ellos María Angelina, asistente y promotora en la excelencia del grupo que inició con el maestro

¹⁴ Reales: Capital, dinero en Venezuela.

¹⁵ Palo: es madera en Venezuela.

José Antonio Abreu, la consolidación cultural y social de las Orquestas Juveniles de Venezuela, ella fue conductora de los detalles del éxito que hoy disfruta el maestro Abreu pues fue por años su inteligente, culta y hábil asistente que dan prestigio al mundo musical; otro, Gustavo, ingeniero de excepción y gerente de gran capacidad, quien se vino por sus querencias a Mérida y después de un tiempo regresó a Caracas y otros muchos hermanos que han regado con nietos en el País, como la bonita Elisa Carolina. Habían dos primas más Celis Paredes que mi padre distinguió con gran estima y aprecio para ellas: María casada con el cordial Antonio Gutiérrez Arellano y Alicia casada con Federico Lares, madre de Morella de Mujica, madre de la querida prima Nora Elisa Mujica Lares. La "Maternidad Mérida" fue construida en el tiempo del gobernador Hugo Parra Pérez, llevada a la excelencia más depurada por el singular gerente y mejor médico Antonio José Uzcategui Burguera. Primo de mi padre, creador de una escuela de obstetricia superior; quizás la mejor del país en calidad académica. Maestro entre maestros, que forjó la calidad de parteros como los Doctores Pedro Rincón Gutiérrez, Daniel Febres Cordero, Mauricio Vargas, Eulogio Angulo Gómez, Isaura Rincón Martínez, Remy Rada; y los Pediatras ilustres como José Jesús Avendaño, Américo Romero, o José Gregorio la Cruz, Teo Barboza, cubiertos de luz y fe por el pueblo y las calles de aquel tiempo ya viejo que relato. Antonio José, cubrió de gloria la medicina merideña y le dio un prestigio nunca más alcanzado por hospital merideño alguno, como fuente de relevo generoso y de gran calidad académica. Me tocó como gobernador el doloroso momento de recibir la Maternidad de Mérida, por la mudanza al nuevo Hospital de Mérida, sabía que terminaba una etapa de excelencia para entrar a un periodo gris hospitalario, como ha sido la etapa con descuidado volumen social y con nubes opacas en el tiempo de ejercicio del Hospital Central de Mérida, ahora reflexiono: la Maternidad Mérida donde nacieron mis tres primeros hijos protegidos por la ciencia, la dedicación y la solidaridad humana. Jamás debió cesar en sus funciones ante construcciones visualmente más ostentosas, llenas de esperanzas que jamás se incrementaron en una academia como las desaparecidas: el magnifico Hospitalito de Niños de Belén, el increíble Antituberculoso Venezuela creado, organizado y asombrosamente eficiente por el médico de la excelencia Dr. Augusto Gabaldon Parra, que aportaba en un solo tiempo dos eficiencias inalcanzables: un médico

sabio de academia y un gerente irremplazable para mantener la organización y pulcritud de aquel lugar. Augusto, Mérida debe reconocimiento a tu ciencia y conducción y la Maternidad de Mérida, los emblemas de excelencia médica, que fueron soporte académico con sus líderes de aquella Mérida virtuosa que se nos fue y que dejó con su maestro Dr. Uzcategui Burguera una escuela sensacional médica y una gerencia de manos limpias y andinas.

Aunque nuestro relato es genérico, siempre, sostiene el talento de Mario Vargas Llosa que escribió: “el erotismo es un juego privado en el que sólo el yo y los fantasmas y los jugadores pueden participar en cuyo éxito depende de su carácter secreto, impenetrable a la curiosidad pública”. Por eso hay que proteger tanto el nombre de las amadas... ¡Piensa Vargas Llosa!

El cielo era claro y brillaban las nubes con reflejos de intenso sol de final de la mañana, pescaba en el cequión central de la Hacienda las Peñas, se veía llegar una tarde caliente y llena de luz, el potrero extenso guardaba algunos novillos y me acompañaba con Albino, uno de mis dos grandes amigos pobres y campesinos. Teníamos los pozos llenos de peces gordos, voladores, lo llamábamos, eran hasta de 25 cm, había cerca una casita de tejas, humilde y limpia de bahareque, que se acercaba al pozo grande y casi hondo donde pescábamos, alguien vino a llamar a Albino que atendiendo la orden me abandonó. Seguí recogiendo litros de culo roto, repletos de voladores, cuando vi una “mujer–muchacha” o una “muchacha–mujer”, campesina y muy bonita de pelo suelto, que se asomaba en su pequeño corredor de dos pilares de madera, para contemplar mi pesca, estuve un rato más y después, el hambre me obligó, utilizando mi vistoso abrelatas cromado, para abrir un pote que contenía una suculenta jamonada con la que rellene un grueso pan andino, me lo llevaba a la boca cuando me percaté de que la muchacha-mujer o la mujer muchacha, me observaba de nuevo retraída, pero con atención y simpatía, yo la miré unos segundos y al ver que ella seguía viendo el escenario, turbado, trate de concentrarme en lo mío. Paso un rato y la muchacha de unos 35 años -era niño, muy niño frente a ella-, seguía en su lugar recostada al pilar de madera, apenas la vi, me hizo señas para ir; yo ya más apocado y confundido traté de romper mi conexión visual, pero la insistencia de la “señora”, seguía el rastro de mis ya asustados ojos. Yo podría tener entre 12 y 14 años, tal vez trece. En segundos ella tomó el mando y me

llamó verbalmente “ven aquí y trae el abrelatas ese”, quise no ir, pero era ya imposible hacerlo, arregle mis atavíos de pesca y mi pequeño morral y fui a su encuentro, dando los pasos, pocos, para llegar a la casita, cuando llegué, ella estaba en la pequeña puerta que daba a un interior oscuro y sin ventanas, “pasa” me dijo, entre, ¿quieres café? No, respondí, la muchacha estaba limpia y se arreglaba coqueta un pelo largo y lacio, su vestido aseado y simple era casi transparente de tantas y tantas lavadas. Olía a jabón. Yo empecé inquieto a cohibirme más, estaba ya muy asustado, cuando agregó “te cambio el abrelatas por una cosa” ¿por qué? Le respondí estúpidamente, por esto y acostándose ella bruscamente en un catre de cuero templado, me preno con torpeza y fuerza, para tumbarme bruscamente sobre ella, mi susto era terrible, empecé a sudar, mientras ella con agilidad de costurera, sacaba de su lugar todos los botones que tenía y subiendo su solitaria falda me alerto hábilmente a tomarla, el susto estremecedor no me dejaba saber dónde meterme, cuando ella sabía y retraída lo llevó con decisión hasta “el lugar”, sus palabras me inducían a seguir yo, pero no tenía idea de cómo hacerlo, entonces ella tomó toda la escena, mi sudor de terror debió empararla más... llevó mis manos hasta su cuello y me pedía bajarlas por su joven y apretado cuerpo... quede sólidamente asustado, haciendo lo que ella dijo y quiso. María después de mil ruidos y quejidos de su garganta, que estimulaban mi gran susto, se repuso y apurada dijo: “arréglese que puede llegar José”, para que decir que me envolvió más un pánico genérico. Hice todo con premura y salí de aquella casita aterrado y complacido del delicioso ejercicio, no sentido jamás que turbó tanto mi mente. Ella me despidió, “soy María vuelve... yo te veo pasar siempre”, repetí de verdad y temeroso aquel recuerdo, y deje el abre latas, pero habité nuevamente aquel susto y gusto, que no se borró jamás de mi mente, quedando para siempre... Muchas veces al pasar por aquel camino de experiencias, cobarde y temeroso, veía a María con un “viejo joven” José, que saludaban mi paso presuroso y retraído. ¡María!!! “Una sabia” y delicada campesina con olor ahumado de cocina, de agitado espíritu y cuerpo firme y agresivo, pero tímida que me entrego todo, en acto agreste y natural, con su pelo oloroso a jabón y sus sudores espontáneos de me enseñaron a ser... y tener: en cualquier escalon vital... volví.

En la ciudad había pordioseros, pero no abundaban como en otras ciudades venezolanas. Los alcohólicos en los alrededores del mercado ayudaban en la mezcla y confusión de los más pobres. Había familias de muy culta formación, cuyos acomodados económicos por cualquier causa se habían venido abajo. Eran “pobres de solemnidad”, la ciudad los protegía también con simpatía y se veían dueños de una formación especial y mucha educación, que con discreción les permitía realizar oficios especiales artesanales y finos, que tenían la demanda ciudadana para ayudarlos y/o consientes de la calidad de lo que ellos elaboraban.

El tiple¹⁶, el cuatro criollo eran instrumentos de diversión de muchos, y apoyos de parrandas y momento de expansión que se regaban por la meseta, recuerdo otra vez al guayanés Pérez Rossi quien sería líder nacional y fuera del país del conjunto “Serenata Guayanesa” que laboró una música muy de ellos y gran aceptación popular y calidad ¡su oído lo hacía rey del cuatro!

Sonaba mucho el Twist después llegó el Rock y además de las grandes orquestas que señalamos antes, sonaba mucho el cantante chileno Lucho Gatica bolerista, Felipe Pirela y los Panchos con su música inconfundible. El Mambo se hizo dueño de todo, quien iba a pensar entonces que el rey de éste Pérez Prado, recorrería el mundo en las partituras y saltos de la orquesta y su sensacional director venezolano Dudamel que tocaría mambo por toda Europa y sería aclamado en los centros ortodoxos de la música clásica como Estrasburgo hoy. Libertad Lamarque vino a Mérida y cantó en el Cinelandia, la deliciosa mujer enamoró al pueblo merideño y a todos nosotros.

La música en la ciudad era entretenimiento de estudiantes y mayores. Los campesinos cultivaban una música con un compás andino muy regional y singular; donde los violines tenían especial participación. Habían abundantes músicos admirados y conocidos en aquella Mérida: Don Rafael Rivas y sus hijos: Toñito Picón (Antonio) era puntal de grupos musicales especiales; el maestro Teófilo Ochea era popular y sonaba a tradición; Luis Alfonso Martos fue excelente compositor y promotor musical de los valores de la ciudad e Hidelbrando Rodríguez es poeta y compositor de primer orden, que aplaudimos.

Los estudiantes de la Universidad alegraban la calle merideña, muchos repito se quedaron con nosotros. Habían zulianos estos por su vecindad

¹⁶ Tiple: instrumento musical venezolano de seis cuerdas.

solidaria abundaban más; los caraqueños eran escasos, pero numerosos en el internado del Colegio San José; los centrales tampoco eran tantos; los barineses y Larenses sí que llenaban la calle, los últimos con su gran fútbol nos dieron consistencia deportiva; los guayanés eran variados en sus áreas de procedencia y los Orientales y Margariteños llegaban por toneladas, el Oriente venezolano se llenó de abogados y médicos eminentes salidos de la prestigiosa Universidad de los Andes, la “Universidad de Mérida”, como la conoció el país por muchos años pues así la llamaban ellos.

Tuvimos maracuchas excepcionales una flaca alta y bien hecha, muy bien hecha que bailaba como flecha disciplinada y suelta y que embobaba legiones de estudiantes. No podemos detallar pero las guayanesas si recordamos sus nombres: Nievécita González Candela; Luchy Pietrantonio, bonitaza y de fortaleza increíble; Elena Rossi, imponente y atractiva; Eli Wulff inteligente se la trajo a Mérida otro guayanés; Irma Gruber delicada, culta y bonita, recuerdo estas guayanesas de excepción que han enriquecido la merideñidad.

Fundamos la Cámara de Urbanismo y la Construcción de gran utilidad gremial. Sus primeros Presidentes fueron Tulio Álvarez de Lugo y de excelente conducción y Rafael Salas Rotundo uno de sus buenos líderes y organizadores.

Ahora cultivo mi recuerdo, para acercarme a un merideño excepcional: César Guillén Calderón, un líder singular y tal vez irreplicable por su capacidad y dedicación a los empresarios merideños. El liderazgo capaz y productivo en la Cámara de Comercio merideña, lo dividimos en el tiempo de crecimiento hasta César y después de César... César exitoso comerciante y empresario estaba casado con otra merideña de caminos especiales: Carmen Elena Lamus, que le ayudó a labrar su ruta de hombre excepcional. César Guillén Calderón era alto, reciamente robusto, moreno y de pelo “Calderista”, lacio, seleccionado con otro tío para conducir las creaciones brillantes de su retío Don Faustino Barrios, quien había labrado una magnífica trocha de honesto y disciplinado trabajo, ese retío decidió dejar a los dos sobrinos o parientes –en venta- el acopio de sus valiosos logros y ambos iniciaron caminos hacia alturas especiales. Habían dos cabezas empresariales una en la “Casa de los Licores”, bajo los pisos de Radio Universidad, donde conocimos desde pequeños a un César joven disciplinado y consecuente, frente a un escritorio austero rodeado de botellas; y otra en la Destilería Mota-

tan, responsabilidad y gerencia del Tío también vendida a éste por Don Faustino Barrios. Pasaba el tiempo y la habilidad y disciplina laboral se hicieron dueños de los negocios conducidos: La Casa de los Licores y la Destilería Motatan. César “venció” en dedicaciones, esfuerzos y talentos y fue adquiriendo espacios de su “socio familiar”, hasta coronar legítimamente sólo una magnífica y rentable empresa licorera. El Concejo Municipal necesitado, que presidía en su mayoría el Doctor Reinaldo Chalbaud Zerpa, elevó desmesuradamente los impuestos y tasas y César líder en el silencio de la calle, que acompañó sus gestas, protestó la medida municipal en visitas “casa por casa”, labrando un extraordinario liderazgo “popular-comercial” en la ciudad y en los siguientes actos Institucionales, frente a Edgardo Díaz Giran un animado Presidente de nuestra Cámara de Comercio, y en Asamblea de gestos y enfrentamientos con él y en elecciones sucesivas y mayoritarias, César se hizo líder de los empresarios merideños, y en lustros de honestidad y consecuencia, apoyaría con valentía a la ciudad serrana que por ello, se hizo deudora de su memoria de excelencia en el trabajo, el tesón y la reciedumbre. Cesar valiente y honesto, salto con dignidad muchos obstáculos que le asomo la vida saliendo limpio y airoso y dejó un valioso rastro a Carmen Elena y a sus hijos donde destacó Cesar Guillen Lamus.

Teníamos un profesor universitario el Ingeniero Vargas de física, era genial en sus conocimientos y español en sus vehemencias y reclamos, celebramos examen de lapso, donde el curso con la excepción de cinco o seis monosabios, salió aplazado, tanto que el Ingeniero Vargas resolvió dar cuenta de cada examen en público, leyendo disparates, notas y resultados, yo era de los peores en física y matemáticas, además de la dificultad humana para descifrarlas, mi abandono por ellas era realmente alarmante para mi padre, al contrario del fútbol que lo amaba con pasión, pero era torpe y malazo en practicarlo. El Ingeniero Vargas llegó a mi lugar en la lista, y dijo aquí tenemos el mejor... “la fórmula (física) Celis Parra” agregando “pero bueno Celis, de donde coño has sacado esta creación”, tendrás dos en la calificación de hoy, con este resultado perdí el lapso y mi libertad y fui reducido a un internado: el Colegio Padre Arias de la ciudad de Tovar... la fórmula Celis Parra... siempre la recuerdo... la vida me enseñó que aquel disparate inmenso no importaba tanto pues seguía siendo enemigo frustrado de la física.

La Avenida Zerpa en la cuadra que ocupaba el diario El Vigilante, empezó a crecer en movimiento, a la Escuela Rivas Dávila, y a la esquina de la bodega de Gerardo Araujo, se le unía el Restaurant La Paellera, el Restaurant “Bimbo” de Benito La Maza, era Bimbo el gran cocinero, pescador truchero y amigo, en la transversal de la 23. En la calle 22, –calle igualdad– del cementerio, el profesor Stefano Ragusso había fundado el “Liceo los Andes” lleno de mujeres bonitas: las Rivera Africano entre ellas Beatriz y las hermanas y donde también estudiaba Luis Alfredo Rivas Mazzei, el poeta de la altura y de la nieve: Tito Rivas. Por la Zerpa casi al lado del Vigilante había un restaurant estudiantil donde los Piscopo reinaban como hijos del dueño, eran robustos italianos y muy corpulentos, peleones como los más, una tarde subiendo a casa, Alberto Parra Febres y quien escribe, por cualquier razón secundaria, uno de los dos o tres hermanos Piscopo, se enfrentó a mí, yo tire golpes al aire pero no atine uno, el otro hermano, muy, muy grande, con sus dos manazas rosadas, abarco mi pobre cuello... ya no respiraba, cuando mi salvador Alberto, tomó una buena piedra entre sus dos manos y se la plantó sin soltarla en el centro de la espalda del grueso y grande Píscopo, que de inmediato cayó al suelo soltando mi pobre cogote, recogimos los libros con premura y corrimos al norte, los Piscopo, nos siguieron unos metros pero su gordura los detuvo fatigados y nosotros cambiamos de ruta a la Avenida Independencia por unos meses.

La Sierra Nevada merideña, en sus picos de Nieves eternas ha sido conquistada por extranjeros, y nacionales que para ellos nos visitaban. En su hogar de Sierras, donde se distinguió siempre uno de los más grandes alpinistas venezolanos, el merideño Carlos Esteban Chalbaud Zerpa, colocó en las cimas la imagen de la Virgen de las Nieves y muchas placas al pie del busto de El Libertador: Carlos Esteban dio piso social, dijimos, a la Sierra Nevada.



Primeras mujeres que subieron a la Sierra pico el Toro de izquierda a derecha y de arriba abajo: Auristela Celis Briceño; Gabriel Picon Febres; ?; Pablo Celis Briceño; Clara Vivas Briceño; Josefina Celis Briceño; Cadete Juan de Dios Celis Paredes y Vaquéanos.

En los años cuando se inició el siglo XX, un grupo de mujeres conquistaron por primera vez en la historia las nieves eternas de Mérida escalando el Pico el Toro, las acompañaron un grupo de destacados merideños de entonces. Con el siguiente relato publicamos una histórica foto perdida donde aparecen disfrutando la nieve: Auristela Celis Briceño; la distinguida poetisa merideña Clara Vivas Briceño y Josefa Antonia (Pepa) Celis Briceño y como acompañantes al pie, los dos guías parameros y el cadete y después General Juan de Dios Celis Paredes, Pablo Celis Briceño, mi padre y el Tío Gabriel Parra Febres, hay un cuarto caballero que no logramos identificar. La Tía Pepa una de aquellas escaladoras privilegiadas, contaba que en su emoción de sentir la nieve que divisaba desde niña y desde tan lejos, la llevó a pasar y pasar la misma por su rostro, sin percatarse, sino al descender, que se había quemado la cara por esto. Contaba que en aquella briosa escalada las amarraban fuertemente para ir trepando los obstáculos y trochas de roca viva. Clara Vivas Briceño, madre, del primo intrépido Coronel, probada su valentía en la guerra de guerrillas Gabriel Duque Vivas. Clara era mujer singular de humor continuo y de talentos especiales para las letras, poetiza de nombre nacional y asidua escritora, su obra es extensa. Público cuadernos de poesía y en 1924 un bello poemario "Quimera imprevista" muy alabado por la pluma sabia de Mario Briceño Iragorri. Clara era admirada de mis casas y muy querida prima de mi padre.

En algunos puntos de esta aglomeración espontánea y poco ordenada de recuerdos, hemos señalado que aquella Mérida tenía bellas y antiguas casonas algunas perdonadas por el terremoto del año 1812. Muchas para mal o para bien, fueron derruidas para dar paso a parches de modernidad, que fueron ocupando el centro de la meseta. Una de ellas fue la casona de los "Celis Briceño", donde la cabeza de la familia era el doctor Francisco Antonio Celis Dávila y sus hijos vivían allí, la linda Abuela Anita Briceño Dávila su esposa había fallecido prematuramente al igual que otra bella, de aquella casa la hija Auristela de bellos ojos claros, que se fue también joven. La casona de tejas y paredones de tierra pisada con pisos de ladrillo cocido era extensa y de dos plantas, austera y sobria, en todos sus rincones, estaba ubicada en la esquina de la Avenida Independencia, con la calle 24, adyacente a la Universidad de los Andes, ocupando una extensión importante de esa manzana en el lugar correspondiente, al que hoy ocupa la

Facultad de Odontología, Sur del edificio del rectorado. Se ingresaba a ella por un alto y pesado portón, abajo tenía muchas ventanas y en su planta alta se adornaba con balcones de balaustre de bello hierro forjado. Disponía de un amplio comedor para una familia numerosa, sus espacios eran generosos. Tenía un solar que estaba lleno de frutales, relataba mi padre y más arriba en el había un techado construido en pura madera que usaban muchas casas de la ciudad desde 1812, para dormir en tiempo de temblores, que todos llamaban "la casita". Se subía al segundo piso de la casa, por una bella y pesada escalera de caracol construida de densas y hermosas maderas, combinadas con hierro forjado. Arriba por la Avenida Independencia había un negocio de la familia que vendía paños importados de casimir para caballeros. Aquella bella casa la quiso comprar... la compró... el gobierno del General Gómez, para incorporarla y completar la manzana, para agrupar en ella el Centro Rectoral y Académico de la Universidad de los Andes, cuya manzana ocupa hoy. Antes funciono allí el Anfiteatro de la Facultad de Medicina y después nosotros vimos construir y terminar la Facultad de Odontología que ocupa el área de la vieja casona cuya construcción enseñamos aquí.

La meseta se llenaba y llenaba cada día, la Universidad la veíamos crecer desde unos dos o tres mil estudiantes que tendría en los años cincuenta, del siglo XX y su tendencia era la expansión, sin tener aún Mérida los colosales viaductos que le permitían su crecimiento natural a la Otra Banda, se fue al sur buscando a Santiago de la Punta, Ejido, San Juan y Lagunillas, pero antes estaba lo que se conocía como el Llano Grande, que crecía a partir del Parque Glorias Patrias, donde estaba la india y hasta la redoma del árbol grande frente a la hoy bomba de Mario Peña. Primero Gino Hilsinger un capaz empresario urbanizador ideo y construyó la Urbanización el Encanto, con exclusivas parcelas que vendió rápidamente en la ciudad, pasos arriba de ésta estaba la bella casa, del doctor Joaquín Mármol Luzardo y doña Valentina Picón de Mármol, que después fue alquilada como residencia oficial para el Gobernador del Estado de aquel momento, el Doctor Vicente Tálamo. En ella vivió Nora Mármol Picón amiga de todos, hija de los Mármol-Picón.

Al mismo tiempo el Concejo Municipal que presidía el Doctor Julio Gutiérrez Arellano, planificó hacia el sur, un parcelamiento de los ejidos del Concejo, con lo cual organizadamente dio una importante posibilidad de crecimiento a la ciudad que llegó hasta la misma redoma de Pie del Llano, todo servido por el eje

vial de la Avenida Urdaneta, construida si “la porosidad” no se hace severa, por el Presidente del Estado Rafael Paredes Urdaneta y paralelamente al aeropuerto visionario del Gobernador Alberto Carnevali.

Vimos crecer en las manos sabias del Rector Mármol Luzardo, la Universidad que después recibiría el apoyo del gran empresario, que fue, el Rector que la condujo por años Pedro Rincón Gutiérrez, un visionario que adquirió para el patrimonio y expansión de esta, los mejores terrenos de la ciudad, Perucho si escribimos objetivamente y nos despojamos de toda mezquindad, fue un Rector constructor y previsivo como Acacio Chacón Guerra y le dio visión y constancia a la Universidad de la modernidad que es su gran obra. Todo estos adelantos Académicos y de excelencia, remendaron el daño causado por el sátrapa caraqueño Antonio Guzmán Blanco, que le agradaba disfrazarse y presentarse estrafalario y como Adefesio, de Mariscal Francés “Napoleónico”, el cual por abominar a los andinos, causó daños irreparables a aquella Universidad que crecía con una sabia conducción. Marmol Luzardo y Rincón Gutiérrez académicos de excepción cirujano especialisimo y ginecólogo respectivamente que regaron excelencia y fueron grandes gerentes de la Universidad.

El presumido y petulante Antonio Guzmán Blanco fue un “autócrata ilustrado”, era hábil, culto y progresista, para otras regiones de Venezuela que no fueran Los Andes, nació a la política de las profundas y oscuras traiciones internas de la Guerra Federal y era General de esa Guerra, cuando asesinaron a Zamora. Este marrullero detestaba a los Andinos primero porque en estas tierras altas con su gente, no nacieron apoyos y pocos se plegaron a esta guerra, que incendió ciudades y quiso acabar con todo, sin generar nuevas cosas y segundo por rencoroso como el que más, Guzmán en 1868 pidió honores eclesiásticos para su absorbente gobierno, el Arzobispo de Caracas, Guevara y Lira no quiso hacerlo y esto enfureció al sátrapa, arreciando su odio, el hecho de que el Obispo de Mérida de liderazgo nacional, hijo de holandés y criolla, Juan Hilario Bosset Castillo, tenía una extensa autoridad episcopal (Mérida de Maracaibo) que incluía a los andinos de Trujillo y Táchira, se hizo solidario y acompañó la posición valiente de Guevara y Lira, todo lo anotado, encrespó más la venganza del tirano “liberal” Guzmán, quien era “chorizo” reconocido y de marca mayor pues cobraba millonarias comisiones por empréstitos dados



Palacio Arzobispal, Obispos de Venezuela día de Consagración de la nueva Catedral, sentados de izquierda a derecha: ¿?; Arzobispo Auxilias José H. Quintero; Arzobispo Metropolitano Acacio Chacón; Nuncio Apostólico; Arzobispo Arias Blanco; ¿?; ¿?; (Foto colección Consuelo de Celis).

al país, inició la histórica persecución a la Iglesia venezolana a la cual arrebató, confiscó, abusando de su poder, bienes y rentas, e inspirado tal vez el recuerdo del origen universitario de Mérida, posible por la creación del Seminario, fundado por el obispo visionario Ramos de Lora, tomó venganza en contra de la Universidad de Mérida, arrinconándola para secarla económicamente y dando no menos de ocho decretos contra ella, todos para procurar el agobio de su ya precaria situación financiera, Mérida respondió con entereza y dignidad asistida la Universidad por el liderazgo civil y Académico, del Rector y paladín universitario Caracciolo Parra Olmedo, quien se entregó con un selecto y memorable claustro por mucho tiempo, a un apostolado magisterial sin recibir pago alguno por su labor y llamó a vecinos y estudiantes, para acometer obras de mantenimiento y albañilería, lo que le permitió mantener abierta la Universidad en medio de la insistente persecución del déspota y anómalo caudillo. Los profesores entonces no cobrarán sus emolumentos y continuaron dando clase, manteniendo abierta la Universidad salvandola.

En la colección de fotos de nuestra madre, encontramos dos memorables, que hemos reproducimos aquí, por creerlas llenas de historicidad para Mérida, una donde los Arzobispos, el Metropolitano Acacio Chacón Guerra y el coadjutor Humberto Quintero, se acompañan, en un carruaje, en una procesión de las multitudinarias de aquella época como líderes indiscutidos de aquella Iglesia, alimentada por el liderazgo colonial y republicano de ella, y otra de un encuentro nacional episcopal reunido por el Adalid de la Iglesia occidental venezolana

el arzobispo Chacón, con motivo de la consagración de la nueva Catedral, el acto más solemne que pudimos haber visto. La gráfica está tomada en el patio central del palacio arzobispal y contiene, pensamos, a todo el obispado nacional pues en ella posan los obispos y vicarios barbados, –capuchinos entre otros–, de las áreas indígenas del país. Recordamos claramente aquel evento singular y creemos no repetido, pues en él participaron tomando su organización, y apoyo para los prelados albergados en casas de la ciudad, a cargo de honorables y distinguidas damas de aquella Mérida que vivimos: las señoras: Ilva Muller de Corredor, Sofía Febres de Febres Cordero, Josefa Elina Fonseca de Dávila, Belén de Murzi, Lola Febres Cordero de Sánchez, Hortensia Rojas de Lares, Carmen Murzi de Guerra, Lourdes de Rojas, Aura Uzcategui de Dini, Clara Carnevali de Ruiz Fonseca, Mery Briceño de Sandía, Ana María de Gabaldón, Marcolina de Lamus, Hercilia de Spinetti, Hilda Corredor de Ramírez, Anita y María Chacón Guerra, y las Picón Gabaldon, quienes con mi madre activa, fueron soporte, animación y recia labor en aquellos singulares eventos: arreglando habitaciones, laborando condumios especiales y remozando el Palacio con flores, mobiliarios adecuados y presentes en el Palacio los días de duración y presencia episcopal. El día de la consagración de la Catedral fue una popularmente nutrida y numerosa fiesta de la ciudad, majestuosa, llena de ornamentos de los obispos asistentes un desfile de colegios y pueblos, bandas de guerra, todo realmente impresionante que se llenó también con gente de los pueblos interioranos, el desfile cívico militar fue extraordinario. Participábamos con el Colegio y nos ubicaron justo al frente de la puerta principal de la bella Iglesia, todos observamos a un muchacho que hacia maromas para caminar, pegado como garrapata a la pared de la Iglesia, pues apenas podía estar en el estrecho y solido dintel, el trataba de llegar a áreas más céntricas –creemos– veíamos desde aquel frente el movimiento de autoridades que llegaban a la Nueva Catedral, cuando de pronto... se desplomo (equivalente a dos plantas) el cuerpo cayendo en la angustia de todos los que vimos su sainete, el porrazo fue similar; al de un saco de arena que cae, la policía concentrada corrió a recogerlo... era Castel Blanco, conocido de todos por sus audacias que salió ileso de aquel tremendo porrazo, a pasos... nuestros, cuya visión directa nos lo dejó impreso para siempre.

El Ingeniero Luis Alfonso Dávila Matute, fue un gran promotor e impulsor

de los intereses merideños. Padre de una extraordinaria familia apuntalada por su activa esposa Doña Elda Garcia de Dávila. Sus hijos competentes, entre los que se destacaba entrañablemente: Alí Dávila García, excelente empresario e ingeniero y buen gerente que nos acompañó como director de Obras Públicas del Estado con brillo y acrisolada honestidad, este amigo tan especial dolorosamente se nos fue muy joven, cuando tenía todo por dar. Don Toto, como lo conocían los que lo apreciaban, fue el promotor de la Feria de Mérida, al impulsar por su cuenta y riesgo, la I Feria Agropecuaria, que vimos, y que se realizó en su bella hacienda citadina de "El Rosario", las Ferias de Mérida tuvieron grandes promotores: Don Toto Dávila Matute fue el pionero con visión y voluntad, montadas, en los magníficos terrenos que rodeaban su casa de Hacienda, se inició así la Feria de la Inmaculada. Era 1963 cuando se abrieron esos sueños en la ciudad, para 1965, Don Toto, con más apoyo a su gran animación, organizó más la feria de la Inmaculada, con eventos de coleo, donde sus hijos y el yerno Alvaro Parra Davila se destacaban, gallos y corrales, para los eventos de ganado y se repartieron premios. Junto a las exitosas ferias de los hermanos tachirenses de San Sebastián y un gran líder y animador merideño el Ingeniero Román Eduardo Sandía Briceño levantó la plaza de toros con su animación natural y el apoyo de los más "grandes".

Gracias a las plazas transportables creadas por la pasión de Don Augusto Rodríguez Aranguren, se había cultivado una afición merideña heredada de la conquista española, haciéndose popular en la ciudad, la actual Plaza de Toros. A todo esto se unió el ejemplo cultivado por docenas de merideños aficionados, que asistían a las populares y exitosas ferias de San Sebastián en San Cristóbal, animada también es justo decirlo por las cercanías masivas de los hermanos colombianos, nuestra Plaza de Toros fue construida con mucha voluntad y en tiempo récord en terrenos cedidos por Pedro Rincón Gutiérrez rector con visión empresarial de la Universidad. La fecha escogida en 1967, fue la del 8 diciembre, día de la Inmaculada Concepción patrona de Mérida, el grupo promotor y ejecutor tenía mucha competencia y prestigio en la ciudad: un hombre de sabia cordialidad política, que andaba la ciudad y le regalo su carisma, amigo inolvidable de quien escribe, Gustavo López era el gobernador entonces; Germán Briceño Ferrigni, era Presidente de la Asamblea Legislativa; Marciano Uzcategui



Coronación Reina de las Nieves (Pico Espejo) de Irene Josefina Cuevas; de izquierda a derecha Luis Dávila Fonseca; Gerente del Teleférico; Bernardo Celis-Parra; la Reina de las Nieves; Diego Arria Director Nacional de Turismo y Brenda la reina de aquella feria.

Urdaneta, Virgilio Angulo Mata, Claudio Corredor, Ecio Rojo Paredes, Tomas Alonso y Omar Dávila fueron soportes en la animación del proyecto turístico y con sabor popular; para el pueblo de Mérida. Luis Arturo Calderón Pino y quien escribe, fuimos los Abogados que constituyeron la compañía CORREALSA y documentaron legalmente el proyecto. Fueron arquitectos de la Plaza de Toros,

el gran Luis Ramírez y el merideño Eli Saúl Uzcategui, acompañados por los jóvenes Ramón Pérez y Alfredo Blanco. Siendo la reina de aquella Feria de la Inmaculada: la bellísima Lucía Markovic, después esposa de Alfonso Sánchez Febres, "El Catire". También acompañó aquel grupo de colaboradores el gran merideño, mi amigo de excepción tocayo y mejor líder sindical del país por su honorabilidad y honestidad poco vistas: Bernardo Aranguren, a quien queremos entrañablemente. Otro dirigente popular colaborador fue Manuel Eloy Calderon amigo, desaparecido tempranamente y rival político de altura del social cristiano Tito López Puente. ¡Todos unidos por Mérida!

El 9 de diciembre de 1967, fue designado como el de apertura de la bella plaza para 16.500 personas, que hoy lleva el nombre de Román Eduardo... Mérida se asomó numerosa y consecuente, cayendo un "palo de agua" que no queremos evocar... nos recordamos, arrinconados bajo las gradas tratando



Reunión Ferial en Pico Espejo, de izquierda a derecha a Enrique Febres A.; Alfredo Briceño Paredes; Diego Arria; el rector Pedro Rincón Gutiérrez; el Obispo Marcial Ramírez Roa de San Cristóbal; Bernardo Celis-Parra; Luis Dávila F.; y el Comandante del Batallón Justo Briceño.

de escapar de los chorros de agua, que se conducían entre las hendidias de la gradería, para empaparnos, en aquel grupo estábamos: mi esposa, Don Joaquín Estrada y su esposa Alice Fonseca y mi profesor y amigo entrañable Ramón Augusto Obando y su bonita esposa Rosa María Acosta y Alfredo Briceño Paredes... y su esposa Belisa Suárez y su tío Roberto Briceño Paredes, todos nos apretábamos enchumbados.

Las corridas programadas debieron darse por aquel aguacero, el 10 diciembre:

una en la mañana y otra aquella tarde, después Don Marciano Uzcategui Urdaneta, merideño ilustre, creador del escudo de la ciudad, ante la consternación de todos, por el aguacero, en una reunión de la Junta Directiva, de la que era propulsor y líder propuso mudar la fecha de la Inmaculada para febrero (carnaval) y llamarla "Feria del Sol", para impactar el terrible recuerdo del aguacero, dijo palabras, más palabras menos: "en Febrero jamás ha llovido en Mérida... si llueve dejo de llamarme Marciano", Así nació la Feria del Sol, en el carnaval de cada año y Marciano siguió siendo Marciano a pesar de otros aguaceros sufridos en algún febrero... En 1969 el primer cartel de la "Feria del Sol", fue presidido por el gran torero merideño César Fraco, abrió plaza y lidio con Paquirri y el Cordobés que dieron inmediatamente presencia mundial, al coso merideño, estando presente el banderillero Carlos Saldaña, antes presentado en las "plazas Caminantes" de Don Augusto Rodríguez Aranguren quien fue Banderillero de bella calidad.

El "Paseo de la Feria", rodeados de los restaurantes del excelente Carlos Simo, se convirtió en encuentro popular de la primera ferias, con casetas grandes espacios -carpas con las mejores orquestas y un racimo de artesanos, y alrededores de bisutería y comida, años después nació "la Reina de las Nieves" la linda Irene Josefina Cuevas, que coronamos en nuestro hoy sufrido teleférico, en Pico Espejo y en cada Feria del Sol. El "Paseo de la Feria" atravesaba la Urbanización La Magdalena de la Avenida Paredes para salir a la Avenida Tulio Febres Cordero. En nuestra casa recordamos con nostalgia, los reinados de tres bellas merideñas más cercanas: Isbelia Rojas, Irene Josefina Cuevas y Gladys García, en el concurso de ésta tuvo el honor mi esposa de ser miembro del jurado que escogió a la Tovareña, que nos llena de recuerdos, una de las mujeres más lindas que vio Mérida, Brenda y sus ojos verdes también reino y otras muchas. son expresiones del éxito ferial.

Mucho antes que estas reinas feriales, vimos el bello reinado en clubs de la ciudad, el de María Josefina Parra Febres, una prima que bailaba deliciosamente y con oído musical superior; llena de carisma y simpatía; y de Carmen Luisa Picón Pardi una de las más bonitas de nuestro tiempo, inteligente Ingeniero, que fue por años la novia de otro conejo: Luis Sanz Lizarraga, un valenciano de la mayor cordialidad y solidaridad. También se recuerda el reinado de la bella Fany Bravo Quiñones inmejorable, se caso con el excelente amigo y compañero Goberna-

dor Luciano Valero. Mucho antes el reinado que nos alegró a todos el de una merideña de excepción la simpatiquísima Titina Scrochi de gran liderazgo en los picoteos de nuestra joven pubertad que el talentoso galeno Andrés Camaran se llevó a Caracas para siempre y el reinado en el Club Militar de Reina Maggiolo Dávila, que mantuvo el liderazgo de sus bellas tías con disciplina. Hubo dos merideñas más que estremecieron por espectaculares la ciudad como Miss Mérida: Mirian Dávila Fonseca y Magaly Burguera Sardi, bonita, inteligente historiadora más cercana a nosotros por los afectos de sangre, casa y tiempo. Había otra merideña muy linda se llama Darsi Ruiz.

En Santiago de la Punta abundaban otras familias que por su laboriosidad se hicieron acreedoras del aprecio público.

Los Ángulos llenaron una época importante en las construcciones de La Punta, eran muchos hermanos y creo recordar que una sola hermana, hijos del viejo Angulo, un viejo muy competente albañil, que hizo escuela y formación en sus hijos, varios siguieron su huella: Fidel Angulo, cuyos hijos siguen su rastro ejemplar, fue un constructor del pasado con muros de tierra pisada y reconstrucción de casas en viejas haciendas, Ewaldo Angulo fue mi amigo y excepcional albañil, tal vez no repetido hoy y otros los morochos Angulo uno Carmen y su otro morocho, acompañaban el muy capaz grupo constructor... pero habían más hermanos uno fue el conductor, A. Angulo pienso que de por vida chofer y auxilio del Arzobispo Humberto Quintero, después Cardenal y el relojero F. Angulo fue uno de los puntales de la relojería Grossman de gran prestigio en aquellos años. Otro gran compañero político parroquiano fue Pedrito Calderón líder verde, nos apuntalaba en la gestión política un merideño asimilado de excepción, el entonces, muy joven, muy joven, Fortunato González Cruz.

Lola Febres Cordero de Sánchez es una Señora longeva y aplaudida por su vigor, por todos los que la hemos querido, estuvo casada con el abogado exitoso y protegido de la ciudad Dr. Homero Sánchez Berti, Lola pienso fue la mejor amiga de mi madre, tiene numerosos hijos, muchos, recuerdo a los más grandes: Lia, Alfonso (el Catire) y Homero competente administrador de justicia, Homero Sánchez Berti era hermano de Héctor Sánchez Berti esposo de Ana Leticia Febres Cordero de dulzuras especiales, padres de una larga y valiosa familia hoy de "muchachos grandes". Las otras grandes amigas de mi madre,

fueron: Sofía Febres de Febres, Teresita Trujillo y la consecuente Celina Paredes, aparte de algunas monjitas, de las que sólo distingo eran de las Congregaciones de las Siervas del Santísimo y esclavas de Cristo Rey (San Javier del Valle), que cruzaban con mi madre vistas ocasionales llevando ellas a veces deliciosos dulces y dulcitos que mi voracidad de niño disfruto, Doña Ilva Muller de Corredor y Doña María Luisa Chalbaud Cardona de Parra, Pepa Celis Briceño la visitaban con mucha frecuencia. Mamá, cultivó amistad entre las muchachas jóvenes para ella, muchas a las que apoyaba solidariamente: a Magdalena Picón Parra, por la que profesaba un cariño especial, a Ana Beatriz Urdaneta Parra; con ella alguna vez viajamos juntos y María Juana Dávila Celis, con la que salía para pintar oleos al aire libre. Doña Belén de Murzi y Doña Clorinda Paredes de Briceño también eran muy amigas de mi madre junto a Doña Josefina Fonseca de Dávila.

Los años, la vecindad y mi nueva casa fundada, le dieron a mamá la amiga entrañable de sus últimos años: Doña Cristina Burguera de Vargas por quien profeso un cariño especialísimo, volviéndose inseparables en reciprocidades solidarias y haciéndose muy unidas como consuegras.

A Doña Ilva Muller de Corredor se le guardaban afectos especiales en todas nuestras familias, era la esposa de Don Ramón Corredor Tancredi, popular político, padre de Josefina “la Pina” y de Gustavo, del recordado Claudio, de Elio y Ricardo, amigos todos, de mis casas. Los Corredor Muller llegaron a ser “primos asimilados”.

Doña María de Delgado Febres que ha sido nuestra consecuente vecina casi de por vida, excelente y delicada mujer que vio crecer a mis hijos y ha sido baluarte en la Punta, con su difunto esposo Doctor Carlos Delgado Febres.

Doña Aura Uzcategui de Dini, era una mujer que estampaba una cordial pero recia personalidad y nos distinguió con afectos y apoyos especiales, siempre la admiramos como mujer singular y distinguida para nosotros por eso toma hoy nuestro recuerdo. Doña Aura, dio paso a los Dini Uzcategui, donde la edad distinguía Alfredo Atilio, aunque muy joven entonces y los demás que siguen un rastro distante en tiempo viejo pero pegados a la merideñidad. Todos varones. Fue la esposa de un gran merideño Alfredo Dini Ruíz.

Capítulo XII

Una Navidad lejana con jóvenes de colegios, juventud católica, Universidad, deportistas, conocidos nos propusimos irnos desde Santa Cruz de Mora en bestia hasta Canaguá, por cuestras, riscos, páramos y travesías entre montañas estrechas y anchas, caminos y veredas de tierra y casas y casitas que los bordeaban de bella y sencilla estampa, nos cautiva aquello, eran “los Pueblos del Sur”, llenos de leyendas y con una raza blanca, de ojos vikingos, que los hacía exóticos o extraños, en aquellos apartados rincones andinos, que desde entonces aprendimos a querer; afectos que crecieron después al ser honrados con una de las primeras promociones de bachilleres de su liceo.

Éramos muchos apenas recuerdo los más cercanos a mí: Rubén Febres Cordero; José de Jesús Moreno Roldán, quien adoraba la aventura; Jorge Spinetti Vetancourt; Fabio Febres Arria; Servio Tulio Vetancourt; Bernardo Celis Parra y otros. Pasamos la noche en Santa Cruz, para salir de madrugada y aquí viene lo colosal para todos en la emprendida aventura, ¡no había ninguna carretera! Iríamos hasta el pueblo de Canaguá, por un camino terroso sólo para recuas que a veces se volvía empedrado y firme, frente a las casas pintorescas y singulares aldeítas que fuimos pasando en las horas de deleite que nos acompañaran en aquellas subidas y bajadas que nos divirtieron por horas. Estimaban los vaquéanos que nos acompañaban, más de 18 horas de andar, íbamos en mulas y caballos expertos en aquel camino, no repetido jamás. La primera etapa era hasta la bellísima aldea de El Molino, con sus casas de teja, su plaza larga, su iglesia criolla -colonial y su río que quería ser andino, al correr tormentosamente, pero que se hacía tímido y llanero al ensancharse y reducir velocidades, queriendo ser plácido y empozador de aguas cristalinas. Allí dormimos deliciosamente.

Habíamos salido de Santa Cruz, pasadas las tres de la madrugada, la larga caravana llevaba acompañantes y baqueanos de a pie, éramos muchos y aquella marcha se llenó de gritos y de chistes, sosteniendo una alegría permanente. La contemplación de parajes y distancias cuando vamos sobre una bestia sin obstáculos visuales, donde los límites son cielos abiertos, sierras y cerros que



En gira a Canaguá, detrás Ruben Febres C.; Jorge Spinetti; delante Fabio Luis Febres, líder en el pueblo; Servio Tulio Betancourt.

se van tapando unos a otros y el paisaje se hace móvil y vivo, la caravana pasaba. Empezamos a trepar montañas y descender abras, procurando buscar travesías que por ser cómodas, se hacían más cortas; siembras de café, bosques llenos de

helechos, de todas las variedades, páramos breves, trozos de cercados de piedra inconsecuentes en sus terminaciones y larguras y pocos riachuelos. Hacíamos paradas emblemáticas: en una casa amplia de grandes patios de café y una surtida bodega, o en un sitio para picar chicharrones de puerco o pasteles andinos, con aliños de gloria. Terminaba la tarde cuando llegamos a El Molino, para pernoctar distribuidos en varias casas de limpias y acogedoras camas y habitaciones de ventanas, que presentimos habían estado cerradas por tiempos largos. El padre Yébras, el párroco un español enchumbado de criollismo andino, con su verbo atractivo no dejó cansar nuestras lenguas, y oídos, era indiscutido y productivo adalid de aquel rico lugar lleno de trabajo, siembras, potreros y gente honesta.

Oscura todavía la mañana pero llenos nuestros estómagos de arepas de harina, cuajadas, comidos en mesas salpicada de chorizos, cambures pecosos maduros y queso ahumado, con guarapo y café, salimos de El Molino hacia Canaguá, aquel trayecto tenían menos soledades y estaba más poblado de finquitas de café, frutales y siembras de apio, habían más aguas y más páramos (dos), neblinosos que se agregaron al larguísimo paseo que amanecía agrediendo huesos y músculos magullados, se encontraban travesías con dos o tres, casitas andinas, ladrillos, barro y teja y varas de madera, con muchachitos blancos como la nieve, que se adornaban en lejanías limpios y vigorosos en saludos y carreras, de repente un pelirrojo de ojos azules aplaudía nuestro paso cordial y tímida-mente dando saltos de alegría.

En Canaguá nos esperaban en la "Posada" de la Casa Cural de Canaguá y alguna otra vivienda hospitalaria, el jefe indiscutido de aquel pueblo primoroso y que sentimos libre, era el Párroco Eustorgio Rivas, luchador incondicional e infatigable por la carretera troncal a los Pueblos del Sur; construida después por Sacerdotes merideños, líder de honestidad inmaculada que entregó su vida al progreso de esos pueblos y parroquias, con el Padre Pedro Moreno el cronista que relata los silencios que gritan la mezquindad andina que los hay. Con una

emisora, soñaba entonces Eustorgio en las sabrosas sobremesas de aquellos días inolvidables posados en aquella buena casa andina. El padre Eustorgio, tenía allí unas hermanas, una espectacular de ojos verdes y pelo negro, un tiempo corto mayor a todos, pero que deslumbró nuestros ojos y los cuales casi acortaron aquel viaje, pues una noche salidos a la plaza y con algún “pasapalo de ron”, se nos ocurrió llevarle una serenata madrugadora, a la propia casa, donde estábamos posados y aquel acto atrevido, revolvió al pueblo cercano al cura y jefe, y puso en peligro nuestra estadía... en la estupenda “posada”...

Habíamos ido a hacer teatro, a jugar basquetbol y otros a turistar, permanecimos casi una semana que todos recordamos.

Una noche de parranda corta, después de comer suculentemente en la mesa generosa del entonces Padre Rivas, al regresar nos tropezamos a un hombre extraño, muy calvo con algún pelo entrecano, alto y blanco, era cazador, traía una buena escopeta de dos cañones, unas palomas y dos pavas de monte, era una noche avanzada, él venía a “medio palo”¹⁷ y nos invitó a su casa para que “tragáramos”, dijo, un frasco de ron que tengo allá. Lo acompañamos temerosos y resultó ser el dentista práctico del pueblo, algún inocente distraído entre nosotros, le preguntó por el título de dentista, y el sonreído y sarcástico, dijo reciamente, “vengan pa’ que lo vean” y destapó un cajón de unos dos metros de largo, bien ancho y profundo y lo destapó, este despidió un hedor nauseabundo, que llenó la “clínica –habitación”, todos llenos de extrema curiosidad nos asomamos al cajón grande y estaba más de su mitad lleno y relleno, de muelas y dientes, sacados, -decía el- en lustros y lustros de ejercicio práctico de la dentistería, que él había reunido en paciente acopio, tal vez con restos de sangre de sufridas encías por falta de anestésicos. “Ese es mi título, joven” respondió, disgustado al imprudente preguntón...

Regresamos a Mérida un 23 diciembre, habíamos prolongado la estancia, que dejaba recuerdos a todos, otras amistades, lugares y querencias nuevas, y éxitos y nos “cogió el toro”, ¡un día antes de Navidad! Salimos con una copiosa lluvia y una intempestiva y brutal crecida del río grande, que debíamos cruzar muchas veces por el Zig - Zag del camino, siempre a lomo de bestias, la crecida lo adornaba de aguas altas y turbias, revolconas, que empapaban la silla y los

¹⁷ Medio palo: llaman a la poca ebriedad en Venezuela.



El Hotel Cordillera fue por años con el Hotel La Sierra (calle 23) emblemas de la ciudad aquella.

pantalones, aguas acompañadas de piedrones, que parecían rozar entre y alrededor de las bestias, el viaje fue tormentoso y el Negro Moreno, futeaba el caballo de Servio Tulio Veltancourt, cuando éste imperturbable se detenían en medio del río asesino, llenó de aquellas aguas increíbles y

con las piedras mortales, que descendían por el... pero llegamos a Santa Cruz y Mérida a las seis de la tarde del 24 diciembre, salvándose la Noche Buena familiar; que a todos nos esperaba.

En Mérida el comercio de los años cuarenta del siglo XX era incipiente, muy incipiente y débil, pero la producción agraria y pecuaria que abonaba demandas dadas por el lejano petróleo que enriquecería el país, alimentó algo más su crecimiento, esto permitió que viéramos y viviéramos la expansión de los empresarios y comerciantes de la ciudad, casi todos ocupando espacios (Good Will) de casonas y casas, cuya exigencia fundamental era que estuvieran cerca de la Plaza Bolívar y así vimos y vivimos el crecimiento comercial de la ciudad lejana al centro, se fue propagando en su contorno de cuadrículas, desde la plaza y hacia las boca calles, con mayor fuerza hacia las Avenidas Independencia y la Avenida Lora y por la calle 22 del mercado viejo, que ejercía, como punto de atracción comercial.

Alrededor y frente a la Plaza Bolívar y sus bocacalles se ubicaba un comercio importante, al llegar la línea aérea Avenza sus oficinas se ubicaron en la calle 22; el bar "Principal" de Don Andrés Peña, del cual fue encargado el después el joyero exitoso Gregorio Gómez ambos españoles, Don Andrés era jugador de pelota vasca muy blanco, pelo gris y una visible fortaleza, era el padre de quien fue especialísimo amigo de nuestra primera infancia: Andrés Peña Cimaro (Andresin), de madre dulce y llena de bondad, con muchos hermanos, recuerdo a Ignacio de gran nobleza y solidaridad probada conmigo que llego a contraalmirante; José Luis, Ramoncito y Loly; este bar a su lado, estaba escoltado, por la gran Ferretería Uzategui Salas, que surtía a la ciudad y sus construcciones, mantenimientos y equipos, era propiedad de Don Miguel Ángel Uzategui Pacheco padre de mi entrañable amigo de primeros años José Miguel Uzategui, y su socio Don Fran-

cisco Salas, negocio que desapareció con los años; si caminaban hacia la Avenida Independencia, después de pasar el Hotel Cordillera en la esquina, estaba el legendario “Sol y Sombra” con prestigio y calidad y movimiento diario y populoso, propiedad de Don Luis Peña, con familia numerosa, entre ellos mi gran amigo de grados Luis Alberto Peña, buen odontólogo después y muchos hermanos de calidad que adornaba su casa, entre ellos su bella y distinguida hermana Ana Elisa Peña, hoy esposa de Francisco Puleo Pisani (Chopeles). Toda la extensa familia Peña surtía con gran calidad hombres y mujeres a aquella Mérida recordada en todas sus ramas; por esta acera en la independencia estaba el cafetín “La Continental” que ocasionalmente era bar y vendía las mejores tostadas y “todis” de la ciudad, era propiedad de Don Alfonso Uzcategui Pacheco, jefe y conductor de una bella familia, de mujeres bonitas, formada con su solidaria esposa Doña María Isidra Guerrero Márquez, que no es otra que la cordial y noble Doña Marucha, ellos habían procreado cuatro hijos, mi comadre Irma Uzcategui de Herrera Gabaldón, Maritza de Mendoza y Noris de Jobe y un varón Rafael Uzcategui Guerrero, todos ellos amigos distinguidos de mis viejas casas y por supuestos míos.

Si subías del cafetín “La Continental”, pasabas por el “Transporte Primavera”, La Chiquita era hogar de la singer, la casa del hijo del patriarca, Tulio Febres Cordero Carnevali, la gran farmacia de Don Tito y al llegar a la esquina había un caballero increíble en su trato y basta educación, estaba Don Arturo Murzi y sus telas, trujillano, que dio a Mérida su vida y el brillo de su destreza, educación y clase, amigo personal de quien escribe. Estas cuadras las recordamos en forma especial por haber sido ellas de tránsito escolar y estadias para asistir al cine Mérida y tenerlas impresas en mis recuerdos.

Se desgranaban en los alrededores de aquella bella, limpia y despejada Plaza Bolívar; muchos comercios y bares, el billar del capitán Izaguirre de quien hablamos, en la planta baja de la histórica casa de los Picón, estaba la peluquería de Bruno Tebesky, que antes había sido del peluquero Cosme; frente a él las nebulosas del recuerdo ubican al Banco Maracaibo. Otros bancos dispersos eran, el Fomento Regional los Andes, dirigido por un gran gerente de nobleza y experiencia que así me enseñó derecho: el viejo Juan Bautista. Rivera Daza. El Agrícola y Pecuario gerenciado por Don Rafael Herrera Valero, excelente amigo de mi casa esposo de María Hortensia Gabaldon Parra, padres de mi compadre

– amigo el excelente traumatólogo y mi “siquiatra” de horas menguadas y de Cecilia casada con Glodulfo Monsalve periodista de calidad y el mejor locutor de la Mérida de hoy; y el Banco Unión, dirigido por Edgardo Díaz Giran, quien entrego las primeras tarjetas de crédito en la ciudad o al menos las popularizo. El Banco Italo Venezolano fue gerenciado admirablemente por Marcial La Cruz Lobo, Lobito para sus amigos quien se integró admirablemente a su gerencia. Marcos Uzcategui Yanez uno de los más cordiales amigos que nuestra mente recuerda fue al pasar de los años Gerente exitoso del Banco de Occidente en la esquina de la calle 25 con avenida 3, Marcos con su don de gente colecciono una singular clientela. Todos soportes financieros de aquella Mérida vieja, que pujaba por hacerse ciudad grande, a costa de su principal industria la Universidad que crecía y crecía día a día y un turismo que pretendía crecer...con su competente población.

En la plaza estaba la surtida librería de los hermanos “Shouren” y en la planta baja de la casa importante y vieja de Don Enrique Dávila Uzcategui, casado con la señora Josefina Fonseca de Dávila creadora de una muy distinguida familia: los Dávila Fonseca que embellecían la ciudad con sus lindas mujeres, allí estaba la ferretería- boutique, con delicados hierros y detalles importados, surtidora de cristales, de John Dávila Fonseca y su hermano mi amigo Luis Dávila Fonseca, y a su lado la Barbería que se llenaba de gente mañanas y tardes, del italiano que nos pelaba¹⁸. Al pasar hacia la Avenida Lora estaba el Hotel La Sierra, con habitaciones a la calle, que eran alquiladas a ocasionales viajeros y vendedores itinerantes venidos de fuera semanalmente.

En la misma calle 23, al otro lado de la acera se levantaba “La Torre de Caracciolo”, que había construido el Rector Parra Olmedo era La Torre Universitaria, cercana a la primera de las tres “aulas mangas” con que contó la ciudad, inaugurada como “sala de espectáculos” (teatro) pero que sirvió al estudiantado que se graduaba, cuando ocasionalmente era más numeroso: la segunda “Aula Magna” es el Histórico Paraninfo, ubicado en la vieja Facultad de Derecho construida por otro gran rector Roberto Picón Lares y la tercera, la verdadera y colosal “Aula Magna”, construida por el excelente Rector cirujano, con los planos de Mujica Millán y llena de cuadros desde el Rector Caracciolo por Tito Salas,

¹⁸ Pelaban: sinónimo de cortarse el pelo los hombres en Venezuela.

hasta los numerosos óleos y retratos del Cardenal Merideño José Humberto Quintero. El salón construido por Caracciolo Parra, sirvió después como Teatro Universitario, hoy nombrado merecidamente en honor de Cesar Rengifo.

Entre el mercado y la plaza a ambos lados de la calle construyeron el pasaje del edificio Salas Roo donde después el abasto del Señor Solana vendería los mejores embutidos y salchichones españoles; la Corporación Vielma y el negocio de línea blanca y aparatos de sonidos superiores de Marino Villamizar que aportó tanto progreso a la ciudad. Las quincallas y negocios menores ocupaban la Avenida Lora, donde había hoteles de visita rápida o de menos costo, que alimentaban la población diaria del mercado y las famosas ollas mondongueras y hallaqueras de la Casa Zambrano, del Señor Zambrano quien habitaba en La Punta.

Don Efraín Peña, era un comerciante visionario y extraordinariamente competente, con un negocio grande y hacía de mayorista por lo bien surtido y era detal de mercado, de acomodadas familias de la ciudad aquella. Don Efraín cordial siempre, tenía una gran familia, que se fue diluyendo por el país destacándose la competencia de sus numerosos integrantes. Tenían dos hijas que por los afectos de mi casa recuerdo más, la distinguida y dedicada al arte de cocinar, que ha sido la bonitísima Zoila y su hermana Ligia reina de la habilidad digital, ambas atractivas y finísimas mujeres que dieron fuerza a la merideñidad, como resultado de admiradas familias tan estimadas por nosotros, que formaron más calidad para la ciudad serrana que enriqueció con ellos.

Por la Zerpa El Diario el Vigilante y la Bodega casi “nuestra”, de Gerardo Araujo, después la lavandería china de Ramón Tang, la casa del Dr. Ramón Masini Osuna, seguía la gran fotografía emblemático estudio de Rómulo Rivas, el sobrado fotógrafo de aquel tiempo, cuyo sello seco y repujado fue atributo en la historia de aquella Mérida, sus hijos fueron amigos especiales de colegio, uno Rómulo Rivas (hijo) exitoso actor internacional, promotor del Teatro Merideño y el Doctor A. Rivas, su hermano médico sobrado y distinguido del país. Rómulo es alto, muy blanco y narizón, lo envuelve una natural simpatía, que lo hace esperado en todas partes. Otro hombre destacado en el Teatro Merideño fue Cruz Medici, de quien me cuentan logros importantes, pero jamás lo veo, siendo tan pequeña esta “ciudad que yo viví”. Las vitaminas de Don Marcos, llenaban la “Pobreza en

Comercio” de la Avenida Zerpa hacia el norte y en sus áreas centrales, aquellas vitaminas fuera de serie engordaban no sólo a Don Marcos, sino a sus asiduos y consecuentes clientes entre ellos Gilberto Sandía Briceño.

Ramón Darío Suárez y Pedro Nicolás Tablante Garrido fueron dos hombres serios y objetivos como fundamento de especial trascendencia, en la historia de Mérida y de su gente. Ramón Darío tenía un verbo sabio, talentoso, con el cual mantenía sus gratas tertulias e historias, recordamos una que nos sacó de dudas la que repetimos mucho, Ramón, le indagamos: “¿cuál fue la causa del enfrentamiento entre los fundadores Rodríguez Suárez y Maldonado?” Y le agregue... fue por dinero? Por el Cabildo de Pamplona? O por la política de allí? “No...” respondió tajante, Ramón Darío y agregó: “estaban encelados de una misma hembra”... respondió seguro. Tablante fue el soporte del archivo universitario por lustros y lustros, su oficina estaba entre una acumulación increíble, que hacía cerros y cerros con zanjones y todo, de papeles y más papeles, para nosotros, muy desordenado, pero para él, ordenadísimo, dada la premura y rapidez con que escalaba aquellos cerros de papel, deteniéndose en un lugar, donde jalando con la naturalidad del talento, que acompañó al gran barines-andino, sacaba una carpeta del universitario... “Temisclothes Rodríguez”, un estudiante de la ULA de hacía 18 años... entregándole a éste los papeles archivados requeridos en minutos. “El brillo histórico de los análisis y deducciones de Tablante estaban llenos de luz y sapiencia”. Su figura hiperquinética era ágil para su edad, pelo lacio y largo indomable como su dueño, le caía por las orejas, ojos y por todas partes, sacudiéndoselo él con bruscos y rápidos giros de cabeza o interviniendo con cualquier forma para hacerlo, era moreno y vestía siempre igual, camisa blanca, corbata negra y traje negro. Toda la ciudad lo amaba y respetaba, Pedro Nicolás Tablante era figura profundamente popular y paciente esperaba al salir de su oficina, –en la Avenida Bolívar (4)- el carrito o “cola” que lo llevaría a su casa en las adyacencias de la Avenida Urdaneta.

En el centro estaba también “La Casa del Turista” que mantuvo las demandas de los visitantes sólidamente, con postales de nuestros admirables rincones, donde no llegaban los ojos del turismo, ruanas y abrigos merideños e italianos, señuelos y cañas para pescar truchas y artesanías. Era una especie de boutique de cosas merideñas especiales. Los dueños eran italianos, Mario y Rita Anzil y su socio

Franco Anzil, dueños exitosos y de gran factura humana, ellos tejían los suéteres Anzil y los primeros fueron padres del sacerdote amigo Hugo Anzil, apóstol de los menos ricos, en Santa Juana y La Punta, donde empezaba a esculpir la educación de estos, cuando temprano, se lo llevó la muerte. Cerca Eugenio Sosa, en los primeros años de nuestra niñez era receptor de los dineritos que la Abuela, tíos y amigos que traían del cielo en navidad, era una tienda –quincalla increíble: un trencito eléctrico, algún carrito de lata con cuerda, un yoyo de luces, un trompo pulido y brincón, unas metras sensacionales poco vistas y algún otro juguete exótico, no repetido, Eugenio Sosa estaba en la Avenida Independencia frente a Transporte Primavera. Hace unos menos años, -ya viejos- vimos a Don Eugenio, transitar peatonalmente lento, la Avenida Andrés Bello, íbamos en un vehículo y nos emocionó verle, pero temimos que las nubes de su memoria seguramente, no nos recordarían y optamos por no detenemos, para no entristecer más aquella escena, que verdaderamente sentimos estrujaba los recuerdos de aquel laborioso comerciante.

“Araujo y Torres” fue la primera gran venta de materiales de construcción, estaba diagonal al comedor popular. Después tomó mercados “Materiales el Roble” del gran luchador y comerciante de ejido Don Julio Uzcategui, asociado con el querido y recordado Homero Izarra además, el líder político en San Juan y Lagunillas. Éstos fueron los dos primeros en mi tiempo viejo. Después vendría comercial Glorias Patrias con los exitosos y admirados empresarios, los hermanos Dávila Araque una familia que ha enriquecido la merideñidad.

En la Avenida Independencia estaban: El popular comercio de Uzcategui Yáñez que apoyaba a ganaderos y dueños de mascotas propiedad del educado Hernando Uzcategui Yáñez; el extenso comercio de Don Roberto Pacheco “todo a real”, Suegro de Pipo Paredes, el merideño de más memoria, casado con Aída y lector constante. Cerca de él estaba la estimada y valiosa Clara Díaz Pineda con su estanco de estampillas y papel sellando, que se llenaba de gente por el don de cordialidad que adornaba a Clara. La Ferretería de Luis Alipio Burguera Dávila, Don Luis como le llamaba, distinguida respiraba cordialidad y gran simpatía, que el tiempo y circunstancias especiales se hizo nuestro especial, querido y respetado Tío-amigo, su negocio era voluminoso y bien surtido, su inventario y mano derecha era Eleazar que conocía de todos los huecos y rincones de su amplia



María Carolina Celis Vargas, en brazos fue centro de atención del autor y el gran historiador y Genealogista Merideño Don Ramón Darío Suarez.

y acreditada ferretería. Alrededor de su escritorio se hacían momentáneas peñas taurinas que alimentaba don Luis, con su inseparable sombrero de ala ancha, sombrero al que temía más la bella Doña Maura Sardi su esposa, por las mujeres que les gustaba “mirárselo”. Don Alipio estaba lleno de hijos Ezio, Alipio y Luis Jesús —éste último falleció muy temprano—, eran sus varones y sumaba numerosas a las mujeres, una más bella que la otra pegadas en afectos a mi casa ... Magaly, Amparo, Coromoto, Pilar y dos pecositas que enseñaban muy pequeñas lo que serían: Gloria y Astrid, todas bonitas. De la plaza Bolívar continúa en el recuerdo que llega en parches de memorias arrugadas y que se ubica en

los escalones de muchas etapas y épocas: el Bar y restaurante de Pierre y Janet era una especie de “Club universitario”, donde se bebía y comía a todas horas. Muchos sostienen que Janet gourmet en su cocina, preparaba la mejor sopa de cebolla de la ciudad y su filet miñón de exquisita carne no tenía rival. Había un grupo que sustentaba los llenos y la economía de Pierre, asiduos del ron y whisky, muchísimos más bebían cerveza, allí llegaban para ser atendidos con grandes afectos: los hijos que Pierre y Janet no “parieron”, pero que los tenían en los Sandía Briceño, Román Eduardo y Gilberto mi hermano de siempre y a quien vi muchas veces ¡operar la caja del negocio! El Arquitecto ágil de buena obra en la ciudad el profesor universitario destacado Alfonso Vanegas —que se caso con Graciela Parra, mujer de gustos especiales y pintora— y el agudo Adolfo Paolini Pisani “abrían y cerraban aquel negocio”, pues sus oficinas estaban sobre el Bar-Restaurant y después un verdadero rebaño de amigos: Marquitos Rodríguez, Gilberto Mendoza con su lotería de los animalitos, José Antonio Masini, el excelente francés Marcial La Faille, Nabiz Rojas y llegaban mucho los jóvenes profesores de derecho: Germán Briceño Ferrigni, Luciano Noguera Mora y Luis Contreras Pernia. En el rincón derecho del fondo oscuro, se atrincheraban dos o cuatro viejos respetados de la ciudad, para jugar y beber; jugaban dados, más concretamente “cachito”. Pasaron los años y todos fuimos terminando estudios, mientras el negocio también moría, ya cansados Pierre y Janet se retiraron de él

y Pierre se hizo admirable empresario taurino en la estrenada Plaza Monumental de Mérida.

Pasos arriba del bar de Pierre y Janet, estaba la farmacia de una recordada familia de Mérida: la Farmacia de los Lupi, años después fue de uno de los primos más queridos, por su delicadeza de trato y su profunda educación y formación académica: Roberto Gabaldon Parra, casado con la hija mayor de mi maestro Ada Pineda Romero; quien sustituyo con Maritza su hermana en mí el afecto, que se vació en ellas ante la ausencia vital de mi padre académico Pedro Pineda León. Más arriba de la farmacia de Roberto, había un bar grande y cervecero, "El Metropol", propiedad de Bernardo Baamonde, un catire español, uno de los mejores defensas y estrellas y futbolistas de aquel tiempo. El bar de Baamonde era más cervecero que otra cosa, era grande y profundo y se llenaba popularmente de estudiantes y deportistas en las noches y fines de semana. El siguiente comercio, fue la tienda de regalos de Gregorio Gómez que atendía su esposa la suave y educada Mary Carmen, ambos abrirían después una excelente joyería en el lugar que antes ocupo por lustros El Bar-Billar del Capitán Izaguirre.

Dovilla estaba en la esquina de la calle 24 con la Avenida Independencia diagonal al legendario cafetín -refresquería de López, donde se vendían los mejores refrescos (aguas) de todos los sabores de frutas merideñas que bebíamos por galones. "Trajes Rony", se instaló después, allí llevó varias veces cheques del rector de la ULA.(Universidad de los Andes) Víctor Leañez Fuguet, -el Chiche- al pagarle la Universidad, la ropa que le habían quemado en a tropelía, en la Residencia Estudiantil, los marxistas-camaradas, cuando el Chiche fue candidato verde a la Presidencia de la Federación de Centros Universitarios, fue uno de los buenos negocios del queridísimo amigo coriano. Si seguías por la acera de López encontrabas, algunas tiendas de árabes, rarísimas en la ciudad, que entonces empezaban a ubicarse en los pueblos y pueblitos merideños, salvo el negocio del gran ciudadano y mejor amigo Amado El Fakid, solidario de las causas sociales y merideñas, asimilado a ellas siempre. Llegamos así a la "Casa Lares" de un gran e inteligente trabajador, conocedor de secretos y calidades de cámaras fotográficas y equipos, como precursor de la era digital: Alfredo Enrique Lares era un hombre agradable y conocedor superior y bien formado de la mercancía óptica y del sonido. Amigo de años. A su lado estaba la más surdida librería

de la ciudad, con los libros del momento de Don Manuel Canales: su "Librería Selecta", justo al frente de la regía, histórica y legendaria Facultad de Derecho, que vivimos intensamente, y que alimentaba con creces el espléndido negocio de Canales, honesto distribuía los libros y escritos de mi padre, que por ello se convirtió en su asiduo amigo. Desde el norte de la Plaza Bolívar servía la línea "3 rojo" con un buen equipo de taxis donde se destacaban dos líderes importantes de ella: Alcibíades y el gato Ramón. Hubo un conductor merideño de quien me referiré en el trabajo político que preparamos, hombre de un valor irrepetible que salvo a mis hijos en una trifulca de piedras en la ciudad, adorado en mi casa: José Ramón Pico, merideño de la honestidad y valientemente solidario en la defensa de mis hijos. Ramón fue mi leal compañero en mi paso por la Secretaria General de Gobierno, su lealtad me sirvió para quererlo y respetarlo siempre.

Ya recordamos a Gregorio Gómez, dijimos que administraba recién llegado el Bar principal de Don Andrés Peña, después como gran emprendedor que fue, fundó el Bar La Polar en Santiago de la Punta asociado con otro gran merideño asimilado: Juan Benito uno de esos amigos extraordinarios y cordiales en exceso que vemos poco, pero que están metidos en nuestra afinidad, Juan después joyero exitoso, inteligente orfebre y diseñador de prendas, creó con su esposa Adriana Pérez Valeri, una de las mejores Haras de Caballos de paso fino de la región, que hoy regenta, desde el Restaurant "el Bracero de la Cruz", su hijo Juan José Benito Pérez, (Pitin) quien hoy mimas exquisitamente nuestros caprichos culinarios con gran propiedad y afecto... proporcionales a la estimación que le profesamos y consecuente con su padre. La ciudad se fue poblando de excelente y muy calificados profesionales: profesores, carpinteros, el primero que desde niño vi y escuché fue del maestro Olmedillo, que hacía lo imposible para ser tallista apenas conociendo el difícil arte de la talla, siempre Olmedillo buscó una calidad propia, suya, amparándose en las maravillosas maderas que circulaban en el país, cortadas éstas, no hubo en ningún gobierno un plan civilizado y visionario de reponerlas con creces y hoy 60 años después seríamos la Suecia o la Noruega latinoamericana ¡la torpeza oficial no lo quiso! Olmedillo desapareció y fue reemplazado -creó en mi recuerdo nublado -por una de los mejores ebanistas que conocí Gino Negro, italiano, a la altura del brillante maestro Limés en Caracas, Gino fue primero mi leal y consecuente amigo, su honestidad

lo hizo mi carpintero de obra y remates. Luego llegaron primero el extraordinario y nombrado Conti, italiano y después los Tassone italianos, comandados por un padre que dejó su calidad humana y de artesano sabio a través de la competencia, honestidad y destreza de sus tres hijos inteligentes y visionarios amigos: Galileo el más cercano en edad ha sido exitoso empresario; Fernando luchador incansable con hijos llenos de voluntad; y Silvano a quien conocimos muy jóvenes, gran trabajador aquí, regresó después a la Italia de su padre donde triunfa con una buena Ebanistería. La Ebanistería de los Ecuatorianos estaba llena de tallistas de excelencia, sus trabajos se exportaban a otros estados del país, tengo muebles de muchas piezas, que nuestros ojos disfrutaban diariamente por la calidad, sus formas y las complicaciones de la talla que los adornan, muerto los maestros, sus hijos abandonaron aquella empresa consolidada con gran prestigio en el país. Pasaron años antes de la llegada de Esmail Manoochehri quien consolidó su calidad laboral y fundó una de las mejores carpinterías de la ciudad, amigo de mi casa, Esmail, se casó con Lilia Rebeca González hija especial del Doctor Jorge González Pacheco, Abogado con quien ahonde amistad y estima en mis días de Concejal tiempo en el que era el valioso Secretario del Concejo Municipal de Mérida.

Omario Alvarado fue uno de los grandes conocedores de la fotografía de aquella Mérida, amigo, fue mi sabio asesor en mis largos lapsos como incipiente fotógrafo, de él y de Gabriel Picón Parra, recibí espléndidas lecciones de relevado y manejo de lente y luz. El señor Alberto Grossman era un alemán-merideño cuyo negocio hoy sigue en su mismo lugar, en la Avenida Bolívar casi con calle 24, surtido de objetos de calidad, era, con la Señora Tina Bonetti pasos más abajo, competentísima y exitosa comerciante, los lugares de donde salían los mejores regalos que se daban en la ciudad. "El Palacio de la Música" era exquisito en sus importaciones y objetos finos, estaba en la Avenida Independencia, casi frente del viejo correo al lado del valioso comerciante Don Luis Lujan Juárez, padre de las amigas Carmen Dolores y Margarita Lujan compañeras de Kindergarden... Margarita hoy la ven mis nubes de visuales recuerdos con dos clinejas.

La Panadería de Chuy Moreno le pisaba los talones a la de Don Ramón Lamus y mostraba la voluntad de lucha del primero y de sus hijos competentes con él que hay hecho un rastro creativo y muy andino.

El italiano Egidio Motty fue un capítulo de excepción en aquella Mérida de brillo y abundante calidad humana y cultura académica. Motty fue por lustros y lustros “la Olivetti” en Mérida. Motty de Mérida joven, debió interrumpir su formación académica y de lenguas antes de tener que venirse a Venezuela ¡honor a Egidio amigo de todos!... y muy culto caballero orgullo de la merideñidad.

La Casa Valero de su propietario el Sr. José Valero, vendía excelentes zapatos y estaba en el centro de la ciudad, dirigida por su propietario que era talentoso gerente. El Bar -Fuente de Soda Kontiki en esquina de la calle 19 con Avenida Independencia, fundado, hizo época y fue una novedad en la ciudad por sus sandwiches gigantes y deliciosos, hacía de Bar elegante para los más pudientes. Chuo, y sus cordiales hermanos los Gómez García, uno “Chuyita” era mi más cercano amigo de tiempo; con su peinado estilo Caldera y disciplinadamente bien vestido. José Paredes fue mi gran amigo y su gerente, un merideño unico y honesto, que quise mucho. Era elegante llevar a una muchacha allí, para impresionarla en las alturas del “poder hacer”, que ya existía, a algunas les encantaban las oscuridades profundas del recordado Kontiki, donde después del segundo beso timorato, llegaba el mesonero con alertas severas del Señor Paredes, que sea acataban disciplinadamente... o se iban.

Cuando sin ser hombres “hechos y derechos”, pero si más pulposos en carnes y años, quisimos ser originales y regresar a etapas más tiernas e invitar chamam a los bellos pozos cristalinos y negros del Río al Albarregas o el Chama, encontramos con tristeza y frustración, aguas grises, que luchaban casi apestosas, por ser transparentes conduciendo una todavía precaria porquería, nadie se percataba de ello, porque la ciudad con todos adentro empezaba su ascenso a la “Masificación y Crisis”, o como escribe Vargas Llosa en “La Civilización del Espectáculo” son la mediocridad, que aquí con los ríos organizaban junto a los cerros y colinas llenos de casitas de zinc y carton sin servicios y dolorosamente una Sierra Nevada con menos nieve y gente disminuida en su valores y ambiciones y limpieza de su territorio. Así nos hemos venido masificando sin percatarnos de nuestras caídas y porquerías presentes que en tristeza y colas abundan.

Hay una anécdota genial con el primo hacendado, valiente y voluntarioso Oswaldo Celis Dávila, tan querido de mi casa e hijos quien para cimentar el éxito de sus logros, amenazaba en tiempos difíciles de invasiones y confiscaciones: “si me joden mucho primo, suelto los becerros y que se mamen a las vacas y se acabó

la leche, no joda”, ésta es una sabia verdad, si dejas que el becerro se mame a la madre pues sencillamente no tendrás ni leche, ni queso. Todo esto, para concluir en que el Libertador Simón Bolívar el glorioso caraqueño, se “mamó” el talento político de Caracas y por eso, se dio el llegar tan fácil y heroico de los andinos en alpargatas, chopos y “algunas pelotas”, con Castro y Gómez quedándose hasta 1958, con López Contreras y Medina Angarita, con el atropello de Marcos Pérez Jiménez, lustros y lustros de rosca andina, con talento, fusiles y grillos, argucias políticas, sumando democracia con el audaz y carismático, adeco-andino Carlos Andrés Pérez, que combatiendo grillos y con sentir democrático, estuvo dos veces. A los caraqueños les “mamó” el talento político, Simón Bolívar, excepciones las hay intelectuales como: Andrés Bello y Arturo Uslar; hay políticos como Reny Ottolina y Corina Machado, empresarios como Eugenio Mendoza, los Boulton, los Wolmer, el diseño espléndido de la talentosa y exitosa que admiramos Carolina Herrera caraqueña universal y deportistas como Alfonso Carrasquel excepciones de esa regla de la “mamada política” sucedida y vista en la historia, incluyendo al déspota Guzmán Blanco, mediocridad probada en las torpezas del golpe del 2002.

El talento andino se regaba en aquella ciudad lejana, preparamos ahora algunas hojas que contendrán recuerdos y recortes políticos de aquellos tiempos que no hemos querido mezclar con estas memorias y que iremos recordando después, a manera de continuidad sintética de estos relatos en otras hojas de otro libro merideño que tenemos esperanza se agregue a estas historias, hablando de tiempos cercanos donde el abogado, político, banquero y empresario, se acercan al hoy de ahora mismo.

Había en el Valle Grande fábricas de ladrillo cocido y teja, que el tiempo fue destartalandolo. En Ejido había una fábrica de mosaicos de cemento llenos de colores de los usados en las casas pudientes, en los primeros cincuenta años del siglo XX.

Los Corredor en numerosas ramas siempre han contado con mi admiración y consecuencia, Germán Corredor fue un comerciante y locutor de labia inagotable que supo ser un señor y predicaba la educación obligante del buen ciudadano, al que formó por años en su escuchado programa radial. Pero Germán fue también, un extraordinario emprendedor, que levantó un grupo empresarial cuyos hijos son orgullo de la ciudad de hoy y soportes recios de la merideñidad. En vida del fracasado partido político “Convergencia” conocimos una Ingeniero contratista:

Marlene Corredor; mujer estupenda y singular de gran calidad humana y profesional, que hacía obras para el estado y era merideña que admiré en sus habilidades e inteligencias y calor profesional.

Tovar y Santa Cruz de Mora, con la Casa Burguera como líder llevó el café merideño a Europa y el mundo, fueron estas regiones pioneras y puntales en este comercio que sostuvo con brillo la estructura económica del país antes de 1930 y antes también de la llegada del petróleo, que nos hizo estúpidamente cómodos y poco luchadores. En Mérida hubo muchos hombres exitosos del café en el tiempo viejo de estos relatos ya mencionamos alguno; otros, P&R Molina C.A. (Petronio y Ricardo) fueron dos de ellos que adquirieron gran poder regional, Petronio era moreno y distinguido, alto, casado con la elegante Luisa de Molina y Ricardo blanco, más bajo y grueso casado con la ruidosa y positiva Margot de Molina. Petronio y Luisa fueron los merideños que primero llevaron su casa principal a terrenos de Santiago de La Punta. Los Molina -además de comerciar el café, vendían equipos y motores para procesarlo. Don José María Aranguren fundamento de una familia especialísima de la ciudad abundante en muchachas bonitas y con un solo hijo Augusto Aranguren Salas después médico amigo inseparable de Juan de Dios Celis Dávila y Hugo José Parra Febres, jóvenes médicos todos, desde finales de los cincuenta del siglo XX, era el padre de la bondadosa, Gloria Aranguren Salas, de las primeras en los afectos de mi casa. Y mi comadre querida.

Don Ramón Gómez Castro era un comerciante conocido de la ciudad, su negocio eran de muchos equipos y línea blanca, un comercio de amplio espectro, que elevó el prestigio regional, Don Ramón fue el Presidente de la Junta del cuatricentenario de Mérida, cuyo baile de celebración fue cancelado al fallecer el Papa Pío XII.. Él y sus hijos los Gómez García dejaron aquí una estela de recuerdos imborrables.

Briceño y Maggiolo C.A. era una de las empresas de mayor organización y fuerza en la ciudad, fundada por Avelino Briceño Paredes y Carlos Maggiolo Atencio, fue una compañía de grandes creaciones. La recordamos en un local ubicado en la Avenida Independencia entre las calles 25 y 26, distribuía gas, vendía equipo del hogar y los pasajes de Aeropostal y/o la línea aérea Taca, para volar desde Mérida. Pasados momentos y tiempo fueron concesionarios de los vehículos Chrysler y siguieron creciendo como visionarios emprendedores.

Fue el brillante arquitecto Guido Bermúdez Briceño quien diseñó el bello y distinguido local al que se mudarían después, ubicado donde estuvo la conocida bomba de gasolina de Briceño Hermanos C.A., desaparecida con los años y propiedad de Avelino y Enrique Briceño Paredes competentes empresarios del inicio comercial merideño.

Briceño y Maggiolo C.A. poder regional, fundó la bebida merideña de refresco Cold Point¹⁹ que ganó gran prestigio y consumo prontamente en la ciudad y en la región, la colita roja la recordamos deliciosa que tenía gran demanda, la embotelladora de la empresa estaba ubicada en la esquina de la Avenida Bolívar con calle 26, pero Briceño y Maggiolo C.A., creativo, no se quedó allí y fundó el Central azucarero Mérida C.A. ubicado en la carretera Mérida -La Punta con apoyos tal vez divididos de los cañicultores de la zona que no todos "arrimaban cañas" al central, pues muchos continuaron moliendo en sus trapiches. Este central se fundó seguramente inspirado en la experiencia del socio Carlos Maggiolo Atencio, dinámico, que había sido propietario total del Central Azucarero Colón, situado en Encontrados, sobre el río y que él había vendido en 1944, trayéndose su capital a Mérida.

El crecimiento de la firma Briceño y Maggiolo C.A. era visible y su presencia hacia bien a la ciudad, a ese crecimiento se incorporó a la firma un tercer socio que fue minoritario siempre: Alfredo Del Olmo, un español de amplia preparación en mecánica automotriz, que tenía un pequeño taller y vendía vehículos Ford, en la esquina de la Avenida Zerpa con la calle 23 y a partir de allí, Briceño y Maggiolo C.A. fue el concesionario Ford de Mérida dando este aporte.

Problemas de diversa índole, dieron paso a modificaciones estructurales financieras diversas, cuyas consecuencias produjeron cambios accionarios y el nombre de la firma cambio, dando paso a Briceño y del Olmo C.A. ese cambio del grupo empresarial, tuvo la suerte de contar con el brillo emprendedor, de Alfredo Briceño Paredes, el primo, que he repetido, fue uno de los grandes empresarios merideños del siglo XX y quien mantuvo a su lado por largo tiempo un apoyo excepcional, el de su primo Germán Briceño Dávila trabajador persistente y de hondo arraigo merideño. Firma que hoy perdura y que dejó la concesión Ford, para hacerse de la concesión de los vehículos Toyota, mudándose a un bello

¹⁹ Cold Point: punto frío refresco embotellado por merideños.

edificio en la Avenida Andrés Bello. El Central Azucarero Mérida y la embotelladora Cold Point habían desaparecido en el tiempo sucedido, perdiendo Mérida las grandes industrias que pudo tener y un inmenso poder para el desarrollo.

Don Valeriano Diez y Riega fue uno de los mayores y más diestros empresarios de mí tiempo viejo. Un español blanco, de moderno pelo que quería ser largo, de alborotado bigote poblado y un inseparable sombrero, que no abandonaba, era cordial y muy simpático, yo lo viví así, por haber sido amigo especial y consecuente de sus hijos en nuestros primeros años de colegio, destacándose siempre una amistad entrañable siempre con Valeriano Diez y Riega Matera. Don Valeriano era activo, lo recuerdo con una distorsión en su espalda, que le ocasionó un accidente personal, era dueño de los mejores cines de Mérida, San Cristóbal, Valera, Bocono, Trujillo, Tovar, San Antonio etc. etc. Tenía los más valiosos terrenos en ubicación y extensión, casi todos en los frentes de cada Plaza Bolívar; en todas ciudades andinas donde estaba ubicado, su jefe de mantenimiento y agregaríamos que su asistente técnico el Señor Corrado, era un italiano competente y lleno de honestidad y dinamismo, servicial y único, como hombre solidario y amigo.

Hoy pensamos después de nuestro largo tránsito vital, que Don Valeriano disponía no de un inmenso capital inmobiliario, sino de un efectivo diario y un flujo de caja, no alcanzado por nadie más en el área andina, que le ingresaba Bolívar a Bolívar diariamente miles de ellos. El mejor flujo de caja... tal vez proporcionalmente en los años de la historia merideña.

Don Valeriano, estábamos graduados, muy recientemente, nos citó a su casa para encargarnos de unas reformas legales y un boceto de partición de bienes, esto nos llenó de orgullo y satisfacción, pues era un hombre importantísimo, quien requería nuestros muy jóvenes servicios de abogado novato, con severas "sequías" de clientela, le comentábamos al Doctor Pineda León, nuestro mentor Académico y generoso, quien no disimuló su alegría que este éxito profesional nos representaría, aconsejándonos hacer el trabajo con prontitud y equilibrados honorarios, todo había sucedido un jueves, no recuerdo más tiempos, el día si lo recuerdo porque Don Valeriano, nos había convocado nuevamente a su casa en siete días para presentarle la estimación de tiempo, costos y honorarios. El siguiente lunes o martes, en horas de la mañana, vi un tumulto frente a su casa

de la calle 25, cerca de nuestro bufete, al preguntar a alguien, nos dijo que Don Valeriano, el capaz, valioso y bregador empresario, visionario y exitoso siempre, había desaparecido dolorosamente, por su propia voluntad, en los espacios de su amplia casa, donde convivía con su extensa familia, su digna y agradable esposa Trujillana doña Olga Mattera.

Los Matera sus hermanos eran briosos empresarios de la ciudad donde se destacaban por su activa vida social impulsando disciplinadamente y con gran transparencia su presencia aquí.

Don Eduardo Valecillos fue el fundador de la "Mérida Motors", una empresa que ha llenado de luz por su gran honestidad comercial, el cielo meridense. Competente empresario trujillano Don Eduardo, fue con su laboriosidad, constructor de una legendaria empresa. Casado con Doña Elvira Belandria de Valecillos procrearon hasta catorce hijos, todos dedicados al trabajo diligente, nuestra casa se distingue con la amistad especial de uno de ellos Carmen Luisa Valecillos de Hernández, esposa del destacado Vice Rector y médico de la ULA Doctor Manuel Hernández. La Mérida Motors estaba en un magnífico edificio, en la Avenida Independencia con calle 28, donde ejercían con pulcritud como concesionarios históricos de los vehículos Chevrolet, hoy dirigida con eficiencia, decoro y destreza por algunos hijos Valecillos - Belandria, donde se distinguen como ejecutivos –propietarios: Carlos Valecillos Belandria y Miguel Ángel Valecillos Belandria, que con manos limpias y excepcional competencia profesional, conducen en las aguas difíciles de hoy, la empresa que con tanta eficiencia y trabajo fundará su exitoso y querido padre.

Otras de las empresas que existía y ejerció influencia y beneficio para Mérida era "La Automotriz Occidental C.A." propiedad del competente y hábil empresario Augusto Jugo Amador; que se ubicó con prontitud en la esquina final de la Avenida 16 de Septiembre. Don Augusto se distinguía por su don de gente y ser hábil comerciante, que atrajo clientes excepcionales a su gran negocio, donde también podían encontrarse otros bienes especiales para la venta, casado con Doña Irma Burguera de Jugo, construyo una gran familia que se pegó a la ciudad para alimentar su prestigio y progreso, dándole positiva vigencia histórica.

Don Ramon García el padre de Omar quien se fue a San Cristobal y próspero y de Linder quien ha hecho lo propio en Mérida, era un excelente y hábil

comerciante y fue por mucho tiempo proveedor de repuestos y concesionario de las marcas de automóviles Renault y Jeep. Estaba en la Avenida Lora. Los García eran una familia unida, con ruido y éxitos notables en el comercio, el deporte y ahora con un joven descendiente Carlos García Odón quien ejerce como eficiente Alcalde de la ciudad de Mérida, en pocos meses de gestión pareciera recuperar su rostro de ciudad limpia y con la prosapia histórica de siempre, desaparecido suple su ausencia Italo Dugarte h. (Italito).

Había una empresa en ascenso que hacía lo que su mago propietario quería con cualquier radiador de automóviles, era el buen amigo Italo Dugarte, compañero de tiempos juvenes que hábilmente se hizo dueño del mercado merideño.

"Muchacho hermanos de Mérida" venía en expansión desde Valera, conducida aquí por Don Eleazar Muchacho, que se ubicó con su esposa e hijos en Mérida, era el padre de la gentil María Pura, Don Eleazar Muchacho, se instala como concesionario Chrysler en Mérida, causó sensación su moderno y admirado edificio llenos de bellos vitrales que dieron prestancia a la ciudad moderna que nacía. Muchacho Hermanos Mérida también vendía equipos para el hogar como televisores, aparatos de sonido, neveras etc. de marcas de gran prestigio. El grupo Muchacho gran luchador andino, también en Mérida, adornó la región con periódicos, urbanismo y negocios diversos donde su competencia fue soporte de crecimiento para Mérida y la región. Don José Muchacho el distinguido empresario de Valera era hermano igualmente de Don Ramón Muchacho con fuerza de empresario en el Zulia. Hijo de Don José es José de Jesús Muchacho Bertoni, el popular (Chuchi) quien se ha destacado en la región como gobernador trujillano y competente promotor de empresas, y ha sido uno de los mejores y más entusiastas hombre de la andinidad de todos los tiempos, y mi compañero incondicional desde los lejanos pupitres de cuarto grado en el Colegio San José a Chuchi lo acompañamos con nuestra admiración y regionalismo como pionero en el Puerto Sur del lago, fabrica de vidrio y con sus hermanos.

Como urbanizador en Mérida, construyendo parcelas y casas de calidad en Urbanización el Carrizal promovida por el grupo.

Don Óscar Pacheco fue exitoso emprendedor que desarrolló su esfuerzo para aquella Mérida, tenía varios hijos, uno recuerdo en especial Francisco que

acompañó mis días de “Colegio joven”. Habían otros Pacheco, los de la foto – Pacheco de la calle 20, era un negocio de movimiento y prestigio, los Pachecos eran numerosos y alguno destacado en los deportes de la ciudad.

Don Manuel Villet fue destacado comerciante merideño con su esposa la simpática e inteligente Doña Maura Lupi, tenían un surtido negocio en la Avenida Independencia, librería y se especializaba en deportes, balones, guantes, bates, de óptima calidad, destacándose Gerardo Villet Lupi como luchador dirigente del deporte casado con Socorrito Molina.

El Abasto de Melecio Rojas estaba bien surtido y hacían en él grandes mercados, que después podían llevarte la mercadería adquirida hasta tu casa. . . a domicilio.

Don Adelmo Quintero fue de los promotores de la radio merideña, hombre visionario, tenía también una administradora de inmuebles, era amigo especial de mi padre, casado con Doña Elsa Strauss enriqueció la merideñidad con varios hijos, entre otros: Elsa amiga entrañable de mi esposa niña; “Chacha” amigo de muchos; Oscar, político muy inteligente y culto, Secretario de la Asamblea Legislativa a la que rendimos cuenta, y social Cristiano insigne, de gran talento político, me había distinguido un día al visitarme para obsequiarme un ejemplar con las obras completas de Roberto Picón Lares a quien él admiraba; y el Catire Quintero Strauss, que me distinguía con gratas visitas en mis casas siendo un verdadero y solidario amigo siempre consecuente.

Molinita tenían su taller de fotografía en la transversal de la Catedral, tenía muchos, muchos hijos, todos diestros profesionales hoy. Molinita era muy cordial y competente en su arte, hablador; nunca alto, era blanco, grueso y frentón, me animó siempre con afecto. Más allá de Molinita, estaba la fotografía del conocido Señor Vera, ya llegando al cementerio.

La Ciudad se fue llenando de algarabía y más comercios año a año, sin precisar el tiempo en nuestra ahora agitada memoria, que evoca con rapidez una lista breve de comercios que se metían como agua regada en el centro citadino y sus adyacencias, al norte y al sur; recordamos más: Electrofer Marconi vendía los apoyos eléctricos requeridos; el Señor Trujillo padre de un entrañable amigo de Colegio “Trujillito”, eran de mi casa pues Teresita Trujillo la tía de éste, era amiga de mi madre y destacada merideña de estos tiempos que marchó a Caracas, el almacén Trujillo de telas era muy visitado entonces.

La Ferretería de “Bazo y Moreno” era auxilio diario de todos en la Avenida Bolívar: El sellado del 5 y 6 frente al Hotel Toki-eder; hacia verdaderos tumultos los fines de semana. La Casa de los Adornos surtía de hilos y apoyos a costureras y artesanas, era de la familia González. Almacenes La Andina con visión indudable, fue quizás la primera tienda por departamentos de la ciudad con gran éxito. Habían cuatro farmacias emblemáticas y bien acreditadas, la del Doctor Ezio Carrero era la Farmacia Mérida en la Avenida Lora; la del Doctor Syr Dávila Celis denominada San Miguel en la Avenida Independencia la del Doctor Oberto Rojas Rojas, llamada Venezuela frente a Glorias Patria; la del Doctor Montes Domínguez en Milla. Existía también una quinta farmacia que administraba el competente secretario en los tribunales el Abogado Castellano y que ocupaba la casa en su esquina, de los Puleo Pisani. Las Farmacias del Doctor Roberto Gabaldon Parra en la Plaza Bolívar y la del Doctor Burgonin frente al mercado, no podemos precisar el tiempo de su duración dentro de este relato.

Comercial Gutiérrez era una gigantesca Quincalla. Los hermanos Dallo eran dos hábiles empresarios tachirenses de la madera que tenían su aserradero cercano al nuevo Seminario, en Barinitas, era el mayor de la ciudad y estaba gerenciado por Elías Avendaño un merideño bien recordado.

El progreso de aquella ciudad, era lento y risible hoy Shouren: Ezio Burguera Música en discos de 45 y 78 revoluciones, que se quebraban de mirarlos y se rayaban de tocarlos con agresivas y pulludas “agujas de sonido”, que se atornillaban. Las cámaras de fotografía, eran: las populares de cajón y algunas de fuelle, aun cuando por “2.000 Bs.” Podías comprar una “Voiglander Bessamatic” con la exigencia de calidad alemana, que tenía valiosos lentes pulidos a mano que empezaban a competir con las japonesas (Nikon etc) cámaras japonesas que en pocos años se cogrían el mercado del mundo. Ni que hablar de las calculadoras que eran pesadas, y hoy risibles, y que sólo mirabas como inalcanzables, en los “escritorios” de las empleadas bancarias. Sólo los “sabios” estudiantes de ingeniería, operaban, —algunos con visible torpeza— una bonitas reglitas con un agregado como un puente de plástico, con el que “sobabas” la reglita de un lado a otro deslizándola sobre números y números. . . eran las “reglas de cálculo” que sumaban ignorancias para todos los estudiantes que no estudiaran ingeniería. De las comunicaciones no repaso la historia, de los pesados e incómodos teléfonos negrotres, que ya describimos antes.

Esos recuerdos nos permiten filosofar... ¡Que vida tan rápida! Aun cuando a los viejos, nos consuela pensar, que nuestras carteleras de anuncio de películas en aquella Mérida, eran de colete, madera y papel periódico, pegado con almidón, vimos ayer en internet que son usadas en la Korea del Norte, -nación comunista- pueblo muerto de hambre, pero llena de bombas atómicas, que anuncia así sus películas chinescas, -hoy en 2015, - como hace 60 años, con cartelones de lona y engrudo en sus esquinas. ¡Qué vida tan atrasada "Camaradas" del mundo!

Me decía Nicolás Montoya: "que el consuelo de los pueblos atrasados y con hambre, son los territorios comunistas donde los pobres están peor". Pareciera que en el "tercer Milenio el hambre y la escasez son sinónimos de la hoz y el martillo! Sólo la masa marginal, unida en su ignorancia... sigue creyendo en patria, pollos a mitad de precio, distribuidos con dinero petrolero, no sustentable y mucho menos redentor de carencias en el tiempo que faltaba por vivir. El marxismo del siglo XXI enseñó con simpleza una verdad gigantesca: el comunismo se ha convertido en sinónimo de pobreza y una absoluta carencia de tecnología en el nuevo milenio, siglo XXI.

Capítulo XIII

La previsión ha sido también fundamentó de mis recuerdos plasmados con ayuda de mi memoria, debilitada ¡pero viva! Esa precaución nos trae el recuerdo de talentosas divertidas frases de Octavio Paz: “queda siempre detrás del hombre que dispara y delante del hombre que está cagando. Así estás a salvo de las balas y de la mierda”... que brutal, esa verdad, pero apliquémosla.

Siempre aquella Mérida de techos rojos que empezaba a crecer sin amores de planificación con el pasado, se recordaba al observar a Roma en la protección de sus paredones “romanos” ruinosos de tierra pisada; a Barcelona, España con sus pintores y esmero en la protección de su arte; a París con sus lluvias intempestivas y consecuentes mujeres, que hacen brillar su suelo; a Praga cuidadosa en sus antiguos y continuos detalles; a la Atenas en recuerdos milenarios con nostalgias colosales de su cultura de ayer, frente al desorden y pobreza de hoy; a Tokio movido por su educación popular y callejera; a Moscú con sus silencios masificados y sus calles llenas; a Seattle, con sus ciudadanos civilistas solidarios y ordenados... en todas partes, en todos ellos encontrábamos siempre un trocito de aquella Mérida que nos arrebató el tiempo y nos la cambió por otra, que en estúpida “rebeldía” se hace sucia, llena de autos y toldos en sus plazas, con los ríos turbios y los cerros atestados de ranchos que empiezan a gredir severamente nuestros grandes tesoros las montañas y sierras.

Las vías venezolanas eran caminos indígenas mejorados, en un país rico y petrolero, hasta que fue construida la autopista Caracas -la Guaira y la otra: la Caracas Valencia. Mucho antes ciudades similares en tiempo y espacio, por su cercanía al mar disfrutaban de una confortable vialidad como el Pireo a Atenas en Grecia; o la de Santos a Sao Paulo en Brasil. Mérida siempre detrás del pavoroso centralismo espero por años y años, su salida al espacio abierto de la Tierra Llana, el sur del lago y sus camellones internos, eran y han seguido siendo vías insuficientes, malas y pésimamente mantenidas, para sufrimiento de pobladores y productores en todo el interior merideño y en un país ¡petrolero!

Viviríamos 1976, cuando Mérida empezó a acusar ese cáncer que disfrazado de ranchos, reptaba sus cerros verdes que se enseñaban llenos de miseria, como los cerros caraqueños, distintos a las favelas (barriadas) de Río de Janeiro, que esconden la pobreza hispanoamericana allí, al meterse en huecos y zanjones. Aquel cáncer crecía y crece, agrediendo el cerro de la Flores, la loma de los Maitines (al sur); la anarquía detrás del Centro Comercial Alto Prado; resultado perdido?... El decreto de un excelente Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador, Mérida, que prohibía la construcción sobre cotas trazadas y fijadas en cerros y cuestas peatonales: el Doctor José de Jesús Avendaño, el excelente pediatra merideño de excepción, que luchó mucho por su ciudad y su contorno y fijó líneas de respeto vegetal, que no han sido cumplidas, por torpes seguidores inconscientes municipales.

Las calles viejas de la Mérida que cuento, primero, estaban llenas de remiendos y ausencias de concreto, se habían reivindicado en los años cincuenta del siglo XX, por la voluntad de un buen gobernador y constructor de una nueva ciudad el Doctor Vicente Tálamo, que había construido cloacas en calles troncales y transversales, vaciando un concreto de tanta calidad, que hoy perdura para presentación y beneficio de la ciudad después de lustros y más lustros de uso social y agresiones anárquicas de organismos oficiales colocadores sin calidad ni planificación de cada servicios públicos, que siempre son insuficientes para el poco tiempo tener que volver a destrozarse el concreto de las formidables calles "Talamistas".

Los "personajes" que paseaban calles y plazas de la ciudad, hacían relevos, tal vez ruleteados de las cercanías citadinas, para rellenar la partida de los que tal vez se iban yendo de este mundo. Ahora recordamos al "polaco" un hombre de peludas piernas, de unos 40 años que venía de Barinitas (Mérida) o subía de San Jacinto? Llevaba unos pantalones cortos a la rodilla, por esto los muchachos le gritaban ¡polaco... polaco! Aquel hombre enfurecido, sacaba piedras no sabemos de dónde y nos perseguía. "El polaco", se adornaba con un sombrero de ala corta y un traje de algodón caseramente cortado y chucuto y era silencioso, pero observador. "Cucurucho" era alto y muy flaco, desgarrado, de puyudo sombrero negro, que recordaba un cono o embudo, que le daba el apodo de Cucurucho. Se disgustaba también, al escuchar el apodo de Cucurucho, pero era

menos agresivo y guardaba más sus apariencias de “comportamiento ciudadano pacífico”. Cucurucho era lento y observador.

Subía y bajaba la ciudad “la capina” pidiendo ayudas y enseñando sus también rosadas encías, con sonrisas ocasionales teatrales, carentes de dientes y sus ojos semicerrados acobardados por el sol.

Estábamos aún en los años medios de bachillerato, cuando nos distraía los ojos una mujer excepcionalmente bonita, era Ila Pulido, estudiante universitaria, vecina en nuestra casa de soltero entonces en la Calle Cerrada, vivía en un edificio contiguo a nuestro hogar y su piso 2ª, era niveladamente contiguo a mi habitación, Ila y sus decenas de admiradores, que cada noche recitaban o gritaban borrachos, bajo la ventana de su apartamento, malas y buenas serenatas, estas me enseñaron a dormir con ruidos y vozarrones de silencio, en la negrura de la noche merideña. En la esquina de la casa de la calle 19, para fumar un buen cigarro prohibido, me reunía con Darío Castillo, más viejo que nosotros y a quien he querido y apreciado como amigo de tiempos amargos y buenos, él, muy joven, vivía cercano a mi hogar y yo tenía entonces una novia flaca, huesuda, pero bonita, se llamaba Manala, vivía en la misma cuadra, recuerdo los consejos de Darío: “vamos carajito fúmete el cigarro rápido, no voy a estar aquí esperando, . . . ah carajito y no se vaya con ese tufo a tabaco, donde la novia porque la va a aburrir. . .” Darío es un preparado ingeniero que hizo su excelencia internacional tiene una bella y productiva Hacienda en el área más próspera de Santa Bárbara del Zulia y se casó con Adela una bella Miss España mujer excepcionalmente simpática, llena de carisma y adornos vitales.

Ya recordamos los picoteos que organizaban Titina Scrochi, Valeriano y las Pisani, eran continuos y en casas diversas. No había entonces discotecas, las boîte eran su sustituto. Entonces se bailaba literalmente abrazados, jamás sueltos como los chamos de hoy, el aquí y la muchacha, una u otra, indiferentemente a dos metros de él. La Mérida Suiwms Boy, era la orquesta orgullo de Mérida, unos 20 músicos alegraban las grandes fiestas. Luis un gran trompetista de aquella orquesta, de labios partidos con cicatriz visible que enseñaba su maestría; en aquella orquesta tocaba también con gran destreza y extraordinario talento, un merideño de excepción, demasiado joven entonces, Antonio José Monagas quien sería con los años profesor, escritor y columnista en Venezuela, de muy

singular calidad intelectual y mi amigo consecuente de malos y buenos ratos. La Mérida Suiwms Boys estaba muy ligada a la Billoos Caracas Boy, por lo cual disponía de los arreglos y partituras de esta gran orquesta y dada la maestría de sus integrantes, se acercaba a su sonido admirablemente, la animación de la fiesta con aquella orquesta eran famosas en la región andina y Mérida viajaba a los estados vecinos y al país colombiano donde reinaba entonces Pacho Galán.

La vida me otorgó, el privilegio de vivirla cerca de buenas bibliotecas además de las públicas; la biblioteca de mi padre Pablo Celis Briceño; la del Doctor Pedro Pineda de León (ya abogado); la espléndida y documentada del tío Roberto Picón Lares; la organizada del Doctor Humberto Ruiz Fonseca; y viví intensamente al saber el singular contenido de la biblioteca del mejor historiador y entrañable amigo y prologuista que ocupa “toda” su casa, Doctor Guillermo Morón, que honra con sus valiosas letras uno de nuestros libros: el de Bolívar y su Ideología.

Mi padre fue Abogado y estudió su bachillerato junto al Doctor Pedro Pineda León, era grueso, más bien gordo, blanco, su rostro la naturaleza lo esculpió bien, de nariz delgada y pelo hacia atrás, que era limitado por una frente ancha, con dos entradas limpias que la hacían inteligente, no era alto y su conversación era muy grata, e interminable, sus ojos eran claros. Culto y leído, profesor universitario por más de 25 años, regento las Cátedras de Derecho Constitucional y Derecho Internacional Público y Derecho Administrativo II y miembro del Consejo de catedráticos de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes. Exitoso hacendado cañicultor y cañicultor en su Hacienda Las Peñas de Santiago de La Punta. Ocupó el cargo de Consultor Jurídico auxiliar, en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, donde se destacó como asesor, conferencista y formó parte de comisiones revisoras y comités jurídicos en aquella Cancillería, organizó Congresos Internacionales, donde se destacó como autor y creador del proyecto de “La Ley de Inmunities Diplomáticas”. Siempre repetía sentirse honrado de haber desempeñado funciones publicas, durante la brillante actuación de Cancilleres Venezolanos de la talla de Esteban Gil Borges; Caracciolo Parra Pérez y Gustavo Herrera Grau, quienes lo distinguieron con su confianza y promoción constante. En la Cancillería fue compañero entrañable del Doctor Edgar Sanabria, que fue presidente de la Junta de Gobierno Venezolana, a quien papá llamaba “el flaco Sanabria” y quien honró nuestra casa, en una visita a la ciudad como Presidente de aquella Junta. Sanabria Decreto la Autonomía Universitaria.

Buen escritor, papá publicó varios libros: un ensayo sobre “la guerra a muerte” presentado como tesis doctoral (publicada) en el que enseñó su amor intenso por la memoria de Simón Bolívar; y editaron sus textos educacionales para apuntalar sus clases universitarias, de los que salieron multitud de ediciones: “Elementos de Derecho Constitucional y Constitución de la República” (1939); “Apuntes de Derecho Internacional Público” (1967); y un libro que él llamó “Páginas Sueltas”, sobre vivencias de su activa vida. Sintió pasión y exagerado amor por la merideñidad, su pueblo lo rodeó siempre de afectos, también busco sus sabios consejos, que él daba como excelente abogado o gracias a su vida de luchador imbatible. En nuestro archivo descubrimos que como estudiante, nuestro padre, escribía en periódicos y revistas regionales. En la Revista del Centro de Estudiantes de Mérida, Nro. 5 y 6, julio 1921, en la sección de Ciencias Físicas, escribió un curioso artículo “Botánica Antigua”, que dedico al Doctor Jesús E. Losada, sobre “similitud (antigua) entre animales y plantas”. ¡Mi padre! aún lloro, la memoria de su ausencia, que me enseñó la fortaleza andina.

Nos gustó y gusta pintar ocasionalmente, “nuestra obra no tiene precio” me dijo un amigo de la infancia, yo me sentí casi sonrojado y lleno de vanidad, cayéndose todo, cuando escuché su aclaratoria: “por qué no has expuesto y sólo la regalas” y es cierto, mi timidez pictórica está en las cuatro paredes de mi casa, que aguantan valientes, esas pinturas y en las paredes de mis hijos y amigos muy especiales que las soportan, pues me las solicitaron, en el corto número de los dedos de las mano. Audaces, nos atrevimos publicar en estas páginas algunos lienzos, sólo como información de tiempos que vivimos atados a este arte que vino por vías, hay tres lugares que en los viajes que siempre visitamos prioritariamente: los Museos de Pintura, los restaurantes, las Galerías de Arte privadas y los mercados, alguien nos enseñó, en los mercados (surtidos o desabastecidos) como señales inequívocas de opulencia de paladares o hambre y pobreza popular y la ausencia de arte, es pobreza espiritual y cultural del lugar; en esas visitas sabes si el pueblo es mediocre, sufre o está entre los líderes brillantes de la humanidad.

En aquella Mérida vieja que seguía la cultura del país y del mundo, los curas iban en sotana, llevaban tonsura y algunos más viejos bonete “casi” todos pulcros, les honraba ser identificados; los militares en austeridad castrense se ense-

ñaban con cachuchas, cristinas y brillando las insignias de su jerarquía y colores de sus condecoraciones, sus zapatos brillaban al igual que su imagen invocando el respeto público; y los estudiantes peinados y con ropas sencillas y siempre limpias, asistían a sus clases, jamás iban rotos o con prendas que recuerdan a un muerto más grande que ellos. Los de la Escuela de Derecho íbamos con corbata y saco siempre, las muchachas con bonitas galas y carteras y muchas entaconadas. El respeto entre los actores de la Sociedad Civil o del Pueblo ignorante o ilustrado, era total y absolutamente recíproco y democrático. Pudimos ver muchos humildes campesinos de mercado o finca, ir con una camisa blanca, limpia y almidonada, pero esterada de manchas de plátano y/o café ¡Pero estaba limpio! Y así olía... a agua de quebrada andina.

La Clínica Mérida C.A. fue la primera Clínica privada de la ciudad vieja, que pujaba por ser joven, tenía o contó con la flor y nata de los galenos merideños, algunos fueron sus accionistas o sus médicos, el prestigio se hizo pronto, promovida, animada entre otros por la vigorosa y competente dirección del Doctor César Paredes Briceño, (Chichi) diestro en estos menesteres por haber salido de la escuela de excelencia gerencial del viejo Hospital de los Andes, en la Avenida Independencia, nos enteramos de muchas de sus conducciones por haber sido desde muy jóvenes abogados, de la Clínica. Estaban en ella todos los primeros maestros que ejercían la profesión entonces: César Paredes Briceño fue su primer Director; Gabriel Gonzalo Picón Parra, cerró su Clínica privada y se fue con la modernidad de sus equipos radiológicos, a la nueva Clínica; el buen Clínico Eloy Dávila Celis; el Doctor José de Jesús Avendaño Calderón; el Doctor Opalinski con su prestigioso Laboratorio; Germán González (Batú) y Jhon Inglessis fueron sus cardiólogos de punta; el excelente Jorge Molina Burgoin; Juan de Dios Celis Dávila ocupó el liderazgo de los traumatólogos; el clínico muy competente y diestro Doctor Néstor Febres Cordero; y el sereno y seguro cirujano Amado Daniel Ortiz; el Oftalmólogo Doctor José Jesús Rojas Rojas, entre ellos estaban sus grandes promotores y su presencia abarrotaba las consultas. Había otra Clínica más pequeña, la del Doctor Abzueta, saliendo de Milla hacia la Cruz Verde, él tenía dos hijos que frecuentaban la cuadra de las Pisani; las Hidalgo y las Acuña; eran Enrique Abzueta, aficionado con Alfredo Briceño al aeromodelismo y el gordo Eduardo, fallecido temprano y amigos de todos.

Alberto Febres Cordero, fue uno de mis mejores amigos de los primeros espacios del bachillerato, echábamos mil vainas, sobradas en audacias, una era poner triqui traquis, entre los dedos de los pies y manos a borrachos dormidos; que se despertaban y levantaban en espectaculares brincos, apagándose “la deliciosa pea²⁰ en que se habían amodorrado; hasta el día en que Don Atilio Febres Cordero su padre, nos descubrió en aquella tarea, gritándonos furioso: “locos del carajo... asesinos, asesinos, pueden matarlo”, corrimos y nunca lo repetimos. Alberto animaba picardías, y un día me obsequió un preservativo que había robado a algún primo, “coge este y guárdalo”, yo pomposo, lo metí en uno de los pliegues de mi cartera, “por si acaso”... me decía Alberto, entre la ingenuidad y la imbecilidad de los dos. Lo guardé... pasarían unos días, cuando mi madre que husmeaba pasos y era lejana a las boberas, en cualquier “inspección policial” de mi habitación, encontró, –me imagino que muy sorprendida por mi edad– el regalo de Alberto y vino el reclamo fuerte por este hecho, indagando procedencias...y avisando lo sucedido a mi padre, mi padre era un psicólogo increíble, me llamó a su biblioteca y sutilmente me sacó de la garganta el relato, acto seguido me dijo: “Bernardo es temprano para eso, cuando llegue el momento le explicare los detalles que esto conlleva” y terminaba como el Tío Gabriel Parra Febres, y “pele el ojo, que su mamá es poco pendeja”.

En Belén, la Escuela Industrial Mérida, estaba en la Avenida Paredes, en un edificio gris de patio grande y muchos alumnos, algunos de extenso brillo, que regaron la ciudad de tecnologías de la electricidad, la plomería y mil profesiones y técnicas, que auxiliaron el crecimiento merideño, recuerdo algunos: José Sánchez y Santos etc. eran algunos de los hijos predilectos de la Escuela Industrial. Santos fue dueño de la ferretería eléctrica en esquina de Avenida Bolívar con calle 20, Santos fue mi gran amigo y apoyo incondicional en los momentos difíciles. La ferretería se la “comieron” las mujeres, que tanto le agradaban en sus parrandas, soltando sus buenos reales con facilidad. Santos guarda siempre mi afecto y admiración por luchador:

El arte popular de operarios y verdaderos artistas, pululaba la ciudad, los pueblos interioranos y el contorno citadino. Las ovejas de anime eran la pasión de los turistas, así como pastores y cosas variadas para alegrar los pesebres. Las

²⁰ Pea: borrachera grande en Venezuela.



El gran Juan Félix Sánchez reflejo popular de una Universidad más que centenaria, entre Adriana Pérez Valeri y Juan Benito.

tallas de maderas y raíces de palos variados, eran demanda continua de los visitantes. Cuadros donde la perspectiva se volvía surrealismo embellecidos por colores y formas eran emblemáticos en los páramos, la Mucuy, Tovar y los cerros del contorno citadino, hasta dar paso al más astuto y talentoso de todos, una especie de sinopsis de la cultura popular, creada por los densidad

académica de la Universidad: Juan Félix Sánchez, quien plasmó su arte, cubierto con la más grande de las austeridades la piedra, también la madera y la lana, con las cuales las manos de Juan Félix, hicieron su apasionante historia de andino de Páramo adentro, propulsor de una cultura popular bellísima... ¡Nacional! Que volvió locos a "los ricos" noveleros de Caracas. El pintor de trazos clásicos y surrealismo de colores Germán Febres Cordero Salas un pintor que con afectos y obsequios ha llenado mi casa de hermosos cóndores y sierras y cuya obra aplaudo siempre... Hermano de la solidaria Denis Febres Cordero hijos de Fany Salas Nieto viuda de Alfonso Febres Cordero el hermano piloto de Gerardo Febres Cordero Salas. Fany tenía una hermana morocha, ambas bellas: Astrid casada con uno de los Gómez García, vivían con la prima Rosario (Charito) Molina nieto en la Casona de los Salas Nieto en la calle 20 frente a la Capilla del Carmen. Homero Salas Nieto, era un activo topógrafo, excelente conocedor de cada rincón merideño y espléndido asesor de los planos del Estado Mérida.

En la Punta, bajando, frente a la cuesta al Río Albarregas por la Avenida Principal, una cuadra después de la Plaza Bolívar al lado de la casa vacacional de los Muller-Masini, estaba la gran Bodega de José del Carmen, el pueblo lo llamo "El Chamero", por haber llegado tal vez desde la Aldea Chama, era simpáticamente constante y extraordinario jodedor, su pulpería podía servir de modelo para el "Abasto" merideño de hace 60 años, sus aromas y olores se volaban desde el corredor de ladrillos partidos de su acceso, aquellos aires eran atufados por dos puertas altas que los llevaban a un mostrador de lata golpeada por fuertes (moneda de 5 Bs) y golpes de borrachitos de pueblo; pluralidad de olores y ensencias criollas, de panelas, costales de fique, canela, cueros, rejos tejidos de magníficas cabuyas laraenses, que guindaban dentro de amasijos de

escurridas telarañas. Aji, encurtidos y melcochas en vitrinas de vidrios apagados por el polvo, cambures maduros, riendas y arreos, trompos de naranjo, chimo de muchas marcas, tabacos, granos del frío y del calor etc. “Chamero” era muy parecido al general Gómez, unos ochenta años protegían su bigote blanco que le daba gracia y reciedumbre, era de una blanchura alimentada con vigor por la oscuridad de sus espacios de querencia, dentro de su amplia tienda donde el sol estaba ausente todo el año. Pecosco de nariz viruelosa, buenos alpargates y un liquilique como saco de dril beige color del uso diario, el colorado de su piel lo volvía europeo, nos distinguió de niños con su cariño, nacido de la amistad con papá. “Chamero” no aceptaba dar una “ñapa” —que era un pequeño obsequio por la compra— algún pendejo nuevo en el pueblo, lo animábamos a pedir “la ñapa” a Chamero y este con suavidad le respondía “como no hijito ya se la traigo” y regresaba con una verga de toro que descargaba en la espalda del inocente, repetidamente si permanecía este en el lugar, sin escapar. José del Carmen podía tener entre sus cachivaches escondidas monedas de oro que su asomada roñica animaba a guardar:

Había una señora en Santiago de La Punta de vida solitaria, me gustaba verla en demasía, un día, el menos pensado tal vez, se me ocurrió visitarla, toque su puerta y al abrirla ella, yo con delicado entusiasmo entré en su pequeña sala, mi sorpresa se hizo mayúscula al encontrarme sentado y aplomado, a mi entrañable y después compadre Antonio Ignacio Picón Pardi, pernote unos minutos, los mínimos para abandonar la confusión que sentía, de estar allí, donde Tony había llegado primero... y “sobrado”, él se quedó.

El Cine Santiago fue el primer y único cine que existió en La Punta, lo habíamos fundado muy jóvenes, fue con unas sillas bellamente pintadas de segunda mano y unos proyectores escogidos con gran afecto y solidaridad para mí, por el primo Jhon Parra Febres, quien dirigía la empresa de su suegro Don Carlos Plaza y fue mi consejero en esta primera y difícil empresa. Jhon me distinguió siempre con su cariño y protección, casado con una bella mujer de depurada excelencia intelectual Carmen Luisa Plaza, Jhon se había radicado en Caracas. El cine funcionó unos dos años, gerenciado por Claudio Vargas Burguera, con más de 160 sillas, pero ese negocio, es como los hoteles, deben ser de volumen, de cadenas y no en solitario como el nuestro, el cine se llenaba con las películas de

Cantinflas, pero estas pagaban al distribuidor 95% del valor total de la entrada y contaba sólo con algunas (pocas) de buena reputación cinematográfica y rentables, que me alquilaba generosamente “mi hermano” Valeriano Díez y Riega Matera, el sostenimiento fue pues duramente difícil, así es que debimos cerrar la sala y rematar con la ayuda del gran John, los equipos que componían la inversión. Aquella Mérida estaba llena de profesores en todos los escalones de la academia, lucían la ciudad y abundaban los profesores universitarios, a los cuales se sumaban los del Liceo Libertador y Colegio San José, además del Colegio Inmaculada Concepción (las Salesianas) etc, ya vimos que habían comerciantes y empresarios prósperos que empujaban el progreso continuo de la ciudad de las tejas, a todos ellos agregamos el recuerdo de los hacendados, cimentado para ello en conocimientos muy personales, de afecto a los famosos personajes ciudadanos, por lo cual la lista de remembranzas es limitada y no aspiramos a la evocación de todos los hacendados, que poblaban la ciudad y que eran vitales en su diario vivir; apuntalando su economía. Entre estos hacendados agricultores o ganaderos, hubo mujeres de la excelencia que llevaron a cabo verdaderas hazañas para salvar con trabajo y con ingenio sus propiedades y familias, llevando las riendas administrativas y familiares con gran fortaleza y coraje. Todo esto daba a los habitantes de la ciudad y un poder adquisitivo mayor al de los otros lugares. ¡Y así recuerdo ayudado, nació el Vigía en el tiempo del relato que hago esfuerzo con “ayuda” para evocar! El Padre José Contreras Pulido, siempre rebelde (Pepe) era Párroco de Guayabones; en Mesa Bolívar estaba el Padre P. Olivares, “adeco honesto”, Párroco este que desde allí atendía el Vigía -que era entonces una calle larga de hectáreas y de aguardiente -como si fuese una aldea parroquial, -se presentó, entonces una gran invasión de tierras, el cura Pepe Contreras, amigo entrañable del Padre Pedro Moreno, asustado, requirió la presencia de éste, urgente, -Moreno era párroco de Nuestra Señora de Fátima en Tovar- y ¡éste vino en su auxilio! Habían invadido tierras, potreros, ocupados antes por el Señor Ernesto José Castrillo; los invasores prometieron a los curas, áreas para instalar iglesia, Colegios y áreas cívicas, siempre y cuando los protegieran ante la autoridad. Estos curas pactaron, y cuando llegó el Señor Ernesto Castrillo, al siguiente día, con la Guardia Nacional, los Curas pidieron dejar en paz a los invasores que prometieron desocupar las grandes extensiones del Señor Castrillo, quien cedió

y respetó las áreas dadas a los Curas, que son donde hoy está el mero Centro Cívico de El Vigía, y allí nació: iglesia, plaza, ferrocarril, áreas verdes, escuelas etc. Este fue el verdadero nacimiento de El Vigía, la segunda gran ciudad de Mérida. ¡Después le tocó al Padre José Humberto Corredor-Tancredi, después Monseñor, ser su primer párroco...! Seguir organizando el área Cívico – Religiosa.

En este pequeño relato histórico, está el rostro del gran sendero que crearon los civilizadores hacendados Merideños y otros rincones del Zulia y del país. Allí nacieron muchos, de los grandes empresarios del campo que ocupaban alternamente la ciudad y los predios y fincas merideños de la ciudad que yo viví. Las haciendas que rodeaban mi legendaria ciudad eran de café y caña, estas se regaba mediante zangas por donde corrían las aguas de las grandes acequias, aguas sacadas por desnivel desde el río albarregas y después distribuidas en muchos canales con los cuales se anegaban los cañaverales, haciendo tapizas de tierra en uno y otro lugar. Las acequias más famosas que recordamos por sus grandes volúmenes de agua eran las de las haciendas, las de las Tapias, la Acequia de la Concepción, la de San José, la de las Peñas y una grande de La Punta que caía a borbotones por la primera cuesta –pasos abajo- de la plaza Bolívar de la población. Don Luis Lares Prato fue un ejemplo claro y transparente del luchador, jamás pensamos hoy que se amedrentó ante los problemas de fundador de Haciendas y agilísimo empresario. Tuvo la mejor finca ganadera de Mérida en Tierra Llana: “El Amparo”, donde cebaba más de dos mil novillos con resultados óptimos. Cultivó caña en Ejido en la Hacienda “El Pilar”, que tenía su casa y trapiche casi en el centro de aquella ciudad. Era un hombre cordialmente simpático y agudo en sus comentarios, de nariz gruesa y piel enrojecida y se acompañaba siempre de sombrero de fieltro, que jamás abandonó, por el sol de su trabajo diario. María Luisa Celis Briceño de Dávila fue la dueña de la legendaria y colonial Hacienda las Tapias, icono de mi sangre, mi bella tía, había recibido la finca de su esposo fallecido temprano Don Eloy Dávila Paredes, allí vivía casada y siguió viviendo en la bellísima casa colonial de pisos de ladrillo y techos de carruzo y teja, de amplios espacios y altísimas paredes y techos donde transcurrieron felices horas de nuestra niñez, en Las Tapias sembraban caña y café, tenía un trapiche grande y un apoyo realmente excepcional: Don Pedro Calderón, mayordomo por lustros. La tía era una mujer muy bella, que dejó a sus

hijas ese atributo, era morena clara, de pelo con moño bajo y discreto, su voz era suave, su voluntad de conducción recia, valiente, una nariz perfilada avivaba sus ojos, de bondad infinita, no claudicaba en la organización de su entorno. Viuda quedó con ocho hijos: uno de ellos debo destacar, el Teniente Coronel Antonio Dávila Celis (Toño) Murió en uno de los tumultos militares que dejó el golpe del 18 de Octubre de 1945. En las ya viejas reuniones de Las Tapias vi y disfruté la presencia de más de ochenta hijos, cónyuges y nietos, los primos únicos para mí los Dávila Celis. Ella tuvo pesadas cargas de pasivos que supo visionar y limpiar como el mejor de los gerentes. Amó y consintió a mi padre, tempranamente huérfano, como hermano menor especialísimo, quien no daba paso vital y trascendente, sin escuchar el parecer de su amada hermana. En los pocos años que nuestro padre pasó en Caracas, era la Tía María Luisa, quien recibía cuenta y dinero de la Hacienda Las Peñas de La Punta en nombre de mi padre.

Don Genarino Rojas Rincón, fue hacendado exitoso, padre de mi fraterno amigo Nabis Josue Rojas. Vivió entre la casa grande de su hacienda, Lagunillas y Mérida. Ganadero y cañicultor; fue propietario de una hacienda, en los bajos de La Trampa hacia el sector de la Caña Brava, finca que por su magnífica gerencia, fue creciendo con los años, al irle agregando con su voluntarioso trabajo haciendas y tierras, que crearon al final su espléndida finca de gran valor productivo y social. Don Francisco Antonio Uzcategui (Don Pancho), fue el hacendado con mayor número de hectáreas de caña, café y siembras variadas en la Otra Banda merideña. La hacienda tenía una excelente casa adornada por un gran trapiche que molía caña propia y ajena. Trabajador incansable y buen visionario, formó una gran familia, donde recuerdo a su hija Gocy, tal vez de las merideñas más bellas que vimos en aquellos días, fue el padre del competente y también visionario empresario e Ingeniero Rafael Ramón Uzcategui Lamus, de admirable obra en viviendas para la ciudad que ha construido por centenas y centenas y a quien Mérida debe trascendentes progresos.

Doña María Elena Ramírez de Mora es una Tovareña de tronío, y conversar agradable, blanca y de andar decidido y pronto para su edad, enviudó joven de su exitoso esposo Don Rafael Mora Márquez, que era gran empresario en pleno ascenso, María Elena de fortaleza invencible y lucha interminable, también forjó una familia ejemplar y se vino a Mérida ciudad a la que ha entregado con amor

su dechado de virtudes. Dueña de tierras al sur del lago, el llano merideño, amplió haciendas y creció en el importante ramo de las fincas plataneras, que requieren esfuerzo, disciplina y constancia, para su cabal producción. Por el camino del trabajo, condujo y formó a su competente hijo Rafael y a sus hermanas, haciendo una familia muy querida por los míos y de amplio el espectro de la ciudad de hoy.

A Don Pepe Rojas no sólo le dio el honor la ciudad de El Vigía de nombrar su más importante Avenida, sino que le quedó debiendo para la historia regional, el hecho de haber sido uno de los merideños más importantes en la conquista de la tierra llana merideña (el sur del lago), donde Don Pepe y otros llegaron entre mosquitos, malarias y culebras, a tumbar montaña para crear las haciendas, que dan linaje a esa tierra maravillosa y única. Don Pepe era flaco, se acompañaba de un sombrero que yo creo? apagaba su calva, trabajador de sol a sol, fundó y creó una de las fincas más bellas y productivas de aquella zona: "El Cangrejo", se adornó con su competente esposa de una prole de hombres y mujeres eficientes, entre los que cuento primero a mis amigos del colegio: Emiro compañero en el 4º grado, e Israel menor pero igualmente amigo, que se hizo cura, con su hermano mayor Licinio Rojas. Dominico este. Pasaron los años y fui compañero en mi promoción de Abogado de Mauro Rojas. Entre las muchachas peleaban competencia, inteligencia y destreza Isaura, Carmela y Ana Clotilde, queridas de nuestra casa. Don Pepe, fundó el primer matadero industrial de El Vigía y construyó el Hotel moderno y funcional de aquella ciudad capital de Tierra Llana. Don Pepe se suma a los hombres luchadores más progresistas de la ciudad vieja donde dejó su positiva huella.

El Doctor Alfredo Dini Ruiz, fue un competente político hacendado y cañicultor, propietario de la bella Hacienda "Pozo Hondo", al final de Ejido tupida de caña de azúcar y con una linda casa repujada en destrezas de buen gusto por Doña Aura Uzategui de Dini. Nos distinguió el Doctor Dini, con un trato muy especial que supimos valorar siempre. Alfredo Dini fue el Secretario General de Gobierno que acompañó al Gobernador Vicente Tálamo, dándole al gobierno sabor y talante de merideñidad, con José Rafael Febres Cordero –el hijo archivador de Don Tulio– también Secretario General en aquel gobierno progresista y constructor de aquella Mérida. El Doctor Dini fue padre de una numerosa familia de varones muy pequeños entonces, donde recordamos al más cercano a nosotros Alfredo Atilio hoy joven médico empresario de gran diligencia.

Doña Braulia Briceño Ferrigni de Uzcategui, ha sido una viuda competente educadora y forjadora de los hijos tenidos con su voluntarioso, esposo Enrique Uzcategui Burguera, quien había comprado la Hacienda de Zumba, al Doctor y gran Cirujano José Antonio Parra León. Doña Braulia, levantó con sabiduría y devoción una digna familia de numerosos hijos, cuya producción se multiplicó en su diestra organización y talentoso criterio. En nuestras correrías jóvenes a caballo, nos gustaba ir por los caminos de Zumba, para disfrutar aquellas bellas tierras y los potreros de Doña Braulia, tan limpios y productivos. Fueron mucho sus hijos, todos menores. Para nosotros, recordamos con aprecio a dos de ellos el médico Alfredo y el hábil y diestro Javier Briceño Uzcategui, innovador consecuente de éxitos ganaderos y que ha sido mi amigo, desde hace mucho tiempo.

Don José Miguel Terán Labastidas, viejo y competente hacendado que nos vino de Trujillo, para hacer suya a Mérida, era un hombre con visión empresarial singular; lo conocí por la amistad que su hijo Diego Terán guardaba con el querido primo John Parra Febres. Tenía Don José Miguel, una de las mejores haciendas sobre la meseta: "Grano de Oro" al sur del nuevo hospital. La otra cercana era la magnífica Hacienda de San Antonio de Roberto y Eduardo Picón Lares en el pie del Llano. Muchos años después Don Miguel compraría una bella Finca en la Alta Pedregosa. Don José Miguel, fue un hacendado trabajador, experto y eficiente inversionista, que contó con el respeto de la ciudad aquella.

Un hacendado de gran destreza empresarial y mucha voluntad de trabajo fue Don Julio Monzón, un hombre de buen porte, alto y canoso y jovial, estaba casado con la Señora Salas de Monzón, con quien concibió muchos hijos que enriquecieron la merideñidad y se extendieron por el país. Don Julio, vivía en casa esquina, de la casita alquilada que ocupábamos por años en la calle 24, con Avenida Zerpa, salía diariamente a sus haciendas en Jaji donde fundó excelentes y productivos centros de leche, con ganado importado, Pardo Suizo y Holstein. Dos de sus muchos hijos fueron mis compañeros de edad y de tiempo Omar Monzón Salas, médico traumatólogo de brillante ejercicio por años en Maracaibo y Alicia Monzón Salas casada en la ciudad y competente comerciante. Don Julio fue sin dudas uno de los promotores de la producción lechera en los Andes venezolanos con alta calidad genética.

Otro de los conocidos hacendados aposentados en aquella ciudad lejana, era Don Adolfo Barboza Boscán, que se vino del Zulia a Mérida con su esposa Alicia Aurora Parra Chávez, también Zuliana, formaron una familia de cinco hijos que se integraron a Mérida, para enriquecer la calidad humana de esta. Don Adolfo, había adquirido una pequeña finca de frutos menores, que su voluntad, trabajo y dedicación, hizo crecer prontamente, con la adquisición de sucesivos fundos en su derredor, que crearon la Hacienda "San Luis", de más de cuatrocientas hectáreas y destacada por su producción de leche y ceba de ganado a la que dedicaba sus esfuerzos semanalmente viajando desde Mérida pues estaba en el kilómetro 22 de la carretera ElVigía-Santa Bárbara del Zulia. Fuimos y somos muy amigos de algunos de sus hijos: Demiro Barboza, el popular Médico Pediatra excelente, "Teo", quien compartió con nosotros afectos y pupitres desde el Colegio Jesuítico de Mérida, al igual que Eli Saúl, hoy competente y diestro Abogado merideño. Su hermana fallecida Doña Mery Barboza -casada con el Ingeniero Elio González, nuestro profesor de física-, fue el centro administrativo y gerencial del decanato de la facultad de derecho de la ULA, donde se distinguió por su clase y competencia por largos años. Todo los Barboza se habían venido muy pequeños a Mérida enriqueciendo nuestro patrimonio andino, extendido a sus numerosas descendencias quedándose con nosotros para siempre.

Ya hablamos del comerciante y aficionado conocedor de la Torería, Don Luis Alipio Burguera Dávila, llevaba el campo por dentro, era dueño de "Tacarica", una Hacienda ganadera en Tovar con animales de gran calidad donde conocí los mejores caballos pasitroteros de aquel tiempo: Gitano, Trianero, Machote, y La Conga eran algunos. Tenía un toro sensacional rojo chispeado, de raza gyr llamado "Pariagúan", que llenó con su sangre muchos rebaños de la región. Don Luis Alipio era sencillo se iba a los fines de semana a disfrutar y laborar su finca, su llaneza se confundía con su intensa modestia que lo hacía carismático, vestía de Kaki, beige con una ancha correa de cuero, botas y un sombrero alón, cuando alguna vez lo vi en ambiente ferial Este conocedor -el que más? -Del arte del toreo se veía muy castizo. Cuenta su hija la historiadora Magaly Burguera, que al ver muy joven el Río Apure... con su hermano, este creyó que era una inmensa crecida, que arrastraba troncos, que no eran tales troncos sino caimanes'. ¡Don Luis Alipio! honor a la memoria del querido "tío" y primo que admire por su innata decencia y cultura extrema.

El abuelo italiano de todos los Grisolias merideños, los enseñó a ser valientes y criollos con premura. Así se levantaron varias familias, que han sido escudo y progreso del caminar regional y han aportado al campo andino y merideño los mejores logros en Mérida y sus haciendas, vivieron dos, que recordamos por la fama de sus tierras y rebaños superiores, sus descendientes han continuado cultivando y organizando en los tiempos más difíciles: Don Golfredo Grisolia García y su hermano Don Fabio Grisolia García, eran guerreros, con destinos superiores, valiosos conquistadores y fundadores de grandes y productivas haciendas en tierras insalubres que ellos hicieron habitables. Habían bajado de la altura andina cuando el café se cayó como producto, entonces ellos descendieron a la Tierra Llana, del Sur del lago merideño, abrieron trochas y caminos y fundaron las mejores haciendas ganaderas, leí algunos nombres: "la belleza" o el "guamo" en Santa Elena de Arenales; otras, la Carbonera donde criaron toros de lidia; Santa María de los Playones y Las Vegas. Ambos fueron luchadores incansables, juntos primero y después separados, fundaron y protegieron gremios y ampararon hombres en su lucha constante. Golfredo era suelto, de gran simpatía, alumno Jesuita en el Colegio San José de Mérida, fue un organizado empresario del campo y creó una valiosa familia, donde Ena su hija se distingue como líder y ahora como sorprendente escritora e historiadora de la merideñidad, con calidad andina; Don Fabio, blanco y lo recuerdo casi alto, se veía un hombre recio, de labor incansable, sus familias regaron su valiosa semilla en el suelo nacional, recuerdo a Fabito animador y criador de la fiesta brava. Los Grisolias son parte de la merideñidad.

Don César Marquina cuya finca fue modelo tal vez en su momento, estaba cercana a la alcabala y el cruce de caminos hacia Jaji. Era un viejo alto y de porte distinguido, blanco y canoso y elegante comedor de chimo. Don César a quien visitábamos muchas veces, era un experto empresario de sabor criollo pero adelantado a su tiempo en técnicas y conocimientos. Tenía siembras diversas de cultivos experimentales y una ganadería lechera de excelente calidad, con un rebaño de pardo suizo fundamentalmente, su porqueriza mantenía una de las mejores razas porcinas del país, organizada por él, en años de cruces y mejoras. Tenía caña y café con envidiable eficiencia. Don César vivía la mayor parte del tiempo en su Hacienda de Jaji y su familia con muchos hijos, habitaba Mérida por razones educacionales.

Uno de los hacendados que evoco con más cariño y admiración por su calidad humana y de empresario del campo, es mi amigo José Alfonso Rivas, un guerrero de la merideñidad, dueño de las mejores vacas lecheras que he visto, pocas dan —en las Ferias de Texas— la leche que producen sus campeonas, José Alfonso, tiene vacas de sesenta litros diarios de leche, José Alfonso, goza sus logros y su trabajo, la merideñidad da gracias a su presencia insuperable y sus ganancias han sido compradas en los centros de mejores vacas del mundo, que él ha venido importando sin mezquindad por años y años... para mejorar su excelente ganadería que tanto disfrute. Honor a José Alfonso Rivas, guerrero del trabajo y realizador de sueños sucedidos.

Los hermanos Briceño Paredes mantenían tres buenas Haciendas en el “otro lado” de Santiago de La Punta, todos vivían en la ciudad y visitaban su finca de caña de azúcar y trapiches, para su labor diaria: Avelino casado con Nena Paredes Briceño mujer muy bella, tenía la hacienda San José, con caña y café, pero era realmente empresario y no hacendado, su fuerza guerrera y voluntad de trabajo quedó grabada en sus hijos donde destacó Alfredo, uno de los mejores y más talentosos empresarios. Enrique casado con Alicia Dávila Celis, era de hecho un competente Ingeniero Mecánico, experto en manejo de trapiches, su acción estaba en su Hacienda “La Mata” y tuvo en dos, de sus muchos hijos la prolongación de su recuerdo: Gustavo fallecido tempranamente y Germán con temple y habilidad condujo bien el nombre de su padre, y fue un esforzado hombre de trabajo y competente hacendado en la Tierra Llana. Roberto Briceño Paredes que laboró en su Hacienda San Francisco, sellada de caña de azúcar. Estas haciendas cedieron su paso al urbanismo merideño que las pobló rápidamente, así las Haciendas San José y San Francisco se fundieron en Urbanización La Campo Claro y la Hacienda La Mata, en la Urbanización del mismo nombre. San José y Campo Claro fueron Urbanizaciones de los Briceño Paredes, consumados por el liderazgo luchador y de brillo de Alfredo Briceño Paredes que supo aglutinar con su gran capacidad los proyectos y su extensa familia.

Un zuliano de la excelencia Don José Castillo, padre de Dario, fue un hacendado que creó una ganadería de leche en la vía El Vigía -Santa Bárbara del Zulia. El viejo Castillo, fundo un hogar con muchos hijos, algunos de ellos regresaron al Zulia y otros se aposentaron en Mérida, entre ellos mi afecto recuerda

más a Darío Castillo, destacado Ingeniero Civil de excelente formación, que profundizó el rastro fundador de su padre, y con su hermana Riquilda Castillo cultivaron amistades en aquella Mérida lejana y formaron en ella su familia y hoy reciben el afecto de todos.

Werner Heuer Lares inteligente y activo en su juventud, se vino a Mérida en los años finales, urbanizó tierras en la meseta e invirtió en una bella Hacienda en el Valle Grande, donde fundó una de las grandes ganaderías lecheras con que conto Mérida con ayuda de su activo hijo Carlos Alberto Heuer.

Werner nos distinguió con su fraternidad y nos dio su confianza siendo inexpertos abogados de tiempo joven.

Y por último nuestro recuerdo denso para un inolvidable empresario y hacendado el Doctor German Burguera Dávila, que voló joven a otras tierras lejanas y se preparó como pujante creador en el campo venezolano, fue líder en el sector avícola crío gallinas de postura en Venezuela, exporto huevos fértiles y saco millones de “pollitos bebe” por primera vez en el país, es uno de los padres de la avicultura contemporánea venezolana con mas calidad y buen recuerdo.

El nuevo Cuartel de Mérida, era emblemático, inaugurado por el Presidente Medina Angarita, quien vino hasta Mérida para ese acto, durante la Gobernación del Coronel Juan de Dios Celis Paredes, fue una inyección económica para la ciudad, bien ubicado y extenso, el Cuartel sigue estando frente a la Plaza, donde está el primer Busto en honor a Bolívar, esculpido en la ciudad, este motivo trajo a numerosos y jóvenes oficiales mucho de los cuales se casaron aquí, radicándose para siempre en Mérida y fueron nuestros amigos Salvatierra, Cristancho, el Mion.

Don Edmundo Izarra fue un comerciante mayorista de víveres de los más importantes de la ciudad, estaba por la avenida independencia llegando a Milla. En su relación diaria creó un liderazgo político que conservó en el tiempo y fue especialísimo y estimado amigo con nuestro gran aprecio.

Manuel de La Fuente, llegó a Mérida de España, donde se destacó casi de inmediato por su calidad de escultor y gran dibujante, uno de nuestros libros: “Masificación y Crisis” esta enriquecido con fotografías de numerosas esculturas de Manuel, con palas botando gente, grandes muros saltados por millones de personas, era pensé yo, su idea de masificación del tiempo que venía y que Manuel vio con la claridad y nos acompañó a nosotros lo positivo de este libro

de 1986, fue que todo, todo, sucedió... como presagio el escultor visionario.

Manuel intuyo también la masificación colosal del hombre en este tiempo, en todas partes al caminar hacia la mediocridad.

Mi memoria porosa corre ahora tras sus atrasadas evocaciones, en 1946 vivimos, -recuerdo con claridad de presente- en la calle 24 casi diagonal al Colegio San José, una cuadra de casitas nuevas llenaban la calle entre las Avenidas Zerpa y Bolívar. La esquina era la casa de don Julio Monzón, después Don Francisco Antonio Uzcategui, nosotros, la siguiente: Don Carlos Maggiolo Atencio, casado con la prima Ana Lavinia Dávila Celis, mujer de honestidad y reciedumbre excepcional, llena de competencias, madre de los Maggiolo-Davila, numerosa prole donde se distinguía por cercana a nuestra edad, Reina, que sería con los años compañera inseparable de mí esposa, Reina aplaudida y luchadora, vivaz y diestra abogado y soberana de carnavales nos acompañaba a Andresin Peña y a mí, -como monaguillo- en las "misas que celebrábamos" en el patio de la pequeña casa. Después otra casa nos separaba de la ocupada por el Doctor Koch, padre de Anelisse Koch una bonita catira y Walter Koch excelentes vecinos de papá y mamá y en la siguiente esquina, la casa grande y larga de los Puleo Pisani, hijos salidos de la pareja de Don Felipe Puleo Biondi y Doña Elda Pisani de Puleo, trabando una amistad infantil con Francisco (chopeles para Mario Baptista) y Felipe (Ipe para mí) con Ipe corrí mundos, y múltiples trastadas, que nos unieron para el resto de la vida, pues nos guardamos siempre y recíprocamente grandes solidaridades. En los momentos difíciles para mí políticos o no, siempre llegó Felipe desde la distancia o de Mérida a acompañarme. ¡Ipe murió muy joven!. En la acera del frente en aquella calle 24 que ahora recuerdo, estaba la casa grande de Don Rafael Ángel Rojas el padre de Isabelia la Reina de las Nieves, de la que hablamos, esposa del compadre Álvaro Sandía Briceño, después seguía el Consultorio Clínico del Doctor Néstor Ruiz, donde tenía también su consultorio el Doctor Enrique Febres Arria uno de los grandes amigos de quien escribe, Enrique fue un Médico que protegía a los humildes y ejerció una activa y desprendida medicina social, que todos reconocimos y aplaudimos por su gran generosidad; después la casa de otro gran amigo de aquel tiempo Fredy Rangel, hoy médico y profesor destacado de la Universidad, Mérida luego estaba el negocio del matrimonio húngaro que hacía pasticas en una buena y austera

pastelería, y por último en la esquina estaba la casa andina de las Tello, las tías del Doctor Franco de las que escribimos antes en otros espacios.

Llegando a la esquina, Avenida Zerpa arriba estaba la conocida fotografía de Don Rómulo Rivas y más arriba la casa de los Rivero donde Luis visionario economista fue luz. La casa de los morochos Picón José Luis y Obdulio, estaban al seguir por la calle 24. En ellas estaba Álvaro Picón Petit y su linda hermana Josefina Picón y Oliverio Picón Uzcategui, todo lleno de hermanos. Se destacó en sus atenciones y distinciones para con nosotros el escritor Leonardo Picón Petit. Todos ellos fueron y son amigos y parientes siempre cercanos. Disfrutamos en aquella vecindad, aquel radiante grupo lleno de merideños especiales. Leonardo Picón Petit, "pluma Picón de brillo", hombre de la cultura que se nos fue muy temprano y se sostenía en un gran talento y buena pluma.

Nuestro padre procuró los servicios profesionales de su amigo el arquitecto Manuel Mujica Millán, quien con los años y su mágico lápiz superior, se haría de la imagen de la nueva Mérida "colonial", en sus obras dispersas por la ciudad y por administración directa se construyó, su proyecto de la Quinta Ave María en la calle 19 cerrada, entre las Avenidas Independencia (tres) y Bolívar (4). La novedad para mí fue estar rodeado de primos e inseparables que ocupaban las manzanas que rodeaban la nueva casa y que disfrutamos con amigos comunes desde el mismo inicio de su construcción.

La casa estaba rodeada por un costado por la familia numerosa y valiosa para aquella Mérida de los Ramírez Corredor, salida del matrimonio de Don Antonio Ramírez y Doña Hilda Corredor de Ramírez después los Pulido Mora.

En la acera de enfrente en esquina con la Avenida Independencia, estaba la casa de Don Tulio Febres Cordero, el patriarca, casa que los inviernos de Mérida arruinaron sin remedio.

En el otro costado la casa de los Picón Febres, ocupada entonces por el nieto Gabriel Gonzalo Picón Parra, su esposa Gloria Bermúdez de Picón y donde nacerían los cuatro hijos Picón Bermúdez, primos de nuestro mayor afecto. Gabriel, Gonzalo, Francisco Javier y Roberto. Con quienes compartimos cariños a falta de hermanos. En la esquina sur estaba -ya señalamos- la casa emblema familiar de la tía Anita Parra Picón, la cual había formado parte de la antigua casa del Rector Caracciolo, dividida pues la numerosa prole de 14 hijos,

había hecho imposible la partición de esta propiedad primero y la de la tía Anita después, causante de sus numerosos sobrinos, por lo cual había sido cambiados topográficamente. Frente a la tía Anita estaba más allá o más acá... las casas de los padres del talentoso Pedro Vetancourt Lares amigo especialísimo de mi padre: Don Cesar Vetancourt y Doña Mery Lares de Vetancourt. Debajo de estos los Matheus Don Ángel y Doña Cristina, distribuían la prensa llegada a Mérida y donde recordamos sus hijos y buenos amigos: Edgar, Ángel Oscar (el Catire) y Alexis (el chamaco) ingeniero de grandes habilidades y éxitos profesionales años después. Donde los Matheus trabajaba a veces, una viejita de mandados agreste, gruñona y de piernas delgadas y muy alabeadas que llevaban unos buenos alpargates negros y que al verla todos la gritábamos "Cúcuta, Bogotá, Colombia" y se abría en una derrota de piedras, que jamás tampoco pudimos saber de dónde las sacaba, cada instante.

En la otra esquina norte estaba la casa grande de Hugo Parra Pérez con un inmenso solar y piscina de la que hablamos antes, que fue la casa del conquistador que vino con Juan Rodríguez Suárez el capitán Hernando Cerrada de allí el nombre de esa popular calle de Mérida. pasos arriba estaba la casa de los Boscan con tres hijos unidos a la ciudad: Luis que fue compañero de Colegio, Nancy una pelo negro bella, de ojos increíbles y Bertilia una catira bonita, ambas formaban un acreditado conjunto musical para sus amigos.

Después seguían las casas de los Massini -General Godofredo Massini, respetado, querido y seguido en la ciudad -allí cubría mucho espacio la amistad con las numerosas: familias los Muller; los Corredor Muller hijos de Don Ramón Corredor Tancredi y Doña Ilba Muller de Corredor; admirable mujer querida por la ciudad, de presencia casi diaria en mi casa por su entrañable amistad con mi madre, Doña Ilba era administradora pulcra tesorera y competentísima de la compañía de la luz Parra y destacaba la bella presencia de su hija la pecosa Josefina Corredor Muller; después política y brillante profesora; su hermano Gustavo empezaban a crecer más, el gran Arquitecto Claudio Corredor Muller y sus hermanos Elio y Ricardo; también frecuentaban el lugar venidos de otros lares o aposentados en la ciudad los García Muller; donde había hijos Gerardo y Beatriz (la China) sobrada y muy bonita, nos relatan algunos amigos que resulto una mujer de virtudes inalcanzables para el común, y Miguel Roberto que le gustaba

seguirnos en correrías y juegos todos reforzaban el liderazgo infantil y juvenil de aquellas luminosas manzanas. Más allá entre las Avenidas cinco y seis estaba la quinta de Abraham Parra Pérez y su esposa Cira Dávila Celis, prima pintora, hogar en el que nacieron primos dobles especiales: la competente Graciela, el querido y solidario Álvaro y María Juana que nos ayudaría con creces en el ejercicio de la política activa. Más arriba por la Bolívar en la calle 18, estaba la sencilla casa del Cardenal José Humberto Quintero que nuestro padre visitaba muy asiduamente y hacia el otro lado, Don Asdrúbal Baptista dueño de honestidades poco repetidas, esposo de Doña Ana Teresa Troconis y padre del inteligentísimo Mario que “huyo” de Mérida, Marina, María Eugenia y de Asdrúbal con bien ganado escenario nacional. En la esquina de la Avenida 5 Zerpa, estaba Don Azael Lobo con un Abasto a todo tren, lleno de jovial cordialidad, en el conocimos a un gran empresario merideño, Alirio Bazán, luchador honesto que hizo fortuna sabiamente. En su frente vivía Don Raúl Febres Cordero, en unos espacios singulares en cuyas amenas tertulias se hacía defensa diaria de la ciudad y se reunían valiosos merideños. Don Raúl era muy inteligente y blanco, de pelo liso, algo barrigón y sus pantalones, no llevaban jamás correa y si unos característicos tirantes, era farmaceuta y en criollo lo llamaríamos un chistoso y oportuno conversador talentoso... Pasos arriba vivía José Antonio Massini Díaz, quien acompañó nuestros grados y gratos momentos de Colegio, después reconocido Ingeniero Civil en la ciudad y casado con María Alicia Sandía Briceño y dueño de una familia de “guerreros”.

Nuestra casa de Mujica pudo ser construida en un año muy largo y en ella pasamos el resto de la vida de soltero. Su garaje era nuestro frontón y la calle nuestra cancha de fútbol por años, hasta que el tráfico la “cerró” hacia 1956? Los arcos callejeros los organizábamos entre el filo de una de las aceras y una chaqueta o libros de uno de los “futbolistas”, “la caimanera”, que así se llamaba la partida, tenían tres jugadores por lado y demoraba las llegadas a casa a las salidas del Colegio, en cada rincón ciudadano donde se activara...

Donde Teresio Balza era un anciano de porte elegante que enseñaba su profunda educación, vestido siempre de oscuro, llevaba unos bigotes blancos, era blanco y destacaba su asepsia. Don Teresio vivía pasos arriba de la Iglesia del Corazón de Jesús y bajaba y subía a la ciudad, saludando carismático a diestra y siniestra, era el “caballero más visible de la ciudad que yo viví”, Don Teresio era padre de una meri-

deña de intensa presencia en la ciudad: Rosa Antonia Balza, excelente en sus trabajo, Rosa Antonia tenía una caligrafía excepcional y poco vista que le permitía rellenar bellamente todos los diplomas universitarios, en especial de los graduandos cada año.

Las Ferias de Tovar, nos animaban en bachillerato, empezamos a adentrarnos en fiestas y más fiestas, hacíamos grupos para ir a ellas. En Tovar la calle era tomada por ruletas, algún templete musical, pólvora y aguardiente en todos los rincones, allí hicimos amigos nuevos: Rodolfo José Burguera Citraro, con su hermana bonita a la Nena, había otra mayor Marina, casada con Tortoledo, un hombre excepcionalmente competente y gran emprendedor; otro amigo fue Néstor Luis Trejo y “el gato”, que estaba en todos los sancochos. No conocíamos a mi Tovareña esposa pero éramos amigos de sus hermanos Gonzalo y Luis, llegamos a una casa del padre de Gonzalo, que estaba alquilada para un hotel, 8 ó 10, estábamos en una habitación enorme: recuerdo una feria con: Enrique Carmona Concha, Ivan Rojas, Gonzalo Vargas, los hermanos Estrada. Los bailes mejores eran en el Club de Amigos, con buenas orquestas, allí bailábamos mucho a Milena Márquez una catira bonita que no volvimos a ver y que llevaba buen pasó en la pista; Liche y Alba Marina Méndez animaban las ferias. Oswaldo León Burguera era amigo y mejor persona que se nos fue temprano. Los hermanos Márquez Barillas eran dos, Enrique prontamente desaparecido y Carlos. Ricardo Chalbaud Troconis muy inteligente “era un bandido” en sus continuas bromas que destenía con cara de seriedad increíble. Amigo de Gonzalo Vargas, un día en grupo de más de ocho se trajeron “sentado” en la parte trasera del carrito, un cochino al que colocaron la espalda de una vieja chaqueta y anteojos negros para pasar la alcabala –pues la procedencia del animal era turbia- el guardia con su linterna lo alumbro en la oscuridad y dijo: “Epa bachis ese borracho de anteojos tiene una cara de cochino increíble” Ricardo!.. Puedo tener cincuenta años sin verlo.

En Mérida había un grupo de tomadores que montaban un sancocho en las mañanas y pasaban el día con ron y más ron, lo podíamos ver en una casa de la Avenida 7 Paredes, entre otros la ya tímida memoria recuerda a Alberto Picón Badaracco, Eduardo Dávila Salas y una rotación incontable de cuates que igualmente bebían ron en la Hacienda San Antonio de los Picon Lares, en el Pie del Llano. Algunas veces los acompañaba allí un merideño de excelencia en el talento Toño Febres Cordero, hermano del hábil e inteligente merideño Ciro

Febres Cordero, Toño tenía una forma de hablar carismática con los infinitos recursos que le daba su cultivada inteligencia.

Capítulo XIV

Casi todas las casas, casonas y paredes de tapia ancha de Mérida, tenían sus aleros, que se hacían protección en una ciudad de tanto llover. Había el alar mezquino que apenas sobresalía y los aleros generosos que cubrían las aceras, podíamos llegar bajo ellos a nuestras casas al salir del colegio sin apenas mojarnos, pero decidíamos chapalear el agua de la calle... deporte escolar popular:

La carretera trasandina toda de tierra, y la cual antes recordamos, era la troncal andina. Llegaba a Mérida desde el norte o desde el sur, se acompañaba siempre del Río Chama. Tiene 1529 km de Caracas a San Antonio del Táchira y fue el primer paso histórico, para unir a los andinos abandonados siempre, del centro del país. Se caracterizó por querer llegar y atravesar todos los pueblos posibles y fue construida en el gobierno del general Juan Vicente Gómez a pico y pala de presos y vagos... no fue sólo un paso de progreso... “la picardía” de Gómez, también le permitía con ella el control más rápido de caudillos y alzados en el interior del país. Fue inaugurada el 24 julio de 1925...

Entonces nuestras carreteras que operaban como troncales del Estado: a la Azulita, a Bailadores, a Piñango, a Gaviria, o El Vigía, eran de tierra, algunos mal llamadas “carreteras”, eran trochas españolas, indígenas o abiertos como caminos de bestias y peatonales, que de tanto pasarlas se habían convertido en carreteras, como la vieja vía de Aricagua a “Las Tapias”, cuyos bellos cercados de piedra, llegaban a rayar a ambos lados del vehículo si era conducido por un noble chofer, y que tenían sólo el mantenimiento de hacendados y conuqueros, que con sus hombres de trabajo y aportes, habrían conservado y ensanchaban por tramos aquellas trochas, que el sudor y el trabajo, convirtieron en precarias vías, muchas de las cuales se mantienen hasta hoy.

Tres pilares son fundamentales en el crecimiento cultural y material de la ciudad que amamos: la Iglesia Católica regional, la Universidad de Mérida nacida de ella y el Colegio Jesuítico de 1627, que despertó culturalmente a la ciudad andina, remplazando la desaparición de los conventos de órdenes religiosas e

Iglesias, nacidas con la llegada del conquistador en 1558 que fueron mermando su presencia hasta 1812 en que el terremoto nos robó el sabor colonial. Fray Ramos de Lora estableció la base de la economía de Mérida, fue un obispo visionario y asentó la educación como forma de redención de los pobres y la pobreza, apuntando asimismo la Universidad que nació, convirtiéndola a la vez en músculo y sustento económico principal de la ciudad antigua y actual. La primera Iglesia de Mérida fue el templo de San José, frente a la plaza mayor (hoy Bolívar) en 1560, que Ramos de Lora, hizo en su obispado catedral, y se dedicó a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen en 1786.

Como consecuencia de lo anterior la Iglesia impuso sin dudas un liderazgo espiritual y cultural que eminentes e ilustres sacerdotes del ayer relatado, abonaron creando bases ideológicas para el crecimiento de la democracia, y el socialcristianismo, que los años y los hombres, han venido implosionando pero que existen en el subconsciente andino de los siglos... y reaparecerá.

Aquella Mérida del relato, tenía curas emblemáticos que participaban en su cultura y actuaba como motores en sus Parroquias.

En la Universidad brillaba la voz de sacerdotes como Luis Negrón Dubuc. Uno de los curas que más nos impresionaron por su brillo, materialmente era impecable, y dentro guardaba conocimientos y cultura a borbotones, su voz ronca era carismática para convencer o vencer dialécticamente; Manuel Maggiorani y después Eccio Rojo dieron fortaleza de talento a la prensa. Juan Ramírez Roa dio piso a una juventud política. Se distinguía también Monseñor José Humberto Corredor Tancredi.

Las parroquias de la ciudad más conocidas por nosotros, tenían curas realmente excepcionales, que lógicamente cambiaron y declinaron con los años transcurridos en el relato: Monseñor Pablo Emilio Uzcategui, quizás el icono de aquella Mérida vieja: el Padre Rafael Lamus, fue líder y Párroco de la parroquia Llano por largos años, después se distinguió allí el padre Monsalve; el Cura Emiro Fuenmayor fue con su familia toda, el gran protector de la Parroquia de Milla; Ignacio Villa y después de Israel Rojas en catedral; los capuchinos eran curas sin mayor rostro individual en Belén; el padre Efraín Acero corría la ciudad como capellán de conventos, junto al santo jesuita Fernando Bilbao S.J., dejé como último, al más viejo al padre José Ignacio Porras grosero y gruñón, cura párroco

muy anciano de Santiago de la Punta, al que sucedieron, los progresistas: Padre Panchito, Padre Cachón, Padre Anzil; y dos muy valiosos amigos especiales de los nuestros, el gran Sacerdote Pedro Jesús Abad y el joven líder Presbítero Olivo León Uzcategui, hoy en Timotes.

Todo este acopio lleno de ayudas de memorias amigas, para llegar a los creadores de la vialidad más difícil de Mérida, la vialidad entre las Sierras que se cruzan para ocupar los Pueblos del Sur, donde se aposentan bellas leyendas y mitos de andinidad, de más prosapia y abolengo centenario y la vialidad de la Tierra Llana merideña, el sur del lago, entre sofocantes calores, zancudos, fiebres y voluntad de titanes, para los forjadores de aquellas precarias áreas, de sus carreteras y múltiples camellones.

La vialidad del norte merideño, estaba más amasada en la historia pues fue la salida preferida desde Milla, por los fundadores y conquistadores merideños, hacia los Pueblos de Indios de Tabay, Mucuruba, Mucuchies, San Rafael y Timotes o hacia el Lago a través del bello Valle Grande y la Culata por donde llegaban al Lago de Maracaibo que los sacaba al mundo, allí los curas si bien, metieron su hombro como líderes creando escuelas y dispensarios y trochas menores, no fue tan profunda la revolución vial, como en los Pueblos del sur y Tierra Llana, pero también en el norte paramero la Iglesia tuvo activa presencia en esa Mérida del recuerdo.

La Tierra Llana merideña hasta la llegada de sus valerosos conquistadores estaba llena de fango y humedad, que producían malaria y paludismo con sus mensajeros los millones y millones de mosquitos y plagas diversas de selvas y barzales, ¡civilizarla fue una proeza! La construcción de carreteras y camellones que inundaron la tierra llana merideña se fundamentó, en la decisión del Arzobispo Acacio Chacón Guerra que en 1917, dio impulso a un área parroquial, ratificada en política geográfica por el Presidente de Mérida Pedro José Godoy. No habían hasta entonces territorios poblados y menos servicio alguno entre Mucujepe, Tucani etc., poniendo al frente de esa inmensa área a uno de los grandes curas párrocos merideños: Diogracias Corredor Rojas líder de aquellos curas creadores de Tierra Llana, el amigo consecuente, en cuya casa se nos cobijaba y disfrutamos de sus chicharrones, cochino bien frito y tostado y grandes sancochos, con algún “adornito” de ron. El padre Corredor Rojas era el cura

párroco de la Azulita, creó un equipo para las pocas parroquias existentes y fundó sólo, en la extensión y área de aquella parroquia creada por el arzobispo catorce (14) capillas; que sirvieron de base a los templos de las futuras parroquias Mesa Alta, Guayabones, Tucáni, San Benito etc. y abrió caminos, trochas, camellones y carreteras por todas partes, el Padre Pedro Moreno autorizado historiador; cronista informado de la iglesia de la modernidad merideña, señala en sus documentadas publicaciones, que Corredor; abrió 40 km de vías, para llegar a unas diez Aldeas, con apoyo de dos curas progresistas: el Padre Jesús Alfonso Albornoz Pérez, José Contreras Pulido (Pepe) y los cercanos de Bailadores, Padre Varillas y él en Tovar; estos con la modalidad de cayapas que usó la Iglesia merideña, creó progreso con cooperación y desprendimiento de los beneficiados y colaboradores y comunicación.

En los Pueblos del Sur merideño, llenos de blancos y catires, mantuanos, venidos de los españoles que derrotó El Libertador mucho de los cuales se fueron a vivir a las montañas del sur merideño y con otras migraciones de varios países europeos, se dio un recio combate para solucionar el grave problema de aquellas comunicaciones, que se hicieron leyenda de bravos guerreros, sudando vida y guiados por los sacerdotes líderes, del progreso del Sur merideño por años. El Padre Pedro Moreno primero desde Tovar y luego desde Mucutuy y el Morro, y el Padre Víctor Angulo, por el Cura caudillo entonces Eustorgio Rivas (Canagua), Boanerges Uzcategui (El Morro) fueron los paladines fundamentales, de este hermoso proyecto que culminó en la vialidad de los Pueblos del Sur; siempre agredida por barrancos, zanjones y cuestras que la hacen precaria, ya el Padre Adonay Noguera en Canagua, había iniciado precarios caminos de progreso. Los acompañaban el Padre Cresencio Parra (Guaraque) y Alejandro Arias, el popular Padre Alfonso Rojas y el Padre Víctor Angulo, que después, se fue con su lucha al paramo merideño.

Hacían cayapas²¹ espontáneas, sectorizadas, recorriendo con piochas y palas, para abrir picas y pasos entre espinosas moras y cortas travesías, todo lo más, era subir empinadas cuestras o bajar al fondo de abras con agua corrientes o lluviales. Como no se pagaba, los curas recogían entre los pudientes²², para

²¹ Cayapas: son grupos casi siempre numerosos, que sin cobro (solo la comida) prestan su esfuerzo para realizar tareas en beneficio de la comunidad.

²² Pudientes: grupo de ricos precarios o menos pobres que aportaban costos.

las herramientas y comida diaria de estos cientos de acomedidos, hombres, que entregaban sudores a este mágico esfuerzo, hijo del liderazgo voluntad y respeto, que entonces proyectaba una Iglesia unida y combativa. Los curas valientes, líderes del sur. Se iniciaron los rastros y terminaron carreteras en 1954, liderizado por el P. Vicente Alarcón, después fue Monseñor, él creó, cayapas que abrieron espacios y moldearon en transitable el viejo camino de Tovar–Guaraque, éste tuvo un nacimiento histórico curioso: Rafael Caldera se fue a Guaraque desde San Francisco (Tovar) al frente de una gran cabalgata política de campesinos del lugar, era 1974, el entonces gran líder campesino Luis Sánchez García, se fue tras ella, pero en su Jeep, sin haber carretera y abriéndose paso con espontáneos que le facilitaban el avance, así llegó aclamado a Guaraque. Después animado en aquella hazaña, el Presbítero Eustorgio Rivas, por lugares increíbles, abrió picas y trochas para ir de Canaguá a Capuri y de este a Guaraque. Abiertas aquellas trochas de leyenda y valor, se hicieron largas faenas y cayapas para ir de Santa Cruz de Mora a Canaguá. Fue el progresista y visionario presbítero Boanerges Uzategui, quien abrió pasos imposibles, remontando riscos para ir de El Morro a Canagua. Sería más tarde que el presbítero y visionario Cresencio Parra, animado en la voluntad de estos curas, guerreros abriría la vía Mucuchachi a Mucutuy, y le tocaría al promotor y ejecutor de la Iglesia merideña, el Presbítero Pedro Moreno, líder popular y creador de iglesias y caminos, quien con cuadrillas hasta de cien hombres y tumbando gruesas rolas, hizo senderos y atajos atravesando tupidas selvas para llegar de Mucutuy a Aricagua, completándose estas precarias carreteras en el estado Mérida, animado por ese éxito el Padre Eustoquio Rivas civilizador del Sur, en fuertes y laboriosas faenas, abrió el paso-carretero de Guaraque a Capuri y de allí a Canaguá, esta fue una gran celebración por todo el sur merideño. Después vino el cura luchador y amigo: Abogado Boanerges Uzategui Párroco del Morro, a quien apodaron el “loco” por los riscos que sus cayapas de espontáneos, treparon en cuestras y barrancos, para hacer el camino-carretero El Morro-Ejido. ¡Una proeza de voluntad indomable! Y una “ingeniería vial” que bien merece estudiar y pensar la ingeniería ortodoxa.

Uno de los laicos de más peso que me satisfizo tanto con su amistad y lealtad tan difícil de repetir, fue: Mariano Salcedo, con un pequeño Jeep salido de unos sufridos ahorros, se entregó a crear progreso en el páramo merideño

y en los Pueblos del Sur. A Mariano Salcedo conductor genial que me llevo por fillos y barrancos y entrego en mis casas miles de consecuencias, revueltas con pasteles y quesos, le quisimos mucho, murió a los 80 años, había nacido en 1931, en Estafiche una linda y verde aldea de Las Piedras, Estado Mérida, con cinco hermanos y muy pequeño huérfano –tres años–, hijo de un agricultor de Las Piedras, fue entregado a un tío suyo en Timotes (Estado Mérida), joven se huyó de la casa de éste y se refugió en la familia, del que después fue su “hermano” y compañero: la del Padre Buanerges Uzcategui, quien se lo llevó con él al Morro y los Pueblos del Sur. Organizador de cayapas, “partidos” y entregas Mariano coordinó con su Jeep la conquista del sur merideño. Trabajó en Maracaibo como cocinero, y reunida una plática compró un camión, que sería uno de los primeros transportes de las nuevas carreteras de los Pueblos del Sur, construidas por sus aliados “curas constructores”, aquel camión sería el primero de los muchos que tuvo su productiva vida, que le permitió fundar grandes familias y criar muchos hijos, que mantienen la gran estirpe de merideñidad que Mariano Salcedo, alto, moreno, de buen pelo e incansable y consecuente comedor de chimo y panela, narizón como nuestros aborígenes y lleno de bondad, que entregó a su gran liderazgo apoyado en miles y miles de amigos y “amigas”, en el páramo merideño y el sur. Mi homenaje a la memoria de Mariano, amigo y protector del Páramo y uno de los laicos que hicieron posible la conquista de la Iglesia, merideña y la política social cristiana –que lo olvidó- para construir la vialidad de los Pueblos del Sur: líder en la ciudad que yo viví y que no tiene aún un lugar señalado mercedamente, con su valioso nombre y presencia... ¡Mariano!

“Las viejas de Gilberto”, eran dos: Cleo y Jazmín, animadas muchachonas, con algunos años más que nosotros, con las que paseábamos juntos, podrían tener un rato más de 40 años, la picardía de estos encuentros era surtida, pero lo más grande... era que Gilberto Sandía sin saberlo, ni haber conducido jamás un vehículo automotor; a veces solía hacerlo, “por razones de igualdad de oportunidades” para ambos y sus frenazos criminales eran totalmente incompetentes, torpedeaban las cabezas de todos, golpeando los vidrios del vehículo!!!, en cada torpe e intempestivo frenazo del entonces “piloto” Gilberto Sandía... una perfecta precariedad como conductor.

La propensión de Mérida y los merideños por la cultura, que llenan los rincones del páramo y de todos sus lugares con autodidactas pintores, escultores y finos artesanos, en cualquier conjunto humano que se desarrolle en estas tierras, no fue excepción en la Juventud Católica Venezolana que se desarrolló en Mérida, de manera singular promovida por el ojo “político” visionario del Arzobispo Acacio Chacón y comandada por el Presbítero Juan Ramírez Roa, quien había realizado estudios universitarios en Chile y tenía una gran calidad intelectual adornada por un sistemático carisma. La Juventud Católica Venezolana, (JVC) merideña tuvo éxito numérico y de calidad, desde la iglesia de entonces se sembraban las encíclicas papales sobre la justicia social para el hombre. Habíamos muchos en ella y disponía de aéreas y programas especiales y atractivos para aquella juventud. Recuerdo: a los Febres Cordero–Arria; los Febres Cordero F.C.; los Carrillo; los Uzcategui; Los Rojas Rojas; Oscar Rivas Lamus; los Sandía Briceño, los Pérez Febres; los Vetancourt; Jorge Spinetti; Rafael Herrera G; Orlando Ramírez; Rafito Fuentes; Tortolero; Lalao Oliver; etcétera. Se desarrollaba con la JVC, un espacio “Club”, en el semisótano del Palacio Arzobispal, en esquina de la Avenida Bolívar (3) con calle 23, donde instalaron mesa de ping pong, varias y mesas y sillas para ajedrez, dominó y damas, había una pequeña biblioteca, con biblias, temas políticos, religiosos y libros contentivos de las encíclicas papales, que servían de base a la “cuestión social” que predicaba la Iglesia Católica. Allí nos reuníamos en horas libres, para todas estas cosas y hacer amigos. La juventud tenía un excelente grupo de teatro, que hacía sus ensayos en el palacete y/o Casa Bosset, en las noches o en los días libres y por último, la captación juvenil para la Iglesia que entonces era unida y vigorosa, utilizaba el deporte: había un



En casa del Dr. Pedro Pineda Leon. De izq. A derecha Alicia Portillo; Nelly Portillo; Fany Pineda, agachados el Dr. Pedro Pineda sostiene a su nieta María Virginia Gabaldon.



Grupo muy conocido en fiestas del Club Juvenil (Colección Paolini Pisani).



Departen de izquierda a derecha Jesus Ramon Pérez Febres; Olguita Ruiz; Francisco Fonseca H. y Carmen Aida Danila Fonseca (Colección Nelida Pisani).

grupo de basquetbol que dirigían los Carrillo, Pedro Luis y Marcial y el fútbol infantil -juvenil, campeón de algunas copas y visitábamos con el teatro las regiones andinas cercanas a Mérida, que movía con éxito y prestigio y el grupo cultural y los eventos especiales de hipnotismo.

En el equipo de fútbol brillaba los mejores jugadores de aquellas categorías, la JCV fue campeona de la copa Monseñor Chacón jugada en el campo del seminario, torneo jugado entre la JCV, el seminario y creo recordar que Barinitas. en otro torneo viajamos a La Grita, estado Táchira y ganamos contra el Liceo Militar Jáuregui en encuentro de tres juegos. Viajábamos en un autobús que conducía “el lorito”, todo un personaje singular como chofer; era un autobusito de colores con ventanas sucesivas parcialmente protegida por tres tubitos cromados, y alguna cortinita que filtraba el polvo del camino, al no poder cerrarse bien los pasos helados parameros, eran insoportables, pues el viento entraba en chiflones producidos por el andar rápido del busecitolrepador de paramos.

El fútbol de la J.C.V., era bueno y atraía a la juventud, llegó un tiempo a ser dirigido por Cobitos, el colombiano traído por el Liceo Libertador; para su gran equipo de primera. Aquel equipo jugaba en la ciudad, pero también visitábamos Tovar y el Táchira y Trujillo, en el fútbol como siempre nosotros jugábamos banca, pero hubo una oportunidad que otros riendo me recuerdan, anote un gol victorioso, en un torneo que todavía al paso de estas decenas de años, no podemos computar como hicimos para meter aquel balón en el arco y ganar; fue frente al Liceo Militar en La Grita.

En la “Copa Monseñor Acacio Chacón”, disputada en el campo con poca grama y esquivos rebotes de balón del Seminario de Barinitas, Mérida, encontramos un tesoro de fotografías que agregamos a estos recuerdos. Éramos muchos en el equipo, el propio Padre Juan Ramírez, con la sotana blanca recogida y metida detrás de la hebilla del pantalón en las prácticas pateaba largos ratos el balón. El equipo lo integraban muchos: Enrique y Daniel Febres Cordero, Brocha, Fabio Luis Febres Cordero, los hermanos Carrillo, más Pedro Luis, algunas veces Román Eduardo Sandía; pero las estrellas verdaderas del equipo cuando brillaba, que lo hacía continuamente eran: Oscar Rivas Lamus que aparece en la foto a quien su bonita novia animaba en los juegos; muy bueno; Jorge Uzcategui; Orlando Ramirez Corredor, alguna vez Amenodoro Dugarte, siempre unido a todos en gran afecto,



Campeones Copa Monseñor Chacón: de pie: Lalao Oliver; Daniel Febres; Jorge Spinetti; las madrinas; Gilberto Sandía; Rafael Herrera; ¿?; Pedro L. Carrillo; ¿?; público; Sentados: Pbro. Juan Ramirez; Ivan Rojas; B. Celis-Parra; J. Uzcategui; Brocha; Orlando Ramirez; en el suelo: Oscar Rivas L.; Ramon Pérez F.; Alfredo Péres F. y Roman Eduardo Sandia.

Gilberto Sandía Briceño que allí se dislocó su rodilla creo que para siempre e Ivan Rojas. Había un refuerzo en tiempo de vacaciones: Diego Arria Salicetti que venía regularmente a Mérida. Con los seminaristas se hacían muchos juegos, en esas lides conocí a José (cheo) Moreno Monsalve, el abogado, un blanco jipato, cordial y grueso, de agilidad tremenda tras el balón y a Pedro Moreno Uzcategui, pequeño y diestro, para colocarse en la cancha que se observaba conocía bien. Pedro además de amigo consecuente y leal, lo sentí siempre cercano en afectos en los barrancos de espinas, que nos ha tocado vivir, Pedro ha sido sembrador de iglesias... en los pueblos interioranos y destacado luchador, creador de movimientos, constructor y reparador de capillas e iglesias, líder, en fin un poderoso y eficiente sacerdote desprendido siempre en beneficio de sus creencias. Pedro además es un maravilloso y quiero reiterar cronista de justicias olvidadas y relatos desconocidos de curas y cristianos merideños de tiempos viejos, olvidados por la ecuanimidad de la JVC... y también por nosotros.

El teatro también nos llevó a La Grita, Canaguá, Santa Cruz de Mora (Estado Mérida) Tovar, Trujillo, Valera, Timotes, Mucuchies, Boconó de Trujillo, etcétera. Las giras eran un rochelon y duraban los fines de semana. "El elenco" del teatro era de unos 20 actores, recuerdo concretamente una adaptación a la obra del francés Moliere "el médico a palos", en la cual Enrique Febres Arria era nuestro padre en escena y publicamos aquí alguna foto sobre el viejo teatro que hacíamos todos de, Moliere,



Escena de la Obra el Médico a palos: El actor Tovar. Izq. A derecha gestícula, sentado Bernardo Celis Parra; de pie Rafito Tovar, sentado de bastón Rubén Febres Cordero y agachado de gorra Enrique Febres Arria. (Colección Peña de Febres).

muchas otras obras de teatro que se intentaron presentar: "el burgués", "el avaro" ... eran dirigidas por el Padre Ramírez Roa quien hacia teatro desde sus años en Chile.

Pero la presentación central y "taquillera" de aquellas comedias y eventos, era un mago o hipnotizador nuestro: el "Profesor Brando", el hoy Doctor Daniel Febres Cordero y su asistente y primo Fabio Luis Febres Arria, disfrutábamos años después, las explicaciones claras de Daniel el gran recolector de fondos para los programas de la JCV. A Daniel y Fabio le llamó la atención un acto del profesor Dickman, era 1954, un argentino hizo unas funciones hipnóticas en el



Parte del numeroso elenco del Grupo Teatral de la JCV de izq. A derecha Ruben Febres C., Pedro Luis Carrillo; M. Moreno; Tovar; P. Ramirez; R. Fuentes; Daniel Febres C.; Fabio Luis Febres A. y B. Celis-Parra, se despiden en el escenario.

teatro Cinelandia de Mérida, Daniel y Fabio se hicieron sus amigos y ayudantes y así aprendieron los trucos y técnicas que después realizaron con excelencia depurada y que en los pueblos andinos servían de atractivo y fiesta popular. Dickman les dio los elementos indispensables: hay que llamar la atención y respeto del público con un atuendo “escandaloso” Daniel salía de frac primero con pumpa, y después lo cambió por un turbante con una diadema central de piedras que reflejaba la luz... que cosieron las manos de Consuelo Febres Cordero su hermana, el impacto era colectivo !!! Después la sugestión de la gente tomaba los rincones, acompañándose de fe en Daniel, quien impresionaba con Nemo-tecna, una técnica mental fuerte, ejercicios de memoria; Fabio recogía palabras entre el público, una a una, hasta alcanzar decenas y luego Daniel, las repetía en orden o número en que estaba cada una... esto recuerdo era pasmosamente impactante. Alguna vez hipnotizaban un pollo o un conejo, acostándolos sobre una mesa... en ella hacían con tiza una raya, a un costado del pollo o conejo, éstos quedaban como petrificados, ¡sin moverse!, “estén atentos” les había dicho Dickman, “No sé cuánto tiempo pueden estar así los animales... háganlo “rápido muchachos”. ¡Era sensacional el acto de Daniel! Ya por último, antes de hipnotizar en público, ordenaba a la masa del teatro o salón, llevar las manos arriba y entrelazar los dedos, Daniel les hablaba repetido, siempre con el mismo fondo musical, que jamás abandonó, “las manos les pesan”... les decía será difícil separarlas repetía “imposible tal vez”... y así por un rato con aquella música de fondo, para llegar de repente y gritarles: “separen todos las manos” y, el 90% lo hacía fácilmente, el 10% ¡NO! Esto era observado cuidadosamente por Fabio Luis, quien seleccionaba estos “sugestionables”: la señora de moño..., el caballero del suéter..., la joven de cola de caballo... etc., hasta hacer subir 10 y/o 12 personas al escenario... estos serían los hipnotizados, con gran brillo por el “profesor Brando”, que hacía y deshacía con los “dormidos”, hace calor... y ellos sudaban, van a montar a caballo y ellos aparentaban hacerlo, en una velada en Trujillo, atravesó a una muchacha hipnotizada con una larga aguja



El Estudiante de medicina Daniel Febres Cordero, quien fue el famoso profesor Brando en su atuendo de presentación en los escenarios regionales donde hipnotizaba.



Equipo JCV. De izquierda a derecha: Rivero, Ivan Rojas; P. Ramírez Roa; J. Uzcategui; Rafael Herrera; Daniel Febres C.; Roman E. Sandia; J. Ramon Pérez Febres y Gilberto Sandia (lesionado); Sentados: Pedro Luis Carrillo; Bernardo Celis Parra; L. Marquez (Brocha); Orlando Ramirez; Oscar Rivas L. y Alfredo Pérez F. (Colección Gilberto Sandia).

por el pellejo de la papada, la madre que estaba en el público, quiso agredir a Daniel con un paraguas y todos debimos salir desde atrás del escenario, para calmar el público, alzado... y “salvar” al profesor Brando...

Enrique, Daniel, Fabio Luis y Rubén Febres Cordero, eran amigos de trastadas continuas, había que tener cuidado con ellos, más cuando se colegiaban. Un día colocaron unos triquitraquis en el bolsillo trasero de Chucho Vivas, cobrador popular de la curia y de Mérida Motors, amigo viejo (50) Del grupo juvenil y le prendieron fuego, Chucho saltaba y gritaba con cada reventón hasta irse a la regadera del lugar y abriéndola poner debajo su trasero. Otro día, en un sancocho en Boconó de Trujillo? colocaron píldoras del “Doctor Ross” -utilizada para soltar el estómago -el pánico diarreico fue general y debieron llevar al Hospital a Rafito Fuentes, para detener incontenibles flujos, los Febres, ya habían avisado a sus “amigos y amigas” de las tremendas “bombas”; ¡colocadas en aquel sancocho popular en Trujillo! Daniel sacó a Carmen Hortensia su señora, de aquellas giras por Trujillo y así hizo posible la bella familia que lo adorna hoy. Los Carrillo, Pedro Luis después excelente médico el Estado en Lara, Marcial el más narizón hoy perdido de todos y Rómulo el menor, alto, blanco, ágil esgrimista, quien murió accidental y trágicamente al ser perforado, por el florete del amigo con el que competía. Los Carrillo eran amigos solidarios y Pedro Luis... débil para el hipnotismo, se dormía hipnotizado detrás del escenario, obedeciendo órdenes lejanas del profesor Brando, los Carrillo amigos de todos, fueron de los primeros pobladores en el sur de la nueva Avenida Tulio Febres Cordero construida por Vicente Talamo.

Los Osorio eran dos, uno lo recuerdo como Horacio? Pelo pincho de corte militar y negro, el mayor; aquel que le pegó a Senen Contreras un tacazo de billar en la clavícula que le disloco crónicamente esta y el Catire, menos atropellado con los puños, fue mi compañero de colegio, ambos eran hijos del Señor Osorio, Director de Administración de la Universidad, del Rector Mármol Luzardo, Senen Contreras fue amigo, era agresivo y feroz con sus hábiles puños, mediano él y nosotros bambinos en el Colegio, un día tomo atropelladamente unos lápices nuestros de colores y corrió con ellos, los perdí, en venganza espere el momento y en un recreo que él corría, le metí una zancadilla que lo tiro al suelo rayándole severamente el brazo. El miedo a la venganza de Senen me mantuvo un tiempo largo atento y lejano de él, pero la agudeza de Senen no tenía ni freno ni limite y un día, entrando en la vieja Capilla la planta baja del Colegio, Senen se metió en la cola de los bambinos callado, justo detrás de mí... no me di cuenta de ello hasta que Senen toco mi hombro para llamarme ingenuamente voltie y recibí con calma y bien puesto en mi ojo uno de los coñazos más limpios y mejor colocados, que me dejo el ojo negro por tiempo largo. Senen cada vez que se atravesaba en mi camino repetía; "Hay tiene carajito del coño pa-que respete..."

Llegamos a ser amigos excepcionales de Tarcisio Benavides y su señora, pues este corrigió despues con amor y dedicación nuestros libros y trabajos, unido a la competencia de Francy Ovalles para hacerlo con maestría y esmero fue puntal de la esperanza de publicar con calidad y se hizo gracias a ellos.

En Lagunillas (Mérida) íbamos a bañarnos al tener ocasión, la laguna estaba poblada de peligrosas por enredadoras y succulentas algas, peces carpa y caracoles de agua. Rodeada de fundos de lo seco, zabila, chivos y producción de Chimo, salido del Urao, mezcla de éste con hojas cocidas de tabaco, todos la probamos, uno se emborrachaba con su fuerza, otros lo escupíamos, por su picor. Lagunillas y su vecino San Juan, "la Roma pajiza", la llamo en sus ensueños, el capitán de dica el Estado, Juan María Marcial el más arriero hoy, perdido de todos y Remulo menor alto, blanco ágil esquiista quien murió accidental y trágicamente en los huesos de los ataques de los años, por su cima surto y muy joven.

En las playas de Pampa de las Menudas, estaba la salida a la tenencia de Mérida era al mar y belidarios. Pedro Luis débil para el bienotismo se doró y único hipnotizado detrás del escenario obedeciendo órdenes lejanas del profesor a Brando los Gamille amigos de todos fueron de las primeras pobladores en las sur de la nueva Avenida

lindas, que tenían apellidos con estirpe de líderes de aquel pueblito “de mar” merideño. Muchas eran políticas, conocimos algunas en ese ejercicio, donde se destacaba por muy bonita, periodista, amiga incondicional de los merideños, por sentirse andina. Las playas de Palmarito se llenaban, ya metidos en sus aguas de barro y soledad, pero era para nosotros una novedad visitarlas.

Los páramos estaban por todas partes del estado, a la gente le gustaba como hoy, ir al páramo... era una singularidad, ya hemos hablado de ellos pero ahora recuerda mi memoria golpeada, pero jamás castrada por el tiempo: “las pajas del páramo”, era un término legal de “exactitud” de un lindero, entre el páramo y el bosque andino, así rezaban muchos documentos al referirse el “lindero del fondo”, de una de las fincas de la Pedregosa Alta (Mérida), linda con las “pajas del páramo de los conejos”... no hay con esto posibilidad de cambio o error; ni siquiera en los siglos, como si pueden modificarse las cercados de piedra, los árboles etc. Adolfo Paolini Pisani, un tachirenses talentoso, más bajo que alto, blanco, de ojos sorprendidos e inteligentes, hábil en el desglose de sus lógicas y mejor amigo, que se llevó al Táchira a una de las bonitas y famosas Pisani: Nérida, admirada y aplaudida por nuestra niñez y pubertad. Adolfo brillante topógrafo y después famoso y competente abogado tachirenses, estudió y “bebió” en Mérida y me enseñó otro secreto blindado, para no dejar pestañar, ni al juez más bruto o mala fe, que tanto abundan, era su redacción, al alinderar una propiedad: por el frente...; por el fondo...; costado derecho (visto de frente)... y costado izquierdo (visto de frente), sobre el lote de terreno, esto fijaba para siempre ubicaciones y medidas, en mis invencibles documentos “made in Pedro Pineda León”, faltó esta exacta denominación a estos linderos acogidos por la pluma sabia del “Escritorio Pineda León”, para gloria de Adolfo y lindero que acogió e incorporo a los suyos, el querido y viejo maestro, que “floreó” aquella talentosa redacción.

¡Todos temíamos a los temblores en aquella Mérida, de tapiales, piedra, carruzo, teja y barro! La historia –aunque algunos pretendan estúpidamente hacerlo– jamás puede cambiarse: Páez es padre de nuestra nacionalidad, y lo queremos, aunque se haya portado mal con El Libertador... en algún momento, y después se haya reivindicado en homenajes y estatuas para él; Zamora quemó Barinas y lo mataron... se lo pegaron sus amigos en pleno combate, malamente;

la Iglesia Catedral de Mérida, es hija de Chacón y Mujica Millan etc.; la historia nos repite que periódicamente tiembla; un compañero incomparable, Hernán Cuesta, tal vez la solidaridad humana, convertida en constante amigo de años, dice que el tremendo terremoto de 1952 (el Tocuyo-Lara) le correspondía era a Mérida, histórica y cronológicamente, pero acaeció en el Tocuyo, salvándose Mérida. Hernan ha sido consecuente amigo cuya amistad se solidifico al casarse con la prima Reina Maggiolo, ha sido solidario de las horas negras y de pedruscos filosos que están en nuestra historia. La bondad de Hernan siempre apuntalo nuestra defensa y fue constante. Acaeció éste espantoso suceso, bajo los pies ondulantes, inestables y temblorosos, de las Sierras que amamos, y que acariciamos visualmente en nostalgias de tiempo. Muchas veces niños y años después, también, sentimos temblores fuertes; si eran de noche, las calles largas y solas se llenaban de gente; en el colegio varias veces nos sacaban de clase por los remezones, que poco a poco “civilizaron madurando” nuestro terror. El abuelo Celis contaba mi padre, gritaba en cada temblor; “tranquilos, no correr, colocarse bajo los dinteles, si están lejos de los patios, calma a mucha calma”, repetía el viejo, quien abandonaba la casa paso a paso, empujando a la salida a los numerosos hijos y quedando como buen Capitán naval, último en abandonar el inmueble estremecido, con su valor.

Decíamos que nos gusto pintar, el oleo materno lo cambiamos por acrílicos algunos de nuestros cuadros los enseñamos aquí, aunque lejanos a la destreza pictórico del primo Álvaro Parra Dávila, fue uno de los mejores retratistas merideños de cualquier tiempo, digno heredero del extraordinario Ivan Belsky su amigo de años y lecciones, su retrato está en el excelente restaurante del bohemio criador de caballos fuera de serie “Pitin” Benito Pérez, podrás admirar allí esa excelencia aplaudida y a veces silenciada por la mezquindad de mis paisanos que tanto abunda, sobre la magistral pintura de Álvaro, también disfrutamos de dos cabezas de caballo de sensación que adornan la colección del “Torreon” por el



Preside un desfile por la Avenida Independencia y calle 25, la Banda de Guerra del liceo Libertador, lleva la marimba el entonces conocido Wilfrido Contreras.

extremado cariño de Álvaro. El abuelo Gabriel Parra Picón cuyo óleo histórico de la Sierra y Mérida desde la Otra Banda (1876) es emblema en la portada de este libro... de "la ciudad que yo viví". Aquel oleó que conservamos por generosidad y regalo de la prima Gloria Domínguez Parra, "retrata" la Mérida placida, presentada en una o dos líneas naranja de techos de tejas, donde las blancuras de paredes de cal, apenas se ven y sólo destaca la amada Catedral en el fondo las cinco águilas blancas, con hegemonía del Pico del Toro se destaca por creer los merideños de entonces que era el más alto y la Otra Banda, verde, verde, nos enseña presumida una sola construcción de tejas. Era excelente con sus óleos, oleos igual que los de una tía querida y meticulosa, Ana Parra Febres de Domínguez maestra en cualquier artesanía de la que guardamos algún cuadro con devoción; o las primas Cira Dávila de Parra Pérez, María Juana Dávila Celis de Yopez, buenas en la pintura femenina merideña, junto a Graciela Parra de Vanegas diestra pintora y dibujante y su genial hijo Alberto Vanegas Parra, que lleva la excelencia con talento a su computadora haciendo prodigiosas arreglos y pinturas en el Nuevo Milenio. Germán Febres Cordero Salas es un joven y brillante pintor merideño, cuya obra enaltece mi casa. Cira La Cruz fue una de las pintoras de estos tiempos. Francisco La Cruz ha sido un retratista colosal con abundante obra en todas partes y que da calidad a las paredes de mi casa. También habitaron adornando la ciudad el pintor Chileno Octavio Acuña Solano y su discípulo Laturelli, ambos con calidad de oleos. Hemos pintado, siempre en momentos de angustia o tristezas pasajeras, es para nosotros un alivio tomar el pincel, hacer y pensar surrealismos, al escribir o pintar, mayor complacencia es ver la continuidad del sendero centenario abierto a la cultura, en la pintura magnífica del yerno de la excelencia: Sylvio Mirón Jutras, canadiense-francés, delicioso arquitecto, cuya obra La prestancia y distinción a nuestras paredes de barro pisado en el "Torreon", y/o la estupenda y extraña pero carismática y bella pintura del hijo Pablo Javier Celis Vargas, que con aplauso de los muchos, irrumpe con recia creatividad en el difícil arte del óleo, en exposiciones y adorna ya, casas de la ciudad amada: Mérida y otros lugares. El legendario colombiano Mariño, curioso pintor fue legendario en la Mérida más vieja y en la que vivimos, era un creador innato, así se le ve en sus obras, alguna de las cuales tiene nuestra hija Carolina, dejada por la tía Mimina Parra Febres de su pequeña colección,

estaba en la casa materna de la abuela Mamaita María. Mariño era un pintor y magnífico fotógrafo de su tiempo, que como el espléndido español Viscarret, se quedó en Mérida para siempre dejándonos resto de brillo.

En el Liceo Libertador, decanto el surco educacional del famoso Colegio de Rafael Antonio Godoy, emblemático de la Merideñidad más especial. El Liceo Libertador, estaba, primero pasos largos, arriba de la casa de los Picón, en la esquina de la torre del reloj de nuestra Catedral, de allí se mudó al actual inmueble liceísta, que fue inaugurado por el Presidente Isaías Medina Angarita, en el cultivamos nuevos grupos de unidos sumados merideños del afecto, tener que al cursar el quinto año de humanidades, que no existía en el colegio jesuítico. En el Liceo de la ciudad que yo viví, uno los dirigentes líderes era el profesor Pedro Elías Camacho, que hizo y perseveró en el deporte liceísta, llevando a la gloria el equipo Liceo en el campeonato estatal de primera categoría y/o división, donde jugaron los merideños dijimos juveniles y adultos de la mayor calidad deportiva en la ciudad que yo viví. Había un grupo de profesores especiales, que como luces de bengala proyectaron su claridad en la región y el país, elevando



Foto de las Promociones de Bachilleres Liceo Libertador Mérida, 1957. En la foto más de 150 estudiantes. Destacamos a las muchachas en primera fila de pie: entre otras de izquierda a derecha RoOsario Febres D.; Profesor Briceño Perozo; Carmen Luisa Picon; Carmen Luisa Valecillos; Nelida Pisani; Josefina Corredor M.; ¿?; Gladys Avendaño; ¿?; Lourdes Marcano... Chiche Leañez y Matheus...

la venezolanidad. Recordemos, sólo algunos: el profesor Teodoro Cáceres daba latín recordamos; el profesor Espinoza, grueso y blanco, con gran educación, paciente y didáctico; el excelente Carlos Febres Poveda; siendo estudiante Jorge Rimer Peña era profesor allá; el profesor Maldonado, mago del saxo en la Mérida Suiwms Boys daba matemáticas; el doctor Alfonso Cuesta Cuesta escritor y poeta, ecuatoriano, que en su adoración a Mérida, la enriqueció sembrándola en su finquita maravillosa de enormes árboles exóticos. El profesor Félix Gaubeka, fue un vasco simpático nos daba francés y Gonzalo Martínez inglés. Escogimos una foto con decenas de alumnos de los quintos años de humanidades y ciencias donde aparecen los compañeros recordados de aquel tiempo que no vuelve, de la Mérida vieja que vivimos... los bachilleres del año 1957 difíciles de precisar.

Los albañiles de Santiago de La Punta, dejaron en sus almuerzos sueltos y cambiantes de constructores –lo vivimos- aguacates cuyas semillas, sembraban o simplemente tiraban, eran aguacates de gran calidad: criollos en sabor; pero sin fibras y de suculenta carne, que hoy los devoran nuestros hijos y nietos, por esos árboles dejados, esparcidos por lo que fue entonces, el bello pueblito de La Punta en solares de casa relativamente nuevas o viejas. Sin recordar las fechas y momentos después del primer restaurant de “importancia” merideño “La Linterna”, llegó Carlos Simo y fundó La Paellera, Carlos era cordial, un español divertido, pelo negro y buen bigote, lo queríamos, en respuesta a su constante adhesión, fue también fundador después de “El Balcón”... “el barranco de los borrachos”, lo llamaba un divertido amigo que bebía, pegado al vidrio del farallón, de la peña donde Carlos apuntaló su construcción, sus truchas y pescados eran superiores, muchos le conocían por “Carlos paellera”; después llegó a la paellera un español llamado Viscaino de hijas bonitas, él mismo atendía el lugar. Gregorio Gómez y Juan Benito fundaron “La Polar”, Bar en La Punta, más cerveza que comida.

Al nacer el Hotel Belensate, que era antes de sus rellenos arquitectónicos, la Hacienda Belén de los Salas una casa de campo y al sur un castillete, que se había quedado inconcluso y tenía en un costado una bella laguna, llena de peces andinos, el Hotel Belensate, en un rompecabezas de sílabas que incluían a la “Hacienda Belén” y luego Salas, que era el pariente Enrique Salas Salas padre de los Salas Rotundo andinos, que dieron brillo al país y después el señor Telleria...

Belensate, un español simpático y alto, con un vozarrón que no tenía miedo a la distancia y su clasuda señora, las Tellerias nietas o sobrinas eran bellas. Su hijo Lucio Telleria, fue el forjador “in situ” de aquella sociedad hotelera, que tanta distinción y singularidad dio a Mérida, con un hotel de clase, en el campo singular de la ciudad, sabor rural y andino desapareció con los fundadores. Bimbo en los rincones merideños, era Benito de la Maza, cocinero italiano que podía estar en cualquier excelente Trattoria romana. Nos cocinaba con gran cariño sus espaguetis que eran fuera de serie y a veces bocados especiales acompañándolos de algún trago especial que escondía en su cocina.

El Restaurante Chino, de los Chorros “me dijo Aristides Calvani” gourmet de los chinos del mundo, con el cual comí varias veces allí, decía que era el mejor por él conocido. ¡Le encantaba! El dueño era Jaime Chao (Siukui Yun) amigo de Germán Briceño Ferrigni y mío, su arroz, arroz, (jamás partido) frito, era “de los mejores... del planeta”. Tanto fue el afecto y la adhesión con este chino de la excelencia, que alguna vez, llegó a romper la cuenta para nuestra mesa. Murió sorpresivamente en Canadá y sentimos su partida, pues también cayó la calidad china allí y nunca la hubo igual en la ciudad y menos en su restaurant. La Fuente de Soda Kontiki, cuando llegó de la mano... (contaban), de los hermanos Gómez Garcia, con casta de empresarios. Kontiki era mi esquina de soltero donde disfrutaba a Darío Castillo o Egidio Motty o Manela, mi diversión en ratos de soledad. Ramón Vargas, el tío, era el Chef delicioso del mar en Mérida, por años había agregado su ojo vasco para seleccionar el pescado, que recibía en su marisquería de la Avenida Don Tulio primero y después en el camino a La Pedregosa, convertido en carretera, su pulpo a la gallega era el mejor; los calamares en su tinta colosales. Ramón futbolista profesional, fue amigo leal y persistente en los años y su “marisquería” remedió a las nostalgias del mar distante pero cercanas con excelencia de este singular Chef.

“La Casita de la Rosas” en la isla de los Chorros de Milla de Pier Belmonte, escondía picardías, primero y Freddy Fernández después bregador exitoso, que fue mesonero y empresario triunfador, vendía aguardiente y comida... a todas horas. Fue dueño de buenos negocios y discotecas de la ciudad. Ya más tarde... los años devoraron nuestro “sagrado” tiempo y llegó “La Campana” solidaria de Eccio Rojo; Chef Pepino gran luchador y creador amigo y el más intelectual,

donde Oscar se sobraba como amigo mesonero; los heladitos de Peña en la Plaza de Milla donde sus bonitas hijas, ayudaban a buscar un dulce postre. Vino el Restaurant Las Máscaras de Andrés García y Magaly Burguera con clase singular en su regia presentación; Andrés era un Chef con comida de gran sabor, sazón, delicia y calidad portaba una gran intuición para dominar la candela del fogón con la paciencia del hervor francés y gran clase.

Fue mucho tiempo después cuando apareció la sazón de Constantino Scanu Camargo (Tino) creada en su magia. Chef de una excelencia clara, que unió región, cultura y conocimientos, para hacer una cocina culta, académica, muy suya y agradablemente Italo-merideña, que le abriría el norte-americano, donde ahora me cuentan es rey entre reyes, dejándonos el Restaurant Intermeso, que murió con su ausencia, a pesar de ser el despeque a la contemporaneidad merideña en la cocina, apoyado en la fortaleza ilustrada de sus padres excepcionales: Elio y Teresa que forjaron clase en él y sus hermanos pura merideñidad.

Constantino es sobrino del legendario Ingeniero Rosendo Camargo, ilustrado calculista de los mayores viaductos y puentes venezolanos y nieto de una merideña de gran prestigio por su capacidad para forjar sola un hogar de la excelencia ¡con 105 años! La viuda Camargo, Doña Eduvina Mora de Camargo, representaba uno de los mayores negociantes del café en los andes venezolanos, adornada de virtudes y merecimientos y su visitada casona estaba en la calle 21 frente a la Casona de Don Alfredo Dini Ruiz, la que después ocuparía el moderno edificio de los Dini.

El Dictador Pérez Jiménez, como todo militar autoritario en ejercicio pleno del poder, veía como un sueño, el militarismo, vernos a todos los venezolanos con cristinas, vestidos de verde y con unas botazas rompe calles... así nació la ley, que obligaba a los estudiantes (llamados excedentes) a que durante el tiempo de servicio legal, se presentaran los sábados de 2-6 p.m. y domingos de 6 a.m. - 12 m., a hacer vida militar en cada cuartel del país, para hacer prácticas y ejercicios militares, oír rugidos de mando y obedecer rudas órdenes que llenaban de asperezas los espacios. Salto de rana, un castigo sujetando mi fusil horizontalmente dos horas a pleno sol... etc., nos comandaba un Mayor jipato, de cara larga y unas largas y finas patillas, el Mayor Vivas Arellano creo... se llamaba, una vez pasó por Mérida la carrera de automoviles Caracas-Buenos

Aires, donde eran vedetes los conductores Doña Bárbara, una gorda ordinaria y fuerte y Marimon un tremendo corredor; el mayor militar gritó a todos (unos 300) “muchachos quieren ver mañana la carrera...?” “si... si...” gritamos todo felices, pues aquella carrera atravesaba la ciudad de Mérida “¿si?” riposto el Mayor; “si... si...” repetimos, todos alegres e inocentes -allí se concentraban varones de todos los quintos años liceístas de la ciudad, -“pues no van a ir un carajo, al contrario los quiero aquí a las 5:30 A.M.”... se les jodió la carrera amigos”... gritó el déspota militar. No existían tatuajes, ni pilín en orejas, pestaña, narices etc., tampoco droga alguna... el vicio eran cigarro, cerveza y ron y unos rayban y esclavas de piloto, en remedo de los pilotos gringos que los usaban en la II guerra, sólo recordarlo en la foto de Mac Artur con anteojos oscuros, que dio la vuelta al mundo y las esclavas usadas por pilotos... que pienso se apoyaban en ellas, para ser identificados en casos de accidentes de aviación, teníamos una gruesa de plata mexicana que se “perdió” en manos de una chama.

La carretera Mérida-La Punta era de tierra polvorienta en verano y barrosa en invierno, pasaron muchos años en el recuerdo, antes de que fuera asfaltada, igual que las calles de Santiago de La Punta.

En mitad de bachillerato tuvimos una novedad de puber de corto tiempo, “Aida” se llamaba, la muchacha del recuerdo la habían enviado al Colegio La Presentación de Tovar, Ricardo Fargier Suarez que en entonces era leal amigo, tenía una poderosa moto negra, y entonces solidario Ricardo, me llevó unas dos o tres veces a Tovar, que era toda una fruslería, íbamos con buenas gorras y chaquetas bien cerradas, pues las andanadas de polvo de la carretera era copiosas y se adherían cruelmente a la piel. Era largo aquel trayecto, aunque Ricardo era un brioso y competente piloto, el viaje era densamente pesado. Llegábamos después de unas dos horas a Tovar y dábamos algunas vueltas al Colegio, cerrado, y de altas paredes, algunas veces veíamos a las niñas, asomarse tímidamente a la azotea colegial en una nadería, que nos rellenaba, después de un refresco y una buena paledonia regresábamos a Mérida.... llenos literalmente de mugre y polvo y alguna gana de volver.

El Doctor Pedro Guerra Fonseca había sido Senador de Mérida, siempre elegante, con ropa bien llevada y marcas de Europa en su presencia diaria. Nos nutrió su conversación amena y profunda, esposo de Doña Carmen Murzi,

hermana de Hector Luis, -el pollo- las hijas de ella, cultivadas y bien puestas siempre, eran Eleonora, Viviana y Daniela las tres nacidas en escalones eran amigas de todos y mujeres muy bien adornadas en sus especiales presencias de bonito lucimiento.

Empezaron o tomaron fuerza masificándose la construcción de casas -Quintas, después de la Urbanización "El Encanto", la Avenida Urdaneta se salpicó de ellas y empezaron a regarse anárquicamente por toda la ciudad; con la llegada de esas casas quintas, empezaron a ausentarse los escaparates que abundaban en la Mérida vieja y a ser reemplazados por Closets, hechos en el sitio, más cómodos y con mayores espacios, igual que los baños se ampliaron e hicieron más grandes y con mayor asepsias y la teja se limitó para dar lugar a más pisos. Don Olinto Pérez casado con la señora Olga Dugarte, nos orientó, era espléndido y jocosa persona, que se adaptaba a la compañía de todas las edades y disfrutaba de una astuta inteligencia. Tuvo cuatro hijas una de ellas fraterna hermana de mi esposa por "siglos": Isabel, formidable persona, casada con el profesor y hombre de finanzas el Economista Gustavo Hernández Terife caraqueño, quienes vivieron un tiempo largo en Mérida y luego se fueron a Caracas para no regresar. Tuvieron dos hijos ejemplares Gustavito y Liliana.

Hoy amanecemos con el afecto en la cabeza de Elías Rad Rached, brillante y apretado ingeniero inspector de obras, que fue uno de los puntales y apoyos en la calidad de obra del colosal hospital Universitario de Mérida, habían relatos de que Elías obligaba a contratistas destruir centenares y centenares de metros de cerámicas de pared mal colocadas. Elías tenía una voz agradable y un carisma pícaro, excelente, organizado y gerente que gustaba a las mujeres. Juan Luis Mora era un inteligente ingeniero que nos dio mucha amistad y entregó a Mérida el tesón de su probada honestidad y fuerza de luchador y pacificador en la ciudad.